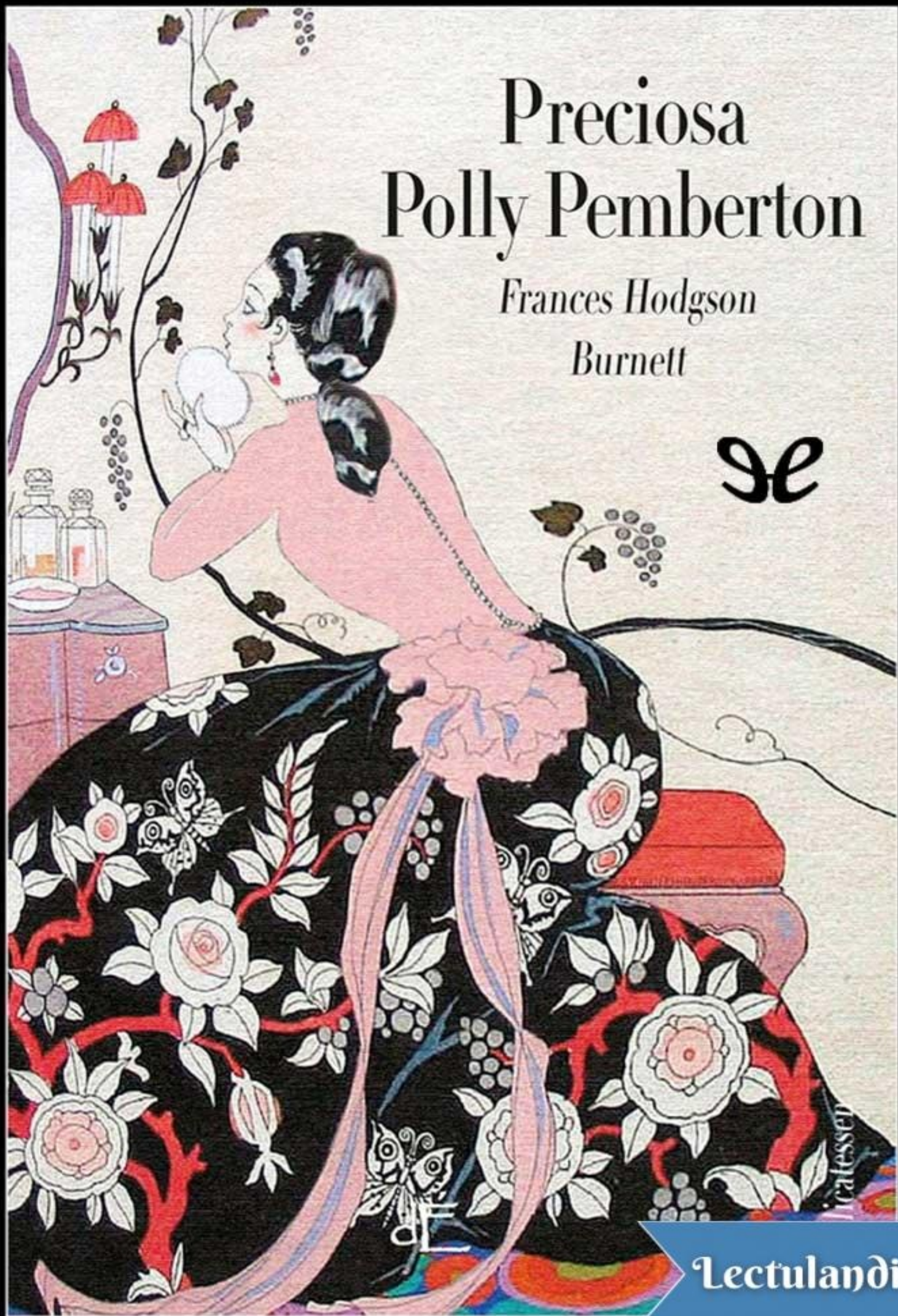


Preciosa Polly Pemberton

Frances Hodgson
Burnett

se



Lectulandia

Inglaterra, 1877.

El joven Gaston Framleigh, oficial de la Guardia, descubre que al otro lado de la calle, en una pequeña y humilde casita, reside una encantadora y vivaracha joven por la que se siente absolutamente cautivado... hasta que descubre su profesión: la preciosa Polly Pemberton es actriz de teatro, actividad del todo inadmisibile a los ojos de un joven de noble cuna tan arrogante y engreído como él. No obstante, y a pesar de la mutua antipatía inicial, pronto empiezan a ser frecuentes sus visitas a la casa de los Pemberton, donde Gaston es bien recibido por la preciosa Polly —que reside junto a su aya y su poco respetable tío— hasta que ambos son advertidos del exceso e inconveniencia de dichas visitas...

Lectulandia

Frances Hodgson Burnett

Preciosa Polly Pemberton

Delicatessen - 4

ePub r1.0

Titivillus 30.07.2019

Título original: *Pretty Polly Pemberton*

Frances Hodgson Burnett, 1877

Traducción: Rosa Sahuquillo Moreno & Susanna González

Introducción: Blanca Briones González

Ilustraciones: Peterson's Magazine & Journal des Demoiselles

Editor digital: Titivillus

Colaboración: Grupo LDS

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com



Preciosa Polly Pemberton

FRANCES HODGSON BURNETT

UNA ENCANTADORA HISTORIA DE AMOR



Índice de contenido

Cubierta

Preciosa Polly Pemberton

Contraportada

Introducción

Capítulo I: «Preciosa Polly P.»

Capítulo II: La velada de la señora Pomphrey

Capítulo III: Poco a poco

Capítulo IV: Diana Dalrymple

Capítulo V: A pesar de todo

Capítulo VI: Cicely

Capítulo VII: Al otro lado de la calle

Capítulo VIII: Polly y Cicely

Capítulo IX: En el que se llega a un momento cumbre

Capítulo X: En el que nos sorprendemos

Capítulo XI: Una sorpresa para Cicely

Capítulo XII: Obligado a confesar

Capítulo XIII: Un consejo

Capítulo XIV: Es un caballero

Capítulo XV: Fue la preciosa Polly

Sobre la autora

Notas





INTRODUCCIÓN



La impronta de la autora inglesa Frances Hodgson Burnett en la literatura de finales del siglo XIX y principios del XX es incuestionable. No en vano, escribió cincuenta y cinco obras entre las que se encuentran cinco éxitos de ventas, y trece de sus historias fueron llevadas a los escenarios en Inglaterra o en Estados Unidos. En lo personal fue una mujer poco convencional que tuvo que hacer frente a numerosas adversidades, la tragedia e incluso el escándalo.

Al igual que muchos de sus personajes, Frances Eliza Hodgson procedía de un entorno privilegiado que posteriormente experimentó un gran empobrecimiento. Nació el 24 de noviembre de 1849 en Cheetham Hill, Manchester, siendo la hija mediana de una familia de cinco vástagos. Su madre descendía de un linaje con cierta antigüedad en la zona y mantenía las tradiciones basadas en las buenas maneras y el «nobleza obliga»; su padre, Edwin Hodgson, dirigía una empresa dedicada a la venta al por mayor de piezas de arte decorativas a los acaudalados «señores del algodón» de Manchester. Sin embargo, la buena fortuna se vio truncada cuando el padre falleció a causa de una apoplejía en 1854 y su viuda tuvo que encargarse del negocio. La Guerra de Secesión de Estados Unidos (1861-65) supuso un golpe aún mayor, dado que puso fin al envío de algodón de las plantaciones del sur a los molinos de Manchester. Esta situación diezmó los medios de subsistencia de la familia y la madre de Frances decidió emigrar, pues un hermano suyo se había afincado en Knoxville, Tennessee, y se había ofrecido a dar trabajo a sus hijos. Era una perspectiva más halagüeña que la que podía ofrecer Manchester en aquellos momentos, por lo que los Hodgson emprendieron rumbo a América en 1865, cuando Frances aún no había cumplido dieciséis años. Por desgracia, su tío no pudo ayudar mucho económicamente y durante un tiempo vivieron en una cabaña de madera, al igual que otras familias pioneras.

En el episodio de su autobiografía titulado «Días de Dríade», Burnett reflejó el cambio de la Inglaterra industrial a la América rural como un viaje a un mundo verde, hogar del alma; de la esterilidad a la abundancia de naturaleza, de la opresión del potencial y del sentimiento a la libertad de las emociones y la imaginación. Al margen de esta romántica visión de la realidad, la escasez de medios que sufría su familia llevó a Frances a buscar la

manera de sumar ingresos a los salarios de sus hermanos. En un primer momento creó una pequeña escuela que, al estar demasiado alejada de los posibles alumnos, no cumplió sus expectativas; fue entonces cuando decidió probar con la escritura como otro medio de obtener remuneración. Pese a que su educación formal había finalizado a los trece años, siempre había sido una niña imaginativa y solía entretener a sus hermanos con sus historias.

La propia Burnett destacó su inseguridad inicial y rebajó con cautela cualquier noción de ambición por la fama literaria. Esta reticencia probablemente era fomentada por las bromas de sus hermanos mayores con respecto a sus aspiraciones como escritora. Con todo, la joven era lo bastante decidida y dueña de sí como para organizar, en un entorno rural aislado, el difícil proceso de obtener los materiales necesarios y el dinero para enviar su primer relato a una revista sin que se enteraran «los chicos», cuyas burlas esperaba. La falta de papel o de materiales adecuados la llevaron a escribir sus relatos en el reverso de antiguas listas de la compra y a vender uvas para pagar el franqueo. Gracias al escrutinio al que la joven había sometido a revistas como *Peterson's Magazine* y *Godey's Lady's Book*, supo que aceptaban aportaciones no solicitadas, por lo que se apresuró a intentar vender sus propias historias. Su primer relato, *Miss Carruther's Engagement*, fue publicado en la revista *Godey's Lady's Book* en 1868. A partir de entonces publicó de manera regular en revistas como *Scribner's Monthly*, *Peterson's Magazine* y *Harper's Bazaar*.

En sus inicios ganaba diez dólares a la semana como escritora, lo bastante para mantener a sus hermanos tras la muerte de su madre, cuando Frances tenía solo veintiún años. Sus relatos eran considerados cautivadores y chispeantes. El talento de la escritora en ciernes se basaba en la combinación de detalles realistas, incluidos diálogos de tono auténtico, con una trama romántica. No en vano, su imaginación había sido estimulada no por las habituales lecturas «instructivas» recomendadas para señoritas, sino por historias de aventuras y romance que encontró de niña en fragmentos de baladas y relatos bíblicos transmitidos por aquellos que estaban a su cuidado, y más adelante en fuentes tan variadas como las historias de romanos, Shakespeare, los poetas románticos, novelistas como *sir* Walter Scott, James Fenimore Cooper, Thomas Mayne-Reid y William Harrison Ainsworth, así como las historias publicadas en revistas populares guardadas en el escritorio de su madre. Las memorias de Burnett revelan su preferencia por la aventura y el romance; recreaba estas historias con ayuda de su muñeca, que desempeñaba el papel de audaz heroína en las funciones teatrales de la

pequeña. La predilección de Frances por representar ficciones derivó en un talento precoz para escribir relatos y poesía, y también en un don interpretativo; dominaba el arte de la narración de historias, cautivando a los que la escuchaban.

Su amigo y vecino, Swan Burnett, pidió varias veces su mano a lo largo de siete años. Se trataba de un joven estudioso, hijo de un cirujano, que se estaba preparando para seguir los pasos de su padre en la medicina. Aunque Frances afirmó que no le quería, terminó por aceptarle y se casaron en 1873. El joven médico había comenzado a especializarse en el tratamiento de ojos y oídos, y deseaba profundizar en este campo formándose en Europa. Se trasladaron a París y, al año siguiente, nació su primer hijo, Lionel. La producción literaria de Burnett resultó ser una gran fuente de ingresos para mantener a la joven familia, que pudo disfrutar de un costoso estilo de vida internacional hasta que, en 1876, nació el segundo vástago del matrimonio, Vivian. Poco después la familia se trasladó a Washington D. C.; en los años que siguieron, su hogar llegó a convertirse en uno de los núcleos de la vida literaria y política de la ciudad.

En esta época escribió la historia que nos ocupa, *Preciosa Polly Pemberton*, que fue publicada en la revista *Peterson's Magazine* en 1877. La acción gira en torno a una heroína fascinante que tiene el mundo a sus pies. Polly Pemberton es una muchacha deliciosamente fresca, femenina, adorable. Su belleza, gracia e ingenio están calculados para conquistar el corazón del lector, que se convierte en testigo de uno de los mejores y más originales romances concebidos por Burnett. A diferencia de los títulos más conocidos de la autora, se trata de una novela dirigida al público adulto, tanto masculino como femenino. En ella encontramos unos personajes que destacan por su naturalidad y coherencia a lo largo de la narración. En palabras de un crítico contemporáneo: «La señora Burnett descubre refinados secretos en naturalezas ásperas e intimidatorias, la dulzura que a menudo se oculta bajo la amargura, el alma de la bondad en las cosas malvadas. Si comprendemos sus personajes, y creo que los comprendemos claramente, no es porque ella nos los describa, sino porque ellos mismos se revelan a través de sus acciones. Los personajes de la señora Burnett son tan auténticos como los de Thackeray».

En efecto, *Preciosa Polly Pemberton* es una novela vivaz y jovial en la que las sombras son diminutas en comparación con la poderosa luz del sol. Esta circunstancia, unida a su innegable valor literario, hace que resulte difícil encontrar una lectura más agradable y cautivadora.

Una refrescante novedad de esta obra es que todos los ingredientes que la componen tienen su razón de ser de cara al desenlace; no hay capítulos innecesarios, ni relleno de ninguna clase, circunstancia que, por sí sola, evidencia la calidad indiscutible de la novela. La historia de amor es descrita de la manera más inteligente, alegre y entretenida, y no necesita giros inesperados ni acontecimientos dramáticos para mantener el interés del lector, que se encuentra más atrapado con cada nuevo capítulo.

En esta delicia literaria, extraordinariamente inteligente, queda patente la preferencia de la autora por los finales felices, si bien ella misma era la primera en observar que esta tendencia contravenía el criterio literario imperante en aquella época. Su optimismo filosófico y romántico contrastaba con las interpretaciones literarias del realismo, e hizo peligrar seriamente su consolidación como una novelista seria, siendo finalmente considerada un «vestigio del victorianismo». Dicho optimismo no se limitaba al uso de la fórmula narrativa del tono romántico que solía caracterizar sus obras, sino que era también una cuestión de filosofía personal. Así lo reflejó en una ocasión en que escribió a su hijo menor: «En la vida de cada ser humano debería haber una gran cantidad de espléndidos momentos felices... La idea de que este mundo es únicamente un valle de lágrimas resulta espantosa y debería ser erradicada».

Tristemente, este esperanzador deseo no se vio trasladado a la vida de la escritora. Durante los primeros meses en la ciudad de Washington, Burnett sufrió problemas de salud y depresión que habrían de acompañarla durante el resto de su vida. La presión económica era una pesada carga que recaía únicamente sobre sus hombros, pues su marido aún tardaría en convertirse en una eminencia médica; sin los ingresos que generaba la imaginación de Frances, la familia no habría podido disfrutar del nivel de vida al que estaban acostumbrados.

En 1879 Burnett visitó Boston en calidad de invitada del Papyrus Club que presidía el novelista y poeta John Boyle O'Reilly, y amplió su círculo de contactos literarios; entre otros, conoció a Louisa May Alcott, autora de *Mujercitas* (1868) y a Mary Mapes Dodge, editora de *St. Nicholas Magazine*, publicación juvenil a la que Frances contribuiría con varios relatos. A partir de entonces empezó a escribir ficción para niños, casi siempre ambientada en la campiña inglesa. Paralelamente, la publicación de novelas como *That Lass o' Lowrie's* (1877), *Louisiana* (1880) y *Through One Administration* (1883) le granjeó el reconocimiento de los críticos estadounidenses, que compararon su obra con la de George Eliot y la situaron a la cabeza de los autores jóvenes

de ficción de Estados Unidos. Su fama como escritora creció, y en 1886 publicó la obra que iba a cambiar su vida y la percepción que el público tenía de ella: *El pequeño lord*. La aceptación masiva fue tal que se desató una fiebre por peinar a los niños con tirabuzones y vestirlos con trajes de terciopelo y encaje.

A medida que aumentaba su notoriedad, Burnett pasaba cada vez más tiempo alejada de su marido y de sus hijos. Durante los últimos años de la década de 1880 y a lo largo de la década de 1890 dedicó parte de su tiempo a producir adaptaciones teatrales de sus propias obras, con un éxito considerable. Pero este período de luces artísticas también albergó sombras en el plano personal pues, en 1890, Frances sufrió la mayor tragedia de su vida cuando su hijo mayor contrajo tuberculosis. Lo llevó a Europa en busca de una cura y consiguió ocultarle la realidad de su dolencia, pero siguió empeorando hasta que murió a la edad de dieciséis años. La prensa criticó su labor como madre y ella se negó a conceder entrevistas; destrozada por la pérdida, se refugió en el espiritualismo y, desde entonces, escribiría cartas al niño fallecido.

Burnett y su marido, que llevaban vidas separadas en distintos continentes, decidieron divorciarse en 1898, algo prácticamente inaudito para la época; dos años después, Frances se casó con Stephen Townsend, un joven médico inglés con ínfulas de actor que había conocido tiempo atrás. Diez años más joven que ella, todo indica que Frances se mostraba reticente a casarse con él, e incluso se ha especulado con la posibilidad de que Townsend, ansioso por obtener derechos sobre el patrimonio de la exitosa autora, la hubiera amenazado con revelar detalles de escabrosa naturaleza, acaso alguna prueba de un *affaire* anterior. Fue criticada una vez más en la prensa por el «escándalo» del divorcio y por volver a casarse con alguien mucho más joven. El matrimonio fue un desastre desde el principio, y Burnett llegó a describirlo en una carta como «una pesadilla salvaje»; se separaron dos años más tarde, y Frances regresó a Estados Unidos en 1907. Adquirió una propiedad en Plandome, Long Island, donde cultivó un magnífico jardín, y pasó los últimos años de su vida en su país de adopción, del que era ciudadana desde 1905. Tras los dolorosos reveses que había sufrido, se entregó a su pasión por la horticultura y a una incesante búsqueda espiritual que abarcó las «nuevas filosofías» del espiritualismo, la teosofía y la «curación de la mente». También disfrutó de la compañía de su familia, en especial de sus dos nietas. Falleció el 24 de noviembre de 1924, a consecuencia de una prolongada enfermedad del corazón. Actualmente es

recordada por sus novelas dirigidas al público infantil, principalmente *El pequeño lord* (1886), *La princesita* (1905) y *El jardín secreto* (1911).

La vida y la obra de Frances Hodgson Burnett se caracterizaron por un tira y afloja entre la artista y la escritora popular, la independiente mujer de negocios y la sacrificada esposa y madre. Fue una de las escritoras mejor pagadas de su época y sentó un importante precedente en materia de derechos de autor, según el cual los autores tenían que ser compensados por las adaptaciones teatrales de sus obras. A pesar de una salud cada vez más precaria, no dejó de escribir en ningún momento. Su última obra consistió en un ensayo sobre jardinería que se publicó de manera póstuma en 1925. Quizás hablaba de su propia experiencia con la pérdida y la renovación al escribir:

«Cuando tienes un jardín,
tienes un futuro;
y cuando tienes un futuro,
estás vivo.»

Blanca Briones González^[1]
Madrid, octubre de 2018



CAPÍTULO I

«*PRECIOSA POLLY P.*»

Por Júpiter, Framleigh, no has pronunciado ni una palabra en media hora! —aventuró el jovencito Popham.

El capitán Gaston Framleigh, de la Guardia, no se inmutó. Había permanecido sentado durante algún tiempo frente a la ventana —en una posición más notoria por su comodidad que por su elegancia, con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla—, y no se alteró cuando condescendió a responder a su joven y aliado admirador.

—¿Media hora? —inquirió con un tono de voz entre sereno y cansino que revelaba un toque de afectación en su frialdad, aunque apenas lo suficientemente remarcado para resultar grosero, o siquiera desagradable—. ¿No he dicho nada?

—Pues no, no lo has hecho —respondió Popham, alentado por la amable oposición de su amigo—. Estoy seguro de que ha sido media hora. ¿Qué ocurre?

—¿Ocurrir? —indicó el capitán todavía medio abstraído—. ¡Nada! A decir verdad, ¡creo que he estado observando a una joven!

El pequeño Popham se levantó de un salto, pues se hallaba sentado sobre la mesa, y avanzó hacia la ventana, apresuradamente, sosteniendo un cigarro entre sus dedos.

—¡Una joven! —exclamó—. ¿Dónde? ¿Qué clase de joven?

—En cuanto a su clase —respondió Framleigh—, no conozco la especie. Un tipo de chica que no había visto nunca antes. Pero, si esperas, podrás juzgar por ti mismo. Pronto saldrá al jardín de nuevo. Ha estado entrando y saliendo de la casa durante los últimos veinte minutos.

—¿Saliendo de la casa? —replicó Popham, ansioso—. ¿Te refieres a la casa de enfrente?

—Eso es.

—¡Por Júpiter! —exclamó empleando su habitual y ligera interjección—. Veamos, viejo amigo, ¿llevaba un vestido blanco con lazos de color geranio y...?

—Sí —respondió Framleigh—. Y es bastante alta para una jovencita como ella; y lleva el cabello recortado, sobre su frente blanca y redonda, a la moda de *sir Peter Lely*^[2] (lo llaman flequillo, creo), y en un principio te da la impresión de ser toda ojos, unos grandes ojos oscuros con...

—¡Con largas y rizadas pestañas negras! —interrumpió Popham, con entusiasmo—. ¡Por Júpiter! ¡Ya me lo imaginaba! Es la preciosa Polly P.

Parecía tan visiblemente emocionado que Framleigh levantó la vista con un toque de interés, aunque en raras ocasiones se mostraba como un hombre entusiasta.

—¡La preciosa Polly P.! —repitió—. Resulta una expresión bastante familiar, ¿no? ¿Y quién es la preciosa Polly P.?

Popham, un jovencito sensible y de buen carácter, se sonrojó.

—Bien —admitió algo confusamente—, podría decirse que suena un poco extraño para las personas que no la conocen; pero puedo asegurarte, Framleigh, que aunque es el nombre que todos nuestros conocidos parecen darle de común acuerdo, también es cierto que no hay ninguno de ellos que quiera parecer irrespetuoso o... o siquiera descarado —recurriendo, en su desesperación, a la jerga—. No es el tipo de joven con la que un camarada se mostraría desconsiderado, a pesar de ser una muchacha tan alegre e inocente. Por mi parte, ya sabes, siempre persigo buenos acuerdos, y sin embargo renunciaría a un buen trato, sin pensarlo, por la preciosa Polly P; y solo soy uno de muchos.

Framleigh esbozó media sonrisa, y luego volvió a mirar por la ventana, en dirección a la casa de enfrente.

—¡Qué osadía! —comentó plácidamente—. Y muy loable, también. Pero no me has dicho qué significa la letra «P.» de «Preciosa Polly P.»; suena agradable y aliterada, pero resulta indefinida. ¿Podría significar «Preciosa Polly Popham»?

—Ojalá fuera eso, ¡por Júpiter! —cordialmente, y más sonrojado aún—, pero no es el caso. ¡Significa Pemberton!

—¿Pemberton? —repitió Framleigh, con una entonación que casi tenía aroma a desagrado—. ¿No querrás decir que es la hija de ese tipo irlandés?

—Es su sobrina —fue la respuesta— y, en su caso, eso equivale a decir lo mismo. Ha vivido con el viejo Pemberton desde que tenía cuatro años, y le

tiene tanto cariño como el que se siente por una madre; él a su vez la quiere como si fuera una hija; es inevitable, todos la quieren mucho.

—¡Ah! —dijo Framleigh—. Ya veo. Como tú dices, es esa clase de jovencita.

—¡Ahí está de nuevo! —exclamó Popham, de pronto.



Y allí estaba ella, ciertamente; disponían de una vista completa de la joven, lazos de color geranio incluidos. Parecía tener debilidad por aquellos

lazos de color geranio, pero no se trataba de un gusto a la ligera, pues se hallaban muy bien dispuestos; a saber, salpicando la parte delantera de su vestido blanco de mañanas, uno bien ajustado a un lado de su cabellera, y otro en cada fina y delicada zapatilla negra de piel de cabritilla. Si bien se trataba de una debilidad de la joven, no resultaba en modo alguno poco artística. Y, mientras descendía por el sendero del jardín con una pequeña maceta entre sus manos —una macetita de barro con una pequeña planta de hojas brillantes y frescas—, la preciosa Polly P. resultaba muy agradable de contemplar... realmente agradable. Y Gaston Framleigh fue consciente de ello.

La casa de enfrente era tan solo un pequeño recinto y el jardín resultaba el más diminuto de los jardines, pues solo disponía de unos pocos metros de tierra rodeada de barandas de hierro. En realidad, habría presentado una apariencia que resultaría cualquier cosa menos atractiva si la preciosa Polly P. no lo hubiera colmado en buena medida de resplandecientes flores. Sus diminutos parterres estaban repletos de flores de colores brillantes —lobelias azules, resedas, geranios escarlatas, un rosal floreciente y numerosas capuchinas—, además de helechos y mucha vegetación agradable y humilde. Había dispuestas estrechas jardineras de flores en el alféizar de cada ventana, un eucalipto trepaba en torno a la portezuela y, en conjunto, era un lugar muy diferente del que podía haber sido en otras circunstancias.

Y por el sendero de grava, en medio de todo aquel esplendor floral, apareció Polly, portando la planta con la que iba a trabajar, y una apariencia muy similar a la de una flor. En pocos minutos estuvo muy ocupada y desarrolló su tarea casi como si de un pintor se tratara, blandiendo su pequeña paleta, cavando un nido para su planta, y acariciándola —una vez estuvo trasplantada— tan tiernamente como si fuera un bebé de días. Se mostraba tan ferviente que, al poco tiempo, Framleigh se sobresaltó al oírla empezar a silbar suavemente para sí misma y, advirtiéndole que el sonido irritaba a su amigo, Popham se sonrojó y esbozó una sonrisa casi exculpatoria.

—Es un hábito suyo —dijo—. Apenas es consciente de ello. A menudo hace cosas que otras muchachas encontrarían extrañas; pero ella no es como las demás chicas.

Framleigh no respondió. Permaneció en silencio y se limitó a observar a la joven. Aquella mañana no se encontraba de un humor demasiado comunicativo; se sentía triste y deprimido, y no poco irritable, cosa que le ocurría de vez en cuando. Tenía buenas razones, pensó, para dar rienda suelta ocasionalmente a aquellos arrebatos de tristeza; no se trataba de un hábito tan desagradable como sus oponentes imaginaban; pero, aunque tuviera motivos

para sentirse de aquel modo, no era propenso a entrar en detalles al respecto. Ciertamente, nunca los había compartido con el inocente y pequeño Popham —«corderito Popham», como uno de sus compañeros le había apodado en un momento brillante—. Le agradaba aquel muchacho sencillo y cariñoso, y encontraba su admiración reconfortante; pero aún no había llegado el momento en que, sin haberse caído todavía la venda de sus ojos, fuese capaz de descifrar problemas tan inocentes y casi insignificantes con la misma sencillez que el «corderito Popham».

De este modo su compañero, que apenas reconocía vagamente los elementos externos de su estado de ánimo, creyó que este se debía al disgusto provocado por aquel suave y poco femenino silbido de la preciosa Polly, y se sintió obligado a decir unas palabras en su defensa.

—No es una chica masculina, Framleigh —dijo—. Seguro que te gustará. La compañía la idolatra.

—¿La compañía? —repitió Framleigh—. ¿Qué compañía?

—La compañía del viejo Buxton —respondió—. Ya sabes, el grupo teatral del Prince, donde ella actúa.

Framleigh se había inclinado hacia adelante para observar cómo Polly daba palmaditas en la tierra con delicadeza, mientras se encorbaba sobre su lecho de flores; pero retrocedió al oír aquello, consciente de experimentar una conmoción mucho más fuerte y desagradable de la que le había provocado el silbido.

—¡Una actriz! —exclamó en tono enfadado.

—Sí, y además trabaja duro para mantenerse a sí misma y ayudar al viejo Pemberton —dijo Teddy gravemente.

—Peor para ella —indicó Gaston con impaciencia—. Y el viejo Pemberton es un granuja por permitirlo.

Fue justo en ese momento cuando Polly levantó la vista. Alzó los ojos despreocupadamente hacia su ventana y, al hacerlo, les vio a ambos. El joven Popham se ruborizó gloriosamente, como de costumbre, y la joven le reconoció al instante. Sin embargo, ella no se sonrojó lo más mínimo; tan solo le dedicó un pequeño asentimiento de cabeza y una deliciosa sonrisa que mostraba sus bonitos dientes blancos; y, seguidamente, llegó incluso a extender sus manos para que las inspeccionara, mostrando las manchas de tierra que le habían dejado las tareas de jardinería.

—Vayamos... vayamos a su encuentro —profirió el pequeño Popham—. Te presentaré, y...

Framleigh abrió los ojos.

—¿A su encuentro? —repitió—. ¡Por Dios bendito! Si esa es tu forma de proceder, parece que no te andas con formalidades en lo referido a tu pequeña Polly P.

—A ella no le importan las formalidades. Ya sabes, te dije que no era como las otras jóvenes. No suele ser ceremoniosa —explicó su defensor.

—Eso parece —indicó Framleigh secamente; y luego, con su mirada atrapada en los lazos de color geranio, cedió repentinamente—. Si resulta admisible —añadió—, vayamos, por supuesto. Es una criatura hermosa.

Al hablar, pensaba únicamente en el atractivo de su aspecto, y siguió pensando únicamente en él mientras seguía a su amigo por las escaleras. Tan solo tenía interés en hablar con la joven porque se trataba de una «criatura preciosa» y él se encontraba con el ánimo sombrío. En honor a la verdad, estaba cometiendo el gran error de catalogarla al mismo nivel que a una docena de actrices bonitas que había conocido. Y es que había tratado a muchas en su época, particularmente en su incipiente juventud, y sus recuerdos de aquellas Celestines, Maries y Leyettes empolvadas y recubiertas de perlas, no siempre recibían el calificativo de agradables. Aquella hermosa Polly P. podía ser una joven lo suficientemente avispada; y ciertamente parecía serlo tanto como para estudiarla a través de una ventana... pero apenas le importaba conocerla más allá de eso.



Sin embargo, se encontró siguiendo a Popham por las escaleras y hacia el otro lado de la calle; y, cuando quiso darse cuenta, allí estaba, en el angosto

sendero de grava, entre los rebordes desbordantes de lobelias de un azul muy profundo. Polly le miró directamente a los ojos. Era un hábito suyo mirar directamente a los ojos de un hombre cuando hablaba con él, y de ese modo miraba muy directamente a Framleigh. A decir verdad, la joven le estaba evaluando algo severamente. En cuanto al propio Framleigh, era consciente de parecer lo bastante tonto e insensato. No tenía nada que decir, y en muy pocos minutos comenzó a aborrecer interiormente a Popham por haberle metido en ese embrollo.

—Sus flores parecen prosperar maravillosamente —aventuró, como comentario original.

—Mis flores siempre lo hacen —respondió ella—. Supongo que es porque les tengo mucho cariño.

—Puede estar segura de eso —contestó, haciendo un lánguido esfuerzo por componer el galante discurso que hubiese complacido a Marie o Celestine—. Su florecimiento será una consecuencia natural de su cariño, por supuesto.

Si la joven hubiera sonreído, o se hubiese sonrojado, habría acontecido justo lo que él esperaba. Pero no lo hizo; abrió sus inmensos y profundamente oscuros ojos grises, se encogió un poco de hombros y se rio de él —«de» él, no «con» él—, aunque su risa no era en absoluto un síntoma de mal carácter. Y, aunque no hizo ningún otro comentario adicional, ese instante le mostró a Framleigh su error, y le convenció de que su propia actitud había dado ventaja a aquella aguda y poco refinada joven. Ella caminaba por el estrecho sendero junto a ellos, deteniéndose a cada paso para atar una planta, o quitar una hoja muerta, mientras dirigía todos sus pequeños esfuerzos a complacer a Popham. Su modo de entretenerlo tenía un toque original, y escuchar su charla habría resultado divertido para un hombre de un humor sociable. Sus chismes sobre los teatros y sus criaturas, su sencillo disfrute de las bromas teatrales y su tendencia inconsciente a la jerga ingenua, derivaban en una combinación bastante atrevida —aunque a veces un poco desconcertante— para la gente que no estaba acostumbrada a su estilo.

—Estamos ensayando una obra nueva, señor Popham —dijo—. Trata sobre un grupo de estudiantes franceses y alemanes. Soy una *grisette*^[3], mi madre es una vieja horrible, y aparece un malvado marqués que me droga y trata de huir conmigo; pero Franz le detiene. Franz es mi enamorado, ya sabe, con grandes bigotes rubios, cabello largo y una gran pipa. Yo soy Desirée, y Josie Benson es Angélique; de hecho, somos muchos, y celebramos una fiesta en la habitación de Franz y Victor; y bailamos y brindamos, y yo canto «Vive l'Militaire» porque hay un pequeño teniente presente y quiero darle celos a

Franz^[4]. Montmorenci está cosiendo mis vestidos en este momento. Entren en la casa y podrán verlos.

Mientras se preguntaba quién sería Montmorenci, Framleigh obedeció al «Por aquí, por favor» de la señorita Polly y la siguió hasta el salón, una estancia pequeña, luminosa y cuadrada con ornamentos bonitos aunque frugales. «Montmorenci» estaba cosiendo junto a la ventana, y resultó ser la aya, modista y comandante en jefe de Polly, y su elaborado acento milanés era un complemento bastante grotesco para su noble nombre. A decir verdad, los rumores apuntaban quedamente a que «Montmorenci» no era más que el resultado del buen gusto de un director que, en los días teatrales de Madame, había preferido ese nombre al menos llamativo de O'Whiffiker.

—¿Y es muy amigo del señor Popham? —comentó la dama—. Por mi parte, me alegra decir que sí lo soy; Popham es un buen muchacho y un verdadero amigo de Polly desde que era una niña que actuaba en las *Fairy Caves*^[5] de las pantomimas.

Framleigh se inclinó con aire grave mientras tomaba asiento.

«Cuando uno se encuentra entre este tipo de personas», se dijo con mal humor, «debe resignarse con la mayor calma posible; pero desearía haberme quedado donde estaba, ¡maldita sea!».

Aun así, a pesar de su irritación —sentimiento provocado, añadiría yo, más por su propio convencimiento de haber metido la pata que por cualquier otra motivación, aunque jamás lo hubiera admitido—, y a pesar de sí mismo, contempló a Polly. No se podía negar que la joven era diez veces más hermosa de lo que él había supuesto a primera vista. Era, a su vez, más alta de lo que imaginaba, o quizá parecía más alta en aquella pequeña estancia; su figura era aún más perfecta; la manera en que su cabecita descansaba sobre sus hombros, verdaderamente impecable; la frente, redondeada y blanca, ensombrecida por aquella pintoresca franja de peculiar cabellera que muy pocas mujeres podían adoptar sin parecer disolutas, se hallaba libre de imperfecciones; y sus ojos... ¡Oh!, sus ojos, tan dulces, tan extraordinariamente irisados, tan veleidosos. Esos grandes ojos eran atributos escénicos en sí mismos y, sin un solo atractivo más, ya habría merecido la pena su contemplación cada semana.

«Me pregunto si languidecerá con ellos a los caballeros que se encuentran en los palcos», pensó Framleigh. No obstante, no habría tenido un pensamiento tan cobarde si se hubiera encontrado en un estado de ánimo respetable.

Pero poco le hubiera molestado a Polly que sus opiniones hubieran sido halagadoras o no, justas o injustas. La joven y Popham se estaban divirtiendo mucho, hablando con algarabía sobre aquella nueva obra de teatro de Buxton. Parecía agradaarle mucho la idea de participar en ella. No era una estrella entre sus compañeros artistas, nunca lo había sido y nunca lo sería, aunque su bello rostro y su encantador buen carácter la convertían en una de las favoritas; no obstante, si bien no era una estrella, ciertamente disfrutaba mucho más de su interpretación en la obra que si hubiera sido el objeto adorado de la admiración más febril del público. Todos sus papeles eran sencillos, calculados para lucir su pintoresca e inocente belleza y su ingenua vivacidad; e incluso los viejos actores que sabían, y habían sabido desde el principio, que la señorita Pauline —así reza en los programas de las obras de teatro— nunca sería una Siddons^[6], quedaban gratamente impresionados, y se mostraban muy embelesados con su brillante manera de acometer sus breves interpretaciones y entonar sus candorosas canciones. ¡Y qué predilección sentía la Montmorenci por ella! Cómo se compenetraba con sus estados de ánimo, se reía con sus bromas y se deleitaba con sus triunfos; pues, aunque los triunfos teatrales eran modestos, Polly conseguía éxitos de otro tipo que no debían ser despreciados. ¿No estaba el viejo Buxton dispuesto a desposarla y nombrarla gerente del Prince en cualquier momento? ¿Acaso ese viejo pecador aristocrático, lord Cairngorm, no le arrojaba ramos de flores noche tras noche, y en una ocasión incluso le había enviado un brazalete de diamantes que la señorita Polly, dicho sea a su favor, había devuelto a su remitente por mediación de un mensajero, con una nota que debería haberle apaciguado, si es que la devolución no lo hacía? ¿No se congregaban media docena de «grandiosos arrogantes» en la sala verde, al concluir la función nocturna, con la esperanza de cruzar unas palabras con ella? Y, ¿acaso no se había enamorado de ella, como un solo cuerpo, el regimiento al completo estacionado en Banmulloch? Todo esto le reveló la Montmorenci a su visitante, en un triunfante aparte, mientras Polly conversaba con Popham.



—Y son pocas las jovencitas de su edad que conservarían la cabeza sobre los hombros a pesar de las adulaciones de los caballeros; algunas de ellas

hacen el ridículo. Pero Polly, doy fe... Polly sabe cómo ser encantadora, zalamera y alegre como un pajarillo, y aun así mantenerlos a distancia.

Y así pasaron los minutos. Polly colmando de éxtasis el alma de su joven admirador gracias a su buen carácter; la Montmorenci parloteando con el mejor de los talantes; Framleigh afectando escuchar pero juzgando a Polly al mismo tiempo, viéndose enredado mentalmente en su joven semblante y sus radiantes ojos. Se alegró cuando Popham, después de una ardiente pugna, se decidió a levantarse de su acomodo para despedirse. Le complacía que la visita llegara a su término.

No obstante, si bien Framleigh no lamentaba abandonar aquel dudoso ambiente, al menos procedió a despedirse con digna cortesía. Hizo una ligera reverencia, con sus seis pies de altura^[7], dirigida hacia la plácida Montmorenci y el sombrero *grisette* que estaba cosiendo; se inclinó ante Polly y respondió con una educada evasiva a su débil esperanza de volver a verle; y se paró, sombrero en mano, en el sendero ante la puerta, mientras Popham se demoraba en el umbral.

—Si tan solo me permitiera enviarle algunas raíces y esas cosas, ya sabe, señorita Pemberton —escuchó decir a Popham—. Iré hoy a Pruner's y escogeré lo mejor que tenga... me sentiré muy complacido. Me gustaría ver crecer en su jardín —añadió casi patéticamente— algo que yo le haya regalado, y saber que lo ha cuidado.

Pero, aunque alcanzó a escuchar aquello, Framleigh no había podido oír lo que Polly le había dicho a su amigo, en el vestíbulo, cuando se hallaba de espaldas.

—Estoy segura, Teddy, de que su amigo es un arrogante terrible, ¿no es cierto? —había observado la joven, con su habitual mezcla de jerigonza e ingenuidad—. Más arrogante que un Cairngorm o un Delaplayne, sin lugar a dudas. No se moleste en traerle de nuevo. No me gusta.

CAPÍTULO II

LA VELADA DE LA SEÑORA POMPHREY

Pero cuando dijo aquello, Polly no sabía nada acerca de la «velada» de la señora Pomphrey. Y, en todo caso, ¿cómo podría saber ella algo al respecto? Nunca antes la habían invitado a asistir a una de las «veladas» de la señora Pomphrey y, por tanto, no le era posible anticipar semejante deleite. No obstante, ocurrió. La señora Pomphrey era joven, la señora Pomphrey era hermosa, y la locura favorita de la señora Pomphrey era su propensión a organizar obras de teatro *amateur*. Por lo general, dicha propensión se manifestaba con más fuerza en la vorágine navideña, y fue en la vorágine navideña cuando Polly se vio arrastrada, de una u otra forma, a su servicio. Una joven dama, que había prometido representar el papel de cierta atractiva marquesita en una breve comedia, se había mostrado incapacitada y, para alivio de sus compañeros aficionados, justo es confesarlo, había renunciado a su papel. La señora Pomphrey se encontraba desesperada. ¡Solo restaba una semana, y no tenía a nadie, absolutamente nadie, a quien confiarle el papel! ¿Alguien conocía a alguien? ¿Nadie conocía a nadie? En su desesperación casi se arranca el cabello tan encantadoramente acicalado. Y, entonces, uno de los aficionados más jóvenes que había visto *Desirèe*, y que, por supuesto, se había enamorado desesperadamente de esa joven sirenita inofensiva, se aventuró a hablar en su favor.

—Ah... creo... ah... creo que conozco a alguien que podría hacerlo —dijo, haciendo un esfuerzo manifiesto para no parecer ansioso—. Hay... ah... una joven en la compañía del viejo Buxton... en el Prince, ya sabe, que representa bien ese tipo de papeles. Se apellida Pemberton. Tal vez pueda contratarla para el personaje.

—¡La preciosa Polly P! —exclamó un lánguido y anciano dandi—. ¡Por Júpiter, sí! Permítanos contar con ella sin falta. La preciosa Polly P podrá

ejecutarlo sin cometer error alguno.

La señora Pomphrey sacó su libreta y un lápiz con aire resolutivo.

—¿Cuál es su dirección? —preguntó—. ¿Dónde puedo encontrarla? La apuntaré ahora, y la visitaré por la tarde.

Se dirigió a visitar a la joven y, al encontrarla en casa, tras una seductora argumentación le pidió que aceptara el papel.

Y de este modo, en aquella «velada» llena de acontecimientos, Polly se encontró actuando en el pequeño y sofisticado escenario, apareciendo ante las cortinas de seda rosadas para recibir los adicionales aplausos de un público entusiasta que se había enamorado a primera vista de su bello e inocente rostro y de su encantadora figura.

Pero no es en esta parte de la «velada» de la señora Pomphrey en la que debemos centrarnos, sino en lo ocurrido tras la representación, cuando la gente, tanto el público como los actores, se estaba mezclando en terreno neutral, coqueteando, adulando, bailando, bromeando y escandalizándose. En ese momento, es preciso decir que la tarea de Polly había concluido. En el escenario, los partícipes de los deleites de la «velada» de la señora Pomphrey la habían admirado; pero, una vez fuera del escenario, ¿qué podían hacer con ella? La joven no era como ellos, pertenecía a una clase diferente de seres; seres humanos, bien es cierto, pero, en todo caso, seres humanos con los que no tenían nada en común. Era una joven muy bella, todos podían apreciarlo. Pero, ¿acaso las jóvenes bellas que ocupaban ese escalón en la vida no eran a menudo jóvenes de un carácter cuestionable? No tenían intención de mostrarse hostiles —al menos no todos—, pero, ¿no resultaba ciertamente embarazoso para ellos? Tal vez aquel pobre y pequeño cuervo no debería haberse quedado entre las palomas; pero, deben comprenderlo, la joven no sabía lo suficiente sobre el tema.

Aquella era su primera experiencia entre el ala femenina de la alta sociedad, y había pensado que muy probablemente disfrutaría de la velada posterior, y de la gente refinada, y de la cena refinada, tanto como había disfrutado de la cena de Angélique y del pequeño baile que habían organizado tras ella.

Pero, ¡ay!, pronto salió de su error. Allí se acomodó, ataviada con su pintoresco brocado azul y plateado de grandeza escénica, con el cabello empolvado y las hebillas de pasta en sus zapatos azul y plata de tacón alto, pues iban a usar sus disfraces toda la noche —quizás la razón fuera que la señora Pomphrey estaba muy favorecida con el suyo—. En media hora Polly había comprendido, pues era tan avispada como hermosa, que no tenía nada

que ver con aquella gente de alcurnia, y que ellos tenían aún menos que ver con ella. Incluso los caballeros la habían abandonado por un tiempo; en contra de su voluntad, justo es decirlo, pero no pudieron evitarlo. Sus hermanas, madres y jóvenes amistades femeninas les habían alejado a rastras y les vigilaban atentamente con ojo agudo y perspicaz.

«Baila con la joven señorita McIntosh, Charles, querido», dijo una madre al primogénito en quien tenía depositadas sus esperanzas, tras verle echar un ojo anhelante a aquella peligrosa Polly.

«Ve y rescata a Clara Thorbury de ese horrible Lethered», engatusó a Edward su astuta hermana.

Y a Beverly —el gallardo joven que durante la representación había comentado que Polly era «deslumbrante»—, la hermosa señorita Penstock le dijo, sin artificio alguno: «Qué cosa más espantosa, ya sabe, que una criatura tan adorable tenga que vivir una vida tan horrible y deprimente, y perder toda su frescura a causa del maquillaje y todas esas cosas. Me pregunto si luciría descolorida si se despojara del colorete ahora. He oído decir a Francis que se apagan y se toman pálidas incluso cuando son muy jóvenes».



¡Colorete! Aún no había llegado el momento en que Polly necesitara hacer uso del colorete. Los frescos y juveniles matices rojizos y luminosos habrían desafiado a cualquier anémona del Japón existente^[8]; y la señorita Penstock

también lo sabía, pero a la vez sentía un pequeño consuelo al sugerir que podría tratarse de colorete.

Polly permanecía sentada luciendo sus mejores galas, tratando de divertirse y, al mismo tiempo, deseando encontrarse en casa... anhelando haber anticipado un pretexto para marcharse temprano, en lugar de entregarse a los pulcros y diplomáticos discursos de su anfitriona y abandonarse a ellos hasta el punto de no pedir su modesto carruaje hasta las doce y media. La joven abrió y cerró sin descanso su abanico de satén azul y flores plateadas, y miró a su alrededor como único recurso para matar el tiempo.

«La gente arrogante fuera del escenario se asemeja a la gente arrogante encima de él», reflexionó. «Esa anciana de terciopelo y puntilla me recuerda a la duquesa de “May-fair”, y estoy segura de que la joven alta y hermosa con quien está hablando podría ser Pauline Deschappelles^[9]. ¡Sí, y allí está Madame! Y allí Romeo y Julieta, y esa mujer tan desagradable a la vista, ataviada con terciopelo negro, podría ser Hamlet disfrazado. Y ahí... Vaya, ahí está aquel amigo de Teddy Popham, ¡y viene hacia aquí!».

No había visto a Framleigh desde aquella mañana de verano, cuando Popham le había llevado a su pequeño jardín; y no se lamentaba por ello. Teddy había captado su indirecta, y no había vuelto a visitarla acompañado de Framleigh; y la verdad es que ella había olvidado por completo su existencia hasta que él «apareció», expresión que la joven había utilizado para referirse a ello. ¿Y él? Pues bien, en su caso no la había olvidado por completo, pues Teddy Popham no se lo había permitido. Había escuchado a Teddy referirse a sus éxitos en el teatro, sus encantos y su brillantez; si bien es cierto que no había pensado en ella por su propia iniciativa. Ni siquiera había acudido al Prince para ver *Desirèe*. No obstante, en la actualidad se encontraba de mejor humor que cuando la había conocido. Y se encontraba de mejor humor porque tenía mejor presencia de ánimo. Comenzaba a vislumbrar alguna posibilidad de mantenerse a salvo de los problemas que le habían apesadumbrado y desanimado en aquel entonces; y, en consecuencia, estaba más abierto a las emociones, a sentirse agradablemente impresionado por aquella hermosa visión de Polly, ataviada como una marquesa en brocado azul y plateado, con deslumbrantes hebillas en sus delicados zapatos, con su cabello empolvado, con aquel color de clavel en sus mejillas, y con ese fino resplandor en sus inmensos y veleidosos ojos. Se sintió tan gratamente impresionado que decidió detenerse a conversar con ella. ¿De qué color eran aquellos inmensos ojos? Pensó que tenían una especie de cálida tonalidad castaño-amarillenta cuando Polly levantó la vista mientras se dirigía a ella.

—La señorita Pemberton, si no me equivoco —dijo.

—Sí —respondió Polly en voz baja—. Señorita Pemberton.

«Ojalá lo hubiera olvidado», se dijo a sí misma.

Pero no hubo forma de evitarlo. Se había decidido a hablar con ella un rato, y no podía impedirlo sin resultar grosera o descortés, cosa que no era compatible con la dulce naturaleza de Polly Pemberton, que hubiera actuado de igual modo incluso ante su peor enemigo, si es que tuviera alguno. Así que permitió que se sentara a su lado, que iniciara una conversación tranquila, que preguntara por sus flores, que fingiera estar interesado en la salud de Montmorenci y, de hecho, que se mostrara extremadamente agradable. Tras escuchar un rato, ella también comenzó a divertirse. Cabe señalar que el capitán Framleigh podía resultar entretenido si se lo proponía. Su estilo era algo sosegado y lánguido, pero excelente y refinado. Su tono suave y un tanto confidencial también resultaba agradable, y su tendencia a satirizar a la refinada gente que les rodeaba la hizo reír. Aquellos grandes y un tanto indolentes ojos azules suyos eran una característica cautivadora y, una vez que su atención se sintió atraída por ellos, Polly pensó que eran tan bonitos como él estaba pensando que eran sus propios orbes de camaleón.

—¿Se divertía cuando me acerqué? —preguntó, dejando que sus perezosos ojos azules se posaran sobre el rostro de la joven.

—No —respondió Polly sin miedo—. No lo hacía. No conozco a nadie aquí y nadie me conoce y, lo que es peor, nadie quiere conocerme y no me agrada permanecer sentada mientras todos los demás bailan.

—Entonces, ¿le gusta bailar?

—Sí. Y estoy acostumbrada.

Una idea acudió a su mente de pronto. No lo había considerado antes; a decir verdad, no le gustaba bailar, pero se le acababa de ocurrir que, junto a la preciosa Polly P., le gustaría probar con aquel delicioso vals que los músicos comenzaban a tocar. ¿Por qué no? Y aquella noche estaba de humor para reafirmarse ante la sociedad por unos instantes. No se detuvo para formular su petición de una forma muy ceremoniosa.

—¿Quiere bailar conmigo? —dijo, brevemente.

Polly sonrió.

—Será mejor que quedarse sentada —su franqueza sacaba lo mejor de ella—. Y el vals que están tocando ahora es precioso. Sí, bailaré.

La gente los miraba fijamente cuando él la sacó a bailar y le puso un brazo firme y ligero alrededor de su adorable y delicada cintura. ¿Podía tratarse de Gaston Framleigh, cuyo orgullo y engrimamiento le convertían en cualquier

cosa menos en uno de sus preferidos? Las mujeres se mostraron serias, y los hombres un tanto envidiosos, pero, después de todo, se trataba de Framleigh, miembro de la Guardia; y bailaba alrededor de la sala con aquellos largos y sencillos pasos, y aquel aire fresco e inexpresable, mientras Polly flotaba con él tan ligera como una pluma. La joven no se apercibió de los rostros serios; disfrutaba de la música y del buen ritmo y los pasos de su pareja; no obstante, habría bailado el vals con Teddy Popham con la misma disposición. El capitán Framleigh no la había «impresionado» aún, aunque empezaba a ceder ante él, y decidió que, «arrogante» como era, resultaba más agradable de lo que había creído en un primer momento. Se relacionaba con demasiados hombres para resultar vulnerable.

—¿Conoce a todos los presentes? —inquirió ella, mientras daban vueltas.

—No conozco a nadie —respondió él—. Me atrevería a decir que he visto a la mayoría de estas personas antes, sé la mayoría de sus nombres y reconozco casi todas sus caras; pero en cuanto a conocerlas... Espere, creo que veo a una joven allí... pero, ¡no!, ni siquiera conozco a Diana Dalrymple, a pesar de mantener una digna relación amistosa desde hace diez años.

—¿Quién es Diana Dalrymple? —preguntó Polly, pensando en lo bien que quedaría el nombre en un programa de teatro, y envidiando en buena medida a la joven que había nacido con él.

—Pasaremos junto a ella en un momento. Una rubia alta que baila el vals en nuestra dirección con un hombre de uniforme. Lleva un brocado rosa y perlas.



Cuando la joven pasó por su lado, Polly echó un rápido vistazo sobre ella; la recorrió como suelen hacer las mujeres, con un ojo veloz y avisado. Se

trataba de una verdadera belleza, una criatura admirable, fría y pálida, con un delicado rostro finamente esculpido, los párpados caídos y el gracioso y ruidoso bisbiseo de su rico y exquisito brocado siguiéndola a su paso, aunque nunca pareciera interponerse en su camino ni molestarla en lo más mínimo.

—Le va bien su nombre —dijo Polly.

—Eso he pensado a menudo —contestó Framleigh.

—¡Debía ser muy joven cuando usted la conoció! —insinuó ella.

—Diez años —respondió el capitán, siguiendo con los ojos la cola de brocado rosa y los hombros blancos como el mármol—. Es mi prima.

Se cruzaron dos o tres veces antes de terminar el vals; pero la señorita Dalrymple no alzó los contornos caídos de sus hermosos ojos. Cuando Gaston lo decidiera, se decía la joven, era libre de dejar a su pareja y acercarse a saludarla con una reverencia; pero, hasta entonces...

¿Qué podía hacer? Ciertamente, no se podía esperar de ella que reconociera la existencia de una misteriosa joven que había sido invitada para su entretenimiento. No podía mirar a Gaston sin mirar a Polly; y a Polly no tenía intención de mirarla o, mejor dicho, de constatar que estaba bailando con su primo, el hombre más apuesto e intachable de la sala. De modo que no miró a ninguno de los dos.

Polly también sabía todo esto. ¿Acaso no lo había vislumbrado de inmediato, con aquellos perspicaces ojos suyos? Y, sin embargo, aunque ustedes no lo crean, no se detuvo por ello ni le dio demasiada importancia. Tal vez estaba acostumbrada.

Pero, finalmente, puso fin a su baile.

—Desearía sentarme, si me hace el favor —le dijo a su pareja; y de este modo el joven la acompañó de vuelta a su asiento, dejándola tomando acomodo, con una leve reverencia.

Sin embargo, tuvo pocas oportunidades de volver a sentarse hasta que llegó su carruaje. Al romperse el hielo, las parejas de baile acudieron en rápida sucesión; en realidad se agolparon alrededor de su silla y la sitiaron, a pesar del decoro que sugerían las miradas de las virtuosas madres y las modestas hijas. Su pequeño programa fue pasando de uno a otro y, nombre tras nombre, se fue completando hasta que estuvo lleno, esto es, hasta ese último baile que concluiría a las doce y media.

—Soy como la Cenicienta —le dijo a Gaston Framleigh de esa típica manera suya, fría e imperturbable—. Cuando el reloj marque las doce, el hechizo se romperá, el azul y plateado se convertirá en sobrio gris y dejaré atrás los zapatitos de cristal. Qué lástima que no haya príncipe que los recoja


y envíe un mensajero en mi busca. Si sabe de alguien que quiera hacer averiguaciones envíelo al Prince. Representaré *Madelon*^[10] allí mañana por la noche; y el joven en cuestión no tendrá problema alguno en encontrarme.

A pesar de todo, disfrutó cuanto pudo, si bien las matronas justas y rectas reunían a sus inocentes polluelos a su alrededor, y la miraban con recelo. Bailó hasta cansarse, acaparó todas las miradas y, cuando mostró humildemente sus respetos a la audiencia, su salida fue esplendorosa. Y Gaston Framleigh, que se inclinaba sobre la silla de Diana Dalrymple y le hablaba en ese tono suave y un tanto confidencial, siguió a Polly con la mirada hasta que salió de la estancia y se dirigió al vestíbulo del brazo de su acompañante. Se sintió perezosamente atraído, y no habría lamentado seguirla en persona... más por variedad que por cualquier otra cosa, quizás. No había mucha variedad en los modales de Diana y, en ocasiones, de vez en cuando —¿debemos confesar la herejía?—, el joven se sentía un poco aburrido ante la monotonía que aquello sugería.

—¿Estás pensando en esa muchacha, Gaston? —dijo la joven, sin dignarse a aparecer perturbada en su plácida arrogancia—. Ciertamente no me estás escuchando. Pero no te afanes por hacer ningún esfuerzo, te lo ruego. Puedo esperar hasta que te sientas plenamente libre.

CAPÍTULO III

POCO A POCO

iertamente, no se sorprenderán mucho al escuchar que, después de aquello, Gaston Framleigh y la preciosa Polly se encontraron con bastante frecuencia. De no ser así, ¿por qué motivo les habría presentado para seguidamente reunirlos en el casto espectáculo de la señora Pomphrey? Por supuesto, los listillos bien saben que un escritor de historias de amor no reúne a dos personas sin un ambicioso plan en perspectiva. Cuando Aurelia deja caer su abanico en la recepción de la señora Cingmar, y Augustus lo recoge y se lo entrega, y sus ojos se encuentran, ustedes saben de inmediato que quiero conducir a Aurelia y Augustus a través de dos volúmenes de agonía para unirlos en un tercero. De modo que, si tienen ustedes el hábito de dedicar su tiempo a leer historias románticas, habrán sabido al instante que, al anunciar el capitán Gaston Framleigh —en el primer capítulo— que estaba observando a una joven en un jardín, la joven en cuestión no habría aparecido en ese jardín sin el propósito de que sufriera y suspirara, se riera y se alegrara para su propio bien y el del capitán Gaston, antes de que yo bajara el telón de mi pequeño escenario y apagara las luces de mis candilejas.

Gaston Framleigh se encontró con la preciosa Polly en media docena de lugares. A saber, unas veces en la calle, saliendo a hacer sus modestas compras; otras veces, yendo al ensayo y regresando a casa; en otras ocasiones, yendo al teatro por la noche, bajo la tutela de la Montmorenci, esa alma buena que la ayudaba a acarrear su pequeño vestuario; y, no pocas veces, la vio en su propia casa. El joven apenas podría explicar qué sucedió para que comenzara a visitar tan asiduamente aquel pequeño salón cuadrado. Recordaba la causa de sus primeras visitas, cierto es, pero eso era todo. Se había encontrado aburrido y cansado en su propia habitación en una o dos

ocasiones, y la proximidad de la casa de enfrente le había traído a Polly a su mente inquieta. Y, después de las primeras veces, se convirtió en una especie de hábito. Popham se mostraba sorprendido de encontrar allí a Framleigh tan a menudo, y, a decir verdad, podría haberse alarmado si el comportamiento de Polly hacia él no hubiera sido exactamente el mismo de siempre. La joven, ciertamente, no le dedicaba a Framleigh ningún favor especial. En el comienzo de su amistad, no le tenía tanto cariño como al propio Popham; lo trataba del mismo modo que a Delaplayne, Despard, Burroughs y una docena más. Y, tal vez, fue esta misma indiferencia de su parte lo que llevó a Framleigh a algunas ligeras indiscreciones. Si ella hubiese valorado más sus atenciones, su meticulosidad podría haber dado la voz de alarma, pero, tal como estaban las cosas, se sentía perfectamente seguro.

—No es exactamente uno de mis favoritos —le dijo Polly a Popham—. Y no entiendo exactamente por qué viene, pero viene, eso es todo.

—Es un tipo raro —comentó Teddy, reflexionando—. Pero es muy inteligente y todo ese tipo de cosas, ya sabe, señorita Polly.

Polly, que se hallaba cosiendo afanosamente una pequeña y elegante pieza de vestuario para lucir sobre el escenario, comenzó a entonar suavemente el final de una canción infantil.

*De todos los caballeros del rey es el más excelente, ¡siempre
está alegre!*^[11]

—Me gustaría saber qué le ocurre a veces —dijo, terminando su tonadilla abruptamente—. Es bastante estúpido. Parece como si tuviera algo en la mente. Me recuerda, en algunos de sus estados de ánimo, a uno de esos villanos de las tragedias que confiesan un asesinato en el último acto, y se apuñalan justo antes de que caiga el telón.

—Ciertamente, se muestra un poco sombrío de vez en cuando —reconoció Popham.

—Bueno, es un amigo especial para usted —dijo Polly, sucintamente—. Debería preguntarle qué le ocurre. Yo lo haría.

—Creo que sé la razón —confesó Teddy, medio a regañadientes—. No estoy del todo seguro, pero creo que es... por dinero.

—¿Dinero? —se hizo eco Polly, levantando la vista de su costura—. ¿Un engreído como él?

—Ah, ya ve —fue la respuesta—, ese es el problema. Si no fuera orgulloso todo sería más fácil. El hecho es que le educaron esperando recibir dinero, y luego le forzaron a vivir de sus propios recursos, sin nada. Proviene

de los Framleigh originarios de algún lugar de Yorkshire, y su rama de la familia es muy pobre. Pero la gente dice que él es el más orgulloso de todos, y el orgullo de los Framleigh es legendario. El propio Framleigh no se crio en casa. Un tío se lo llevó a vivir con él cuando era niño, el tío del que lleva su nombre, Gaston, de Gaston Court. Educó a Framleigh como un príncipe y pretendía dejarle todo su dinero. Pero era un viejo salvaje, obstinado e irascible, y el orgullo de Framleigh se rebeló en contra de sus modales autoritarios, por lo que hace un par de años tuvieron una pelea definitiva, y aquello cambió por completo el rumbo de su existencia. El viejo Gaston no quiere oír hablar de él; Gaston Court y todo el dinero serán para un pariente lejano y, en resumen, Framleigh tiene unas perspectivas bastante pobres a causa de todo esto.

—Ciertamente, son unas perspectivas bastante pobres, después de esperar tanto —admitió Polly—. ¿Está endeudado?

—Me temo que sí.

Polly emitió de repente un silbido exclamatorio, que habría sonado muy extravagante si no hubiera sido una joven tan bonita y no hubiera resultado tan natural.

—Mal asunto —dijo.

Tal vez aquello hizo que contemplara a Framleigh con un poco más de consideración. Sentía más simpatía por un hombre en aguas turbulentas que por un hombre que pareciera estar navegando sin complicaciones. Ella misma sabía lo que eran las aguas bravas. No había tenido una vida fácil. Su padre adoptivo, el viejo Jack Pemberton, como lo llamaban sus amigos, la quería mucho, y ella, a su vez, le tenía mucho cariño, pero era un viejo bribón de mala reputación. Polly recordaba la ocasión en que había pasado hambre y frío —cuando no existía ninguna Montmorenci, ni ningún salón cuadrado y luminoso—; aquella en la que su amigable pariente había olvidado, en la emoción de una noche de diversión, ir a recogerla al teatro, y había corrido sola de regreso a casa por las calles mojadas, como un pequeño y desamparado duende de seis años, para encontrar sus habitaciones oscuras y sin fuego. Como decía Montmorenci, resultaba asombroso que aquella jovencita hubiera peleado sus batallas tan valientemente y sin sufrir daño alguno. A menudo se había encontrado en el camino con lo que habrían sido tentaciones suficientes para una muchacha más débil y menos enérgica.

A Framleigh le resultó más fácil relacionarse con ella después de que le hubieran revelado sus problemas —aunque el joven desconocía por completo la confianza de Teddy Popham, y posiblemente le hubiera molestado

saberlo—, y a Polly también le resultó más sencillo entenderle. Cuando su manera de comportarse no le agradaba, la joven se lo perdonaba más fácilmente. «Si yo estuviera en su lugar, me mostraría tan furiosa como él», se decía a sí misma; y, de vez en cuando, condescendía incluso a tratar de disipar su tristeza con un sencillo acto de cortesía o buen humor. No obstante, nunca hubo dos personas menos inclinadas en un principio a enamorarse la una de la otra.

«En realidad, acudir a ese lugar es una especie de descanso para un hombre», decía él.

«Que venga», decía Polly. «Necesita entretenerse y no hace daño a nadie».

«Es un joven tranquilo y bien educado», decía la discreta Montmorenci. «Y Polly sabe cómo cuidarse sola; de modo que, ¿por qué debería poner objeciones?».

Si se les hubiera dejado a su suerte, es posible que mi testimonio no hubiera sido escrito. Pero, les hago esta pregunta, ¿acaso quedamos alguna vez a nuestra suerte? ¿No hay siempre algún amigo interesado o desinteresado que nos abre los ojos a nuestras propias faltas, a los motivos inconscientes de cada uno, a todo este tipo de cosas, de las cuales uno hubiera podido permanecer felizmente ignorante si no fuera por las amables insinuaciones de estos desinteresados seres?

Fue Popham quien alteró en primera instancia el equilibrio de Polly; Popham, que se habría dejado cortar la mano derecha, en lugar de haber hablado, si hubiera sabido qué tren estaba poniendo en marcha. Situemos a Teddy Popham en el lugar correcto. El suyo no era un caso esperanzador, y él era consciente del hecho. Muy al contrario: resultaba completamente imposible. Su admiración por Polly era un sentimiento que databa de mucho tiempo atrás. Se había enamorado locamente de ella en una etapa temprana de la adolescencia. Se había enamorado de ella desde los palcos, con ocasión de su primer frac y del primer acto benéfico de ella, en el que había interpretado un papel de bruja disfrazada de *vivandière*^[12]. Había acudido al teatro durante semanas y, humilde y desesperadamente, se había ganado el favor de los secundarios, que no le habían prestado la menor ayuda en sus esfuerzos por conseguir una presentación. La preciosa Polly P. había sido su primera pasión juvenil, y el asunto había concluido ahí.

Cuando finalmente pudo arreglárselas para establecer una relación con ella, la había encontrado simplemente inaccesible. Polly no era una jovencita de temperamento susceptible, y apenas se sorprendió. Se compadeció de él,

pero eso fue todo. Si él la hubiera cortejado durante mil años, jamás habría podido despertar un sentimiento afín en su bondadoso, dulce y pequeño corazón. En apariencia, Polly no tenía una naturaleza fácil de despertar. Hasta que conoció a Gaston Framleigh, no sabía lo que era el amor. Lo había representado, había estudiado sus personajes en comedias, tragedias y farsas, en las que era el principio y el final; había tenido pretendientes de los que se había reído o de los que se había compadecido, que le gustaban o disgustaban, pero, en cuanto a devolverles su tierna pasión, no podía hacer tal cosa, pues desconocía todo al respecto, aunque algunos de ellos le habían proporcionado sus primeras enseñanzas. Varios incluso la acusaron de ser algo flemática. Y tal vez lo fue durante un período —el período de crisálida— de su existencia. Pero siempre le gustó Popham. Él, al menos, había tenido la sensatez de saberse derrotado; de saber que el obstáculo estaba en sí mismo, y no solo en Polly; y era lo suficientemente fiel y dulce como para querer ser su amigo cuando se vio obligado a renunciar a toda esperanza de ser su amante. Y tras curarse la primera punzada, ambos se enfrentaron al asunto con sensatez y establecieron una especie de honesta amistad de tipo arcádico, teñida, cierto es, por el lado de Popham, con el cariño de la vieja pasión y, por el lado de Polly, con la amabilidad de la simpatía. De modo que, ciertamente, el pequeño error que cometió el joven fue inocente. Framleigh, como he dicho, era objeto de su admiración; Polly, a sus ojos, la criatura más perfecta de su sexo. Resultaba lógico que se interesara generosamente por el bienestar de ambos. En consecuencia, se vio incitado a involucrarse.



—Esta mañana me encontré con Framleigh, Polly —se aventuró en una ocasión.

Era sábado por la tarde, y Polly estaba de pie frente a él sobre la alfombra de la chimenea, estudiando su papel con gran seriedad; y, dado que no estaba muy segura de su habilidad en dicha tarea, desatendió aquella mención de Framleigh, mezclando sus alusiones con una serie de palabras apresuradas.

—«¡Calma! ¡Ya viene! ¡Ahora, débil corazón, tranquilízate!». Sí, estuvo aquí. Me atrevería a decir que te lo encontraste justo después de su visita. «Cuán pálidas estaban sus mejillas...».

—Viene por aquí muy a menudo, ¿no es cierto? —interrumpió Popham.

—Con frecuencia —respondió Polly, sin levantar la mirada de su libreto—. «¿Por qué me sonrojo? ¿Por qué... por qué este...?». Escucha, Teddy, ¿no es una tontería? ¿De qué sirve preguntar por qué? Me pregunto si necesitaré muchas indicaciones...

Pero Teddy Popham estaba pensando en otra cosa, un poco triste, tal vez. ¿Y quién podría culparle?

—Framleigh es un tipo muy apuesto, Polly —dijo.

—Sí —respondió Polly indiferente—. Supongo que lo es.

—¿No sabes que lo es? —sugirió Teddy.

Había algo en la voz del joven, tal vez un atisbo de estremecimiento... Por desinteresado que fuera, ¿cómo podría el pobre joven olvidar que existía un pasado que precedía al agradable y amistoso presente en el que estaba pensando en un futuro para su amigo? Algo en su voz captó la distraída atención de Polly, la apartó del viejo libreto de ensayos de cubierta amarilla y la condujo a mirarlo con asombro.

—¡Lo sé! —se hizo eco, y entonces... pareció como si de repente fuese consciente de todo. Se sonrojó casi enojada—. ¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Quiero decir —respondió Popham lastimosamente— que él sí sabe que tú eres hermosa, Polly.

¡Hermosa! Y qué hermosa estaba en ese particular instante, mientras se encontraba allí de pie, con su brazo reposando repentinamente a un lado, su fina mano sosteniendo aún el libreto y su delgado dedo índice entre sus páginas; su esbelta figura de jovencita luciendo su elegante altura por entero en aquella actitud que había adoptado de manera inconsciente: la cabeza erguida, sus mejillas arreboladas por aquel escarlata repentino y aquel enojado fuego en sus ojos.

—Si te refieres a... —comenzó ella desdeñosamente, y luego se interrumpió—. No sé a qué te refieres.

—Me sorprende —dijo Teddy—. Tú, que estás tan acostumbrada a ver cómo los hombres se enamoran de ti.

—¡Enamorados! —exclamó Polly—. ¡Bah!

Y se encogió de hombros.

—Quiero decir —indicó Teddy— que lo relativo al amor no suele ser de tu interés, y sé que no lo ha sido hasta ahora; pero te llegará algún día, Polly, como nos ha llegado al resto de nosotros, y de algún modo me ha parecido que Framleigh...

—Teddy —dijo Polly recuperándose, y hablando con suma amabilidad—. Framleigh no es el hombre.

Y, sin embargo, al instante siguiente, las grandes pupilas de sus ojos se dilataron como si se hallasen presas de una breve sensación de temor repentino. Inquieta, se echó a reír.

—Jamás he pensado en él de esa manera —dijo—. Vaya, menuda broma, Teddy. Una broma sin sentido; mira que pensar... ¡semejante cosa!

CAPÍTULO IV

DIANA DALRYMPLE

Ese mismo día, en una sala mucho más imponente, y en un vecindario mucho más respetable y deseable, Framleigh recibió su propio toque de atención.

Diana Dalrymple le sirvió una taza de té, y él esperó a su lado, junto a la mesita de mármol, para recibirla de sus manos. Era un hábito, en la mansión Dalrymple, disfrutar de aquel íntimo e informal té de la tarde. A Diana le agradaba, y era Diana quien ejercía el control. En primer lugar, a Diana le gustaba presidir la pequeña mesa sobre la que se colocaba el exquisito y casto servicio. Se trataba de una posición elegante. La joven poseía unas manos y unos brazos perfectos, y era consciente de parecer una diosa dispensadora de néctar. En segundo lugar, las personas que se acercaban para hacer una visita amistosa —los caballeros visitantes, por ejemplo—, parecían enardecerse y volverse cordiales bajo la influencia de aquella humeante ambrosía que les era servida por aquella majestuosa Hebe^[13]. Gaston participaba de aquel ligero refrigerio al menos dos veces a la semana, por sentido del deber. Sin embargo, el joven no habría sabido explicar por qué sentía que era un deber, aunque tal vez algunos sagaces observadores de la personalidad habrían sabido identificar sus motivos.

Se daba por descontado en la familia —y, a decir verdad, también en el mundo exterior— que el capitán Framleigh, en un momento u otro, daría un paso al frente revelándose como pretendiente de la mano de la bella Dalrymple. Este era uno de los artículos que conformaban la fe de los Dalrymple, y así había sido durante años; en realidad, desde que el dueño de Gaston Court había anunciado, con su habitual delicadeza, que la perspectiva de tal alianza no le sería en modo alguno desagradable. El señor Eustace Gaston, dueño de Gaston Court, admiraba a Diana. Tenía debilidad por las

mujeres elegantes, y Diana era del estilo generalmente designado por los entendidos como una mujer elegante. Por tanto, había emitido sin demora un amable mensaje en el que daba a entender que su futuro heredero esperaba poder casarse con ella, preferiblemente cuanto antes; y la consecuencia era una especie de incómodo enredo para Gaston, un enredo que no era en modo alguno un compromiso y, sin embargo, era un enredo igualmente, incluso ahora, cuando el joven ya no era el futuro heredero. No podía enemistarse con Diana simplemente porque se había enemistado con su tío; y, ciertamente, Diana no tenía intención alguna de enemistarse con él. A decir verdad, la jovencita tenía mejor criterio. Las mujeres tienen una gran influencia sobre los hombres, ya se sabe, una poderosa influencia positiva. La esposa de un caballero será a menudo el vehículo para curar una pequeña herida familiar que, de otro modo, nunca hubiera sanado y habría perdurado hasta sus últimas consecuencias, legando generosas fortunas a ramas de parentesco familiar totalmente indignas e insignificantes. No es que la bella Dalrymple y su madre, igualmente bella, fueran excesivamente clarividentes, o se sintieran dispuestas a mostrarse conmovedoramente desinteresadas. Nada de eso. Pero, ¿deberían abandonar a este joven porque fuera desafortunado? ¿Deberían olvidar los sagrados lazos de la relación, porque hubieran sido precipitados y algo desacertados? ¡Nunca! ¡Jamás! Con mayor motivo, ciertamente, debían esforzarse por conducirlo de nuevo por el camino del deber. Como consecuencia de todo este tierno sentimiento, Gaston se encontraba con su bella prima —de un modo u otro— más a menudo de lo que pretendía; constataba que la madre de Diana le esperaba, y se sentía inclinada a reprocharle su descuido si no les visitaba a diario, más o menos, y tomaba su agradable té de la tarde con ellas; en honor a la verdad, le resultaba difícil conseguir permiso para ausentarse, pero apenas entendía que estaba siendo influenciado, y casi deseaba, a veces, con la vulgar ingratitud de su sexo, que le dejaran en paz.



Imagínenlo de pie sobre la alfombra de la chimenea, sosteniendo una de las tazas de color hueso, y tratando de no mostrarse de otro modo que no

fuera cortésmente indiferente a las jocosidades algo pesadas de aquel afable joven adorador de Diana, el honorable John Redmayne, conocido más comúnmente entre sus menos fervientes admiradores como «ese pequeño idiota, Jack Redmayne». Framleigh contemplaba a Jack desde debajo de sus cejas, y resultaba positivo para él que su pesado bigote ocultara su despectiva mueca burlona. Nunca había sentido simpatía por Jack, pero ese día se encontraba especialmente irritado con él. Le molestaba ver a Diana sonreír educadamente ante su ingenio y lagrimeos, aunque, justo es admitirlo, resultaba más lacrimoso que ingenioso; y, cuando oyó reír dulce y alentadoramente a la Dalrymple materna, pudo sentir en su interior verdaderos deseos de retorcerle el cuello a aquella excelente mujer. Quizás Jack Redmayne fue consciente de su estado, pues se volvió hacia él y, figuradamente hablando, le despedazó.

—Framleigh está aburrido hoy —dijo—. ¿Qué le pasa, Framleigh? Por mi alma, no es usted el mismo desde aquel episodio del baile de opereta... con la preciosa Polly P., ya sabe, y todas esas cosas.

Mientras hablaba, se rio con su habitual alegría inspiradora... una alegría que, dicho sea de paso, consiguió inspirar en Framleigh un deseo casi incontrolable de lanzarse sobre él, tomarle por su pequeño y pulcro cuello, y expulsarle violentamente por la ventana de la habitación. La Dalrymple materna agudizó sus oídos.

—¿A qué se refiere? —inquirió—. ¿Qué pasa con el episodio del baile de opereta y la preciosa Polly? Seguramente no está hablando de Gaston, señor Redmayne. ¡Oh, qué par de muchachos traviosos!

Y sacudió su viejo dedo índice jovialmente.

—Y, sin embargo, ¡por mi honor que me refiero a él! —declaró el muy admirado Jack—. Por mi honor, señora Dalrymple, le aseguro que todos nuestros conocidos chismorrearán sobre el tema; la forma en que se ha enamorado de la jovencita del Prince, y cómo va a visitarla a diario a ella, a su vieja aya irlandesa y a su anciano tío de mala reputación. Un mal caso de imprudencia, ya sabe, como nunca se ha visto. Venga, Framleigh, sea honesto y acepte la dulce acusación. ¡No mencionaremos nombres salvo el de la preciosa Polly P, ya sabe!

La mirada de Gaston estuvo a punto de convertirse en furor. ¡Cuánto le agradecería estrangularlo! No obstante, el joven pudo controlar su furia hasta obligarse a fijar la mirada, posada con deleite sobre el borde de la taza ahuesada.

—Su ansiedad de información le ha llevado a desviarse por el mal camino —dijo con una mueca de desprecio. Pero, al instante siguiente, se encontró con los ojos de Diana y se acobardó, aunque se sintió furioso consigo mismo por haberse acobardado tanto. ¿Por qué debía acobardarse? ¿Por qué no podía mantener una especie de serena relación de amistad con una joven de una clase social inferior? Por supuesto, reconocía que la posición de Polly era inferior a la de él. Sabía que tal cosa era cierta, y nunca perdía la conciencia de ese hecho cuando estaba lejos de la joven, aunque, a veces, en raras ocasiones, lo olvidaba en su presencia. ¿Era culpa de la pobre joven el haber nacido en una vida sórdida y de dudosa reputación? Ya ven, la calificaba como sórdida y de dudosa reputación, cosa que Teddy Popham nunca había hecho.

Diana, con una blanquecina mano de dedos largos sobre la tetera, hizo una pausa en la preparación de la tercera taza de té de Redmayne para hablar con tono apacible.

—¿Es la joven que actuó con tanto encanto en el espectáculo de la señora Pomphrey, Gaston? Creo que oí a varios jóvenes llamarla Polly. Y recuerdo que bailaste con ella. ¿La conoce, señor Redmayne, y por eso la llama «Polly» también?

Redmayne afectó confusión.

—Lo siento, señorita Dalrymple, por mi honor... Ya sabe que a un hombre no le gusta...

Pero Redmayne fue interrumpido por Framleigh con una expresión tan repentinamente adquirida, y sin embargo notable, en aquellos ojos azules usualmente indolentes que Polly admiraba, que al instante retrocedió un paso, mientras el caballero colocaba su taza de color ahuesado en su platito de color ahuesado.

—¿La conoce y por eso la llama Polly? —exigió Framleigh, con un buen toque de sarcasmo—. Por favor, ilústrenos, Redmayne.

Y luego, por extraño que parezca, fue Diana quien se sintió avergonzada ante él, aunque este ni siquiera le había dirigido una mirada; y la señora Dalrymple, siendo consciente de la escena con ese ojo agudo y maternal suyo, se apresuró a rescatarla. Algún trasfondo de talento satírico en la familia tenía el hábito de hacerse sentir por aquellas dos mujeres, y entonces era siempre el momento de comer un poco de su humilde «pastel diplomático».

—Gaston —dijo ella—. ¡Estoy asombrada! ¡Señor Redmayne, me sorprende! ¡Malditas insinuaciones! Les ruego... les ruego que cambien de tema. Realmente no deseamos escuchar nada más al respecto. No nos lo

creemos, ¿saben? Y es una tontería muy horrible. ¡Señor Redmayne, vaya a buscar su taza, se lo ordeno! Diana, mi amor, más té para tu primo.

Y aunque Jack Redmayne se mostró perplejo, y le hubiera gustado mejorar la situación con algunas de sus originales y brillantes rectificaciones, descubrió que el tema estaba finiquitado a pesar de sus esfuerzos.

Pero Framleigh había recibido un toque de atención, al igual que Polly había recibido el suyo. Cuando volvía a casa en medio de la niebla, abotonado hasta el cuello en su gran abrigo, la agilidad de su paso se avivó, no tanto por el deseo de mantenerse caliente sino por su irritación interior. ¿Qué quiso decir ese tipo? ¿Era posible que hubiera visitado a la joven tan a menudo que la gente empezara a notarlo? ¿Era posible que pensarán que él, Gaston Framleigh, podía tener algún motivo serio a la vista, en relación con una muchacha de semejante clase? Se sonrojó al pensar en ello. Había oído hablar de hombres que hacían cosas muy disparatadas. Había sabido de hombres de tan infame mal gusto, que incluso se habían olvidado de su posición; pero, ¡por Dios!, nunca soñó con ser víctima de tal asunto. Había sido el primero en condenar y burlarse de aquellos hombres. En adelante debía evitar el gran disfrute del salón cuadrado; debía mantenerse fuera del camino de la joven.

Y entonces, de pronto, surgieron ante él varias visiones de Polly, tal como la había visto en diversas ocasiones, cuando había sido consciente de encontrarla muy digna de admiración. Se hallaba Polly cantando una de sus canciones de teatro con el acompañamiento del viejo piano y, de un modo u otro, logrando entonarla notablemente bien; se hallaba Polly cosiendo un pequeño sombrero teatral de Normandía, e involucrándose tanto en su sencilla tarea, que lucía una tonalidad resplandeciente y se veía realmente exquisita; se hallaba Polly de pie sobre la alfombra de la chimenea, con sus manos entrelazadas a la espalda como las de un niño, mientras ensayaba su papel con Montmorenci o Teddy Popham sosteniendo el libro. Polly era una bella criatura, ya me entienden, y no podía hacer tarea alguna sin resultar notablemente hermosa; era suficiente para hacer suspirar a cualquier hombre el pensar en desperdiciar la oportunidad de verla y admirarla. Gaston Framleigh suspiró... suspiró, se inquietó y se puso furioso. La sola idea de estar enamorado de la joven resultaba del todo absurda, pero no le agradaba apartarla de su mente por completo.

Iba pensando en ello, inquieto y furioso, cuando se despertó de su malhumorada ensoñación por un repentino resplandor de luz. ¿Cómo era posible, me gustaría saber, que hubiera tomado ese giro equivocado en la niebla, y hubiera aparecido justo ante el umbral del Prince y su resplandor de

luces de gas? Sacó su reloj y lo observó. Ya era la hora del comienzo de la función. ¿Debía entrar y ver qué estaba pasando? ¿Quién era la persona que se apuraba hacia la entrada lateral? Evidentemente alguien de la compañía que llegaba tarde y se apresuraba. Una mujer mayor la acompañaba, y apenas podía mantener su impaciente ritmo. Pensó que conocía a la alta, majestuosa y joven figura. Llegaron en un instante, y la bengala de gas cayó sobre el rostro de la muchacha; ella levantó la mirada hacia él... levantó la mirada sobresaltada, por extraño que parezca; un sobresalto desconcertado y un tanto enojado, y entonces le saludó asintiendo bruscamente.

—Buenas tardes —dijo ella, y pasó junto a él sin añadir palabra o mirada alguna, como si estuviera contenta de no decir nada más.

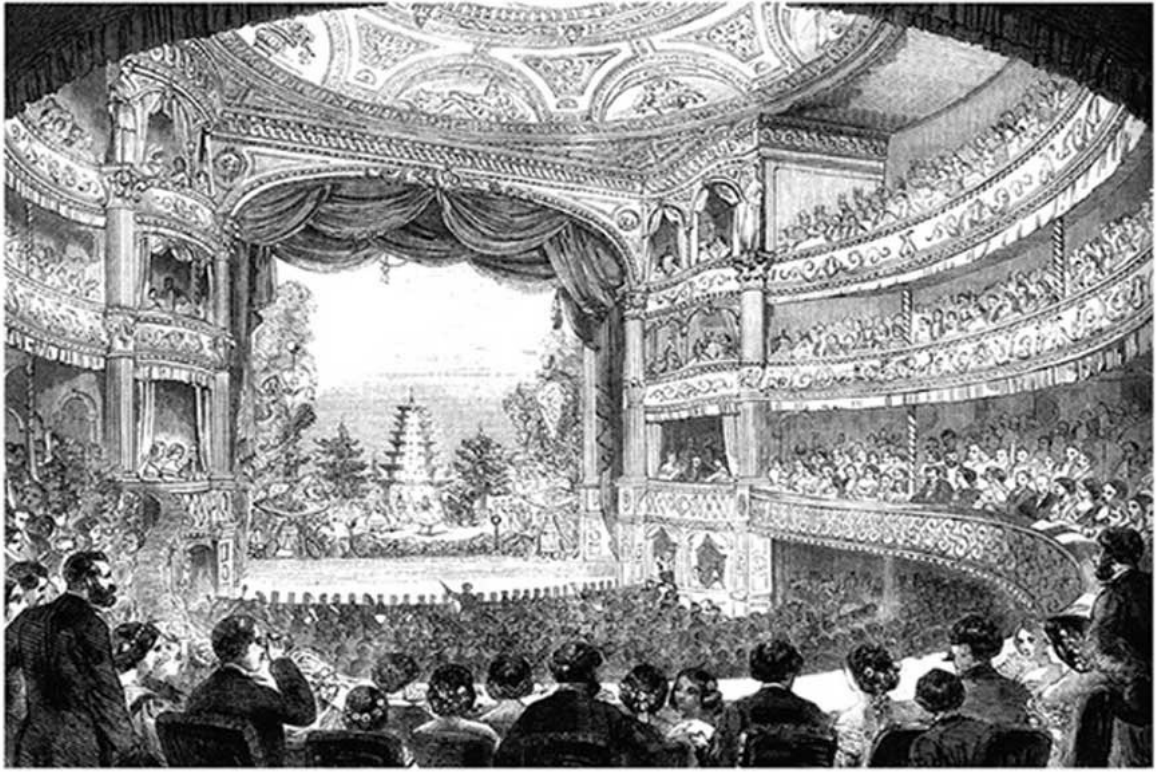
Era Polly, que no actuaba hasta el *afterpiece*^[14] y llegaba un poco tarde. Pero no era porque llegara un poco tarde por lo que había acertado tanto el saludo a su amigo, y Framleigh, por instinto, supo reconocer que, ciertamente, no era aquel el motivo.

«¿Alguien se ha entrometido también con ella?», se preguntó. «Eso parece».

Y se mordió el labio bigotudo con fiereza.

«Entraré y la veré actuar», se dijo. «Aún no la he visto sobre el escenario. Me gustaría saber qué le ha molestado».

Y, en cinco minutos, se halló sentado en el teatro, mirando con el ceño fruncido —sobre las más de quinientas cabezas— hacia la cortina verde.



CAPÍTULO V

A PESAR DE TODO

Naturalmente, aquello era lo peor que podía haber hecho, como todos bien sabemos. Si pretendía mantenerse apartado del peligro, debería haberse alejado de aquella llamarada de luces de gas del Prince; debería haberse dirigido a casa, y haber puesto su mente al servicio del estudio de las tácticas militares; debería haber hecho muchas cosas que dejó sin hacer, y debería haber dejado sin hacer la única cosa que hizo. Pero sucumbió a aquel impulso repentino y entró en el teatro, y se acomodó mirando al escenario y a los actores hasta que todo terminó, Polly hubo cantado su última canción y hecho su última reverencia, y la cortina hubo caído.

Cuando la función terminó, y se encontró de nuevo al aire libre entre la muchedumbre de gente y carruajes, se sintió conmovido por un nuevo sentimiento.

Si antes se hallaba excitado, en ese momento se sintió más excitado aún.

«Qué actuación más brillante y original», se dijo a sí mismo. «Y qué encantadora parecía la joven. Esas breves y sencillas canciones tuyas provocaban un gran estremecimiento en los corazones. No me sorprende que sea una de las actrices favoritas. No tenía idea de que la joven poseyera tantas aptitudes para desarrollar tan ingenuo talento».

A la mañana siguiente, Polly, acomodada en su sillón ante el fuego, oyó pisadas sobre la grava del estrecho sendero y, volviéndose a mirar, vio algo en su visitante que la hizo fruncir sus bonitas cejas negras.

«Ha venido a preguntarme qué es lo que me ha molestado», pensó. «Ah, muy bien. Que venga. Cuanto antes termine esto, mejor para los dos».

La joven podría haberlo forzado a formular su pregunta de inmediato, pues lo encontró extremadamente frío al llegar; ella apenas le ofreció las

puntas de los dedos cuando entró y, seguidamente, se acomodó de nuevo, sosteniendo aún entre sus manos el librito que había estado leyendo, aunque lo había entrecerrado.

—Anoche me conté entre su audiencia —dijo Gaston abruptamente y con premura.

—No le vi —respondió ella—. Nunca me fijo en mi público.

—Pero me vio al entrar.

Su indignación por la indiferencia de la joven era palpable en su rostro.

—Sí —repuso ella, lacónicamente—. Por supuesto.

Entonces, como es natural, su frialdad hizo su efecto y le provocó, como ella sabía que sucedería. Se sintió irritado por encima de su serena paciencia.

—¿Podría aventurarme a sugerir que me pareció que no se alegraba de verme justo en ese momento en particular?



Ella vaciló solo un instante sin dejar de fruncir ligeramente sus cejas negras y, mirando los bordes de su libro como para calmar sus pensamientos

y concentrarse firmemente en el asunto, dio finalmente una respuesta que, justo es reconocerlo, no dejó de sobresaltar al joven.

—Si usted sugiere tal cosa —dijo ella—, no seré yo quien le diga lo contrario. En honor a la verdad, diría que tiene razón. No me alegré de verle. Y... y, honestamente, no puedo decir que me alegre de verle ahora... ¡Ya está dicho!

La joven alzó la mirada hacia su rostro de repente, y su mirada parecía indicar que se alegraba de que todo hubiera terminado.

Él se levantó de inmediato y se situó frente a ella con el sombrero en la mano. Se mostraba muy altivo y bastante sorprendido.

—Lamento mucho... —comenzó.

De repente se detuvo. Fue Polly quien le interrumpió. La joven había cerrado el libro y lo había arrojado sobre la mesa, levantándose con más brusquedad si cabe de lo que lo había hecho él; entonces se situó de pie frente a Framleigh, luciendo tan adorable en su impaciencia como le resultaba naturalmente posible a una jovencita.

—No lo lamente —dijo—. Es bueno para usted que se lo diga. No tiene derecho a venir aquí, y debería saber que no le hace ningún bien. ¿Por qué viene? No es igual que con Teddy Popham. No, no es como con Teddy, que no puede salir perjudicado por ello.

—¿Perjudicado? —repitió tras ella, bastante sorprendido—. No la entiendo en absoluto.

—Se lo haré entender, entonces —añadió la joven, con un toque de frialdad desafiante en su actitud—. No siendo más que la preciosa Polly P., no necesito ser ceremoniosa. ¿Sabe lo que la gente ha comenzado a decir ya de usted? Han empezado a decir que se está enamorando de mí.

El joven acusó un leve sobresalto y, al verlo, los labios de Polly se curvaron. Incluso llegó a darle un toque de cortesía escénica.

—Apenas hay necesidad de una alarma como esa —dijo—. No creo en las habladurías.

—Usted no comprende... —protestó él.

—Sí lo hago —dijo Polly—. Supongo que es lo normal. Le suena horrible, y me atrevería a decir que, si yo hubiera nacido con lo que la gente del teatro llama «arrogancia», me parecería igual de horrible. Tal como están las cosas, sabe que me importa muy poco. He oído tales disparates con demasiada frecuencia como para darles importancia alguna cuando los escucho ahora. Pero, en su caso es diferente. He oído hablar, por casualidad —hipócrita joven—, sobre ese tío tuyo. ¿Cómo cree que afectaría a sus

posibilidades que el señor Gaston supiese que pasa las mañanas conmigo en lugar de con la señorita Diana Dalrymple? —añadió, apresurándose en este ingenioso argumento final.

El joven se mostró absolutamente pálido de irritación y sorpresa ante este curioso nuevo giro que estaban tomando sus asuntos. Hacía tan solo unas horas que había decidido evitar a la joven y, en ese instante, después de que le hubiese resultado imposible mantener su resolución intacta, ahí estaba ella manifestándole desagradables verdades despreocupadamente, y casi mostrándole la puerta. Si alguna vez había sido lo suficientemente frívolo y vanidoso como para pensar que no le era totalmente indiferente, al menos en ese instante se habría desengañado.

—¿Qué debo entender de todo esto? —dijo con frialdad—. ¿Debo entender que preferiría que mi desafortunada visita de esta mañana fuera la última?

—Creo que sería lo mejor —respondió Polly con calma.

Framleigh hizo una reverencia ciertamente parsimoniosa.

—Al menos, admiro su franqueza —dijo—, y le doy las gracias por ella.

Era costumbre del hombre, cuando sentía su orgullo tan profundamente herido, aparentar sentir apenas el aguijón.

—Permítame desearle buenos días —añadió.

Polly arqueó un poco sus cejas negras, pero extendió la mano.

—Démonos la mano, como muestra de que no hay rencor entre nosotros —dijo—. Así lo hacemos en el teatro. Buenos días.

Y así fue como el capitán Framleigh descubrió que las cosas se habían vuelto en su contra, y se marchó luciendo extremadamente altivo, pero sintiéndose muy amargado y no poco humillado.

Cuando se fue, Polly apoyó el codo en la repisa de la chimenea, y contempló su reflejo en el pequeño espejo: sus finas cejas negras, sus inmensos ojos grises, y todos y cada uno de los encantos que la hacían ser como era, una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Curvó su lindo y delgado labio superior, frunció el ceño y luego estalló en una breve, extraña y vehemente interpelación dirigida a sí misma.

—¡Era demasiado orgulloso para enamorarse de ti, Polly, querida! —dijo—, aun cuando seas una belleza. Los hombres como él no lo hacen o, al menos, no lo hacen honestamente. Cíñete a las plumas de tu grajilla, Polly P., y no te permitas soñar, ni siquiera lo intentes, con las plumas del pavo real^[15]. No era en ti en quien pensaba ni por un minuto, sino en sí mismo. No importa

si te incomoda que hablen de ti o no. ¡No eres una dama elegante, querida mía!

Decir que las mujeres son indulgentes —tal y como reza la costumbre— no es una aseveración del todo correcta. Por regla general no perdonan las ofensas, ya sean reales o imaginarias, con la disposición que se les acredita. Pueden querer perdonar, pueden tratar de perdonar y, ciertamente, muchas de ellas consiguen hacer ambas cosas; pero no les resulta fácil, a pesar de todos sus esfuerzos. En lo que concierne a las mujeres, un resentimiento equivocado, una herida infligida y, aunque pueda darse una aparente y rápida curación de la superficie, la carne aún late a menudo bajo la piel de aspecto terso, e incluso hay momentos en los que late hasta el fin. Y como aquel era el caso más común, así fue en lo que respecta a Polly. Había recibido un aguijonazo, y pasaría algún tiempo antes de que pudiera olvidarlo. El instinto le había dicho, desde un principio, que este amigo de Teddy no la estimaba del mismo modo que Teddy. Podía ser que la admirase, como hacían una veintena de hombres, pero no la admiraba generosamente; la admiraba contra su propia voluntad, y su mortificación se rebelaba contra su involuntaria admiración. Teddy Popham habría estado orgulloso de hacerla su esposa y presentarla como tal a sus más aristocráticas amistades. Gaston Framleigh se habría encogido instintivamente ante un mero pensamiento como ese. Ella lo sabía muy bien y, aunque su mente había rechazado la idea del amor con indignación y buen ánimo, el hecho la consumía dolorosamente. Tal vez entre todas sus virtudes, bondad y altruismo, la incapacidad femenina para olvidar se erigía como el mayor defecto de Polly. No era ni resentida ni rencorosa, pero perdonar no le resultaba tan fácil como a la mayoría de las mujeres. ¿Qué derecho tenía él a presentarse y obligarla a conocerle, si no podía admirarla de una manera tan objetiva como admiraría a esa fría y pálida mujer que había visto en casa de la señora Pomphrey, Diana Dalrymple? Ella no lo había buscado, ni le había pedido que viniera, y él lo había hecho a pesar suyo. Seguidamente, y dado que tenía por costumbre valorar a otras personas comparándolas con Teddy Popham, la joven midió aquel último encuentro según el estándar de Teddy Popham.

Si ella le hubiera hablado así a Teddy, si al principio de su relación le hubiera dicho que la gente decía de él que estaba enamorado de ella, y que debía renunciar a su amor porque le causaba perjuicio y su reputación e intereses mundanos se resentirían, ¿habría admitido, con un vacilante silencio, que él ya había pensado tal cosa antes de que lo hubiera pensado ella misma? ¿No habría mostrado más sentimiento que un elevado fastidio al ser tratado

tan arrogantemente por una joven que él sentía de inferior clase social? ¿Habría pensado Teddy en alguien más que en sí mismo y en su propia y soberbia indignación? ¡Oh, cuán lista era esta preciosa Polly! ¡Cómo recordó todo aquello durante semanas y meses, y cuán inteligente volvía a mostrarse cada vez que el recuerdo acudía a su mente!

—Tu amigo ya no volverá —le dijo a Teddy. Y cuando Teddy, sorprendido, le preguntó la razón, ella respondió fríamente que era porque le había dicho que prefería que se mantuviera alejado.

Pero, aunque Polly no le olvidó, fue Framleigh quien alimentó un verdadero resentimiento durante más tiempo. Aquello suponía una experiencia nueva para él, tan inesperada que le pareció tanto más desagradable por ello. Durante unos días se sintió furioso, y luego se enfrió en una especie de cólera impasible contra la joven. Pero, como recordarán, su residencia disponía de vistas a la pequeña casa, y desde las ventanas de su cuarto tenía una completa panorámica de todo cuanto sucedía enfrente. Por la noche, cuando Montmorenci encendía el gas, en los pocos minutos que transcurrían entre su iluminación y el cierre de la contraventana, podía ver claramente el interior del pequeño salón; y debo revelar que, de un modo u otro, había adoptado el hábito de esperar a que se encendiera la luz, y se aprovechaba de la situación colocándose sombríamente tras sus propias cortinas mirando hacia el otro lado. Enojado como estaba, resultaba curiosa la enorme atracción que sentía por la mera visión de Polly. Después de aquel cambio en el estado de las cosas, se sentía realmente triste. En verdad, tenía razones para estarlo. Las nubes que alguna vez había imaginado más claras, empezaron a espesarse de nuevo a su alrededor, y llegó el momento en que se vio obligado a soportar las consecuencias de viejas imprudencias. En la disputa con su tío, su despótico orgullo había supuesto su ruina. No había sido consciente, hasta que fue demasiado tarde, de que el distanciamiento sería duradero, y que el capitán Framleigh de la Guardia, que debía vivir de su paga, era un individuo diferente al Framleigh de Gaston Court, el futuro heredero de la fortuna de su pariente. Se había acostumbrado a tantos lujos y extravagancias refinadas durante su vida, que el orgullo no le permitió renunciar a ellas en un primer momento; había cometido locuras pasadas que ahora debía pagar y, por tanto, en ese momento hubo de soportar las consecuencias de sus actos —viéndose obligado a renunciar a toda esperanza de que sus perspectivas cambiaran—, que no eran otras que soportar la carga acumulada de la deuda y la humillación de su propia recriminación y desesperanza.

¡Qué tonto había sido! Cómo maldecía el débil orgullo que le había guiado, cuando pudo haberse detenido y ahorrarse algo de carga, al menos. Ahora se veía obligado a renunciar a sus privilegios. ¿Por qué no había sido lo suficientemente sabio como para vislumbrar lo que inevitablemente acontecería, y enfrentarse de inmediato a lo peor? El mundo comprendió muy bien por qué había renunciado a sus elegantes habitaciones, a su carruaje, con su pequeño cochero de uniforme, e incluso a su ayuda de cámara; y, dejando su lujoso alojamiento, había establecido su residencia en los modestos apartamentos situados frente a la vivienda de los suburbios del «viejo Jack Pemberton» y su encantadora sobrina. Podría haberse ahorrado innumerables sufrimientos de la miseria posterior si se hubiera enfrentado a sus problemas desde un principio reconociéndose vencido. Era una persona relevante que ya no pertenecía a la alta sociedad, aunque debe decirse que mostraba una fría indiferencia hacia la opinión pública, y su aire de altivez provocaba en las personas de su entorno la misma admiración de antaño. Nunca había sido un hombre de muchos amigos, pero su reserva y su fría actitud le habían impedido granjearse verdaderos enemigos. Incluso los más oficiosamente malintencionados nunca se le habían acercado lo suficiente como para hacer algo más que desagradarle. Y, de este modo, aunque creía que su caída había sido grande, en el fondo no lo era tanto. Por mucho que sus circunstancias aparentes se hubieran modificado, no era probable que se encontrara con menosprecios o condescendencia, tal como habían soportado hombres mucho más populares tras sufrir varios reveses. No obstante, sufría ciertos agujones, y a veces resultaban lo suficientemente afilados.

Cuando se sentaba a realizar sus tareas durante ese invierno. Polly podía atisbar a menudo, desde la ventana de su salón, a una diversidad de hombres andrajosos que llegaban a la puerta de la casa de enfrente y, con el tiempo, empezó a notar su presencia de un modo más particular. Ciertamente, no siempre eran hombres desaliñados; pero siempre había cierto aire a su alrededor que Polly nunca dejaba de reconocer; y cuando no eran unos desharrapados, resultaban muy llamativos y demasiado ostentosos, y muy propensos a joyas pesadas de aspecto sospechoso. Esta astuta joven sabía algo de esta clase de gente por experiencia propia, y comprendía lo que significaban esas conversaciones —en ocasiones prolongadas, a menudo impacientes— ante la puerta, que unas veces terminaban con la admisión de la persona que llamaba y su subida a la habitación del capitán, y otras con su despido en un tono de disgusto evidente.



—Son acreedores insistentes —afirmó sabiamente—. Está bastante claro. Teddy dijo que pensaba que estaba endeudado. Bien puede mostrarse arisco y

malhumorado. Me pregunto si son muy descorteses. Algunos de ellos parece que lo fueran. El hombre con cara de caballo del abrigo grande, por ejemplo.

¡Descorteses! Debería haberlos escuchado algunas veces. En ocasiones casi enloquecían a Framleigh con su brutal impaciencia y su tosca familiaridad. El hombre que Polly había elegido tan hábilmente, el de cara de caballo del abrigo grande, lo perseguía como una pesadilla.

—Menudo grupito forman ustedes los esnobs, ¡vaya que sí! —decía este individuo—. Le quitan el pan de la boca a un pobre hombre y consiguen matar de hambre a sus hijos. Menudo grupito, con sus carruajes y caballos, desplazándose de un lado a otro constantemente, y nadie ha visto nunca el color de su dinero. Me gustaría saber quién va a pagarme por esa vistosa ropa suya. Soy un hombre honesto que se gana la vida con el sudor de su frente, y no voy a permitir que nadie me engañe.

Después de escenas como aquella, cuando Teddy Popham visitaba a su amigo, cosa que hacía a menudo, lo encontraba sentado ante un plato de comida sin degustar con aspecto pálido y demacrado.

—Me volveré loco alguno de estos días, mi buen amigo —profería amargamente—. Esos demonios me volverán loco. No puedo soportarlo mucho más tiempo. Han venido un par de ellos esta mañana, y se las han arreglado muy bien para estropearme el desayuno. No puedo comer ni un bocado, y ni siquiera pude probar la cena de ayer.

El propio Teddy habría ofrecido voluntariamente sus posesiones, pero hasta ese momento no eran tan cuantiosas.

—Si mi tía abuela Bellingham muriera, y yo heredara sus propiedades, tal y como espero hacerlo, podríamos solucionarlo, Framleigh —decía—. Y ese sería el día más feliz de mi vida; pero acabo de recibir noticias de Gloucestershire y la anciana está más fuerte que nunca. No me sorprendería que viviera hasta los cien años.

—Eres muy amable, Popham —se lamentaba su amigo—. Pero, aunque pasarías a ser un acreedor más agradable, el resultado sería casi el mismo. Te debería el dinero a ti en lugar de a media docena de vulgares sinvergüenzas que piensan que es una suerte poder acosar e intimidar a un caballero.

La desgracia supone siempre un cambio de algún tipo en el hombre que se enfrenta a ella, y aquella desgracia supuso un curioso cambio en Gaston Framleigh. Durante los primeros meses se había enfrentado a la misma con gran orgullo, ¡pero su imparable caída había terminado por desgastarle y era plenamente consciente de que sus fuerzas le fallaban de un modo que no

había previsto! En su interior comenzaba a agitarse una cierta sensación de desagradable desolación.

Se descubrió envidiando un poco a Teddy Popham por su sencilla popularidad. Se descubrió incluso deseando, con lánguida irritación, no sentirse tan completamente solo en el mundo, y ansiando poder conservar algunos lazos familiares o parientes a los que recurrir. No obstante, de sus propios parientes sabía muy poco. Sus visitas a la casa de su madre y sus hermanas siempre habían sido breves y restringidas. Como decía Teddy Popham, el orgullo familiar era legendario y, ciertamente, no encontraría en ellas calor de hogar. El orgullo de la familia las había aislado del mundo, y las había insensibilizado. Se mostraban discretamente orgullosas de la buena fortuna de Gaston, su belleza física y su aire de «gran caballero», pero un sentimiento más allá de ese era impropio de ellas y, sin lugar a dudas, él mismo jamás había sido efusivo.

Pero aquel invierno cambió su opinión sobre el asunto de la efusividad, y fue Polly quien motivó dicho cambio. Allí mismo, al otro lado de la calle, se encontraba el viejo Jack Pemberton, aquel bribón de dudosa reputación discípulo de Bohemia, entrando y saliendo, descarado, pomposo y de buen carácter, y resultaba evidente que, a pesar de sus defectos, Polly lo amaba; amaba verdaderamente al astuto viejo. Ella lo recibía en la puerta, cuando entraba, como si su llegada fuera un acontecimiento digno de regocijo; le besaba cuando se iba, y coqueteaba a su alrededor cepillándolo, acicalándolo, y realizando variadas tareas, necesarias e innecesarias, a la manera de todas las mujeres afectuosas; la joven le tomaba del brazo y le acompañaba a la iglesia los domingos por la tarde con un toque de orgullo en su porte; le colocaba ramilletes de flores en el ojal desde el ventanal del jardín y se reía de sus rudimentarias bromas como si fueran sumamente ingeniosas. No había límite en su bondadoso y amable afecto por el viejo charlatán, y aparecía constantemente ante los ojos de Framleigh punzándole, ablandándole e irritándole alternativamente. Si una de sus hermanas —Cicely por ejemplo, que era más joven y se conmovía más fácilmente que Hildegarde—, hubiera compartido su exilio aquel invierno, cuánto más luminoso lo hubiera tomado; esto es, si todas las mujeres fuesen parecidas y todas gozaran de aquellas adorables maneras.

Sabía poco o nada de las mujeres en su vida doméstica, pero no podía imaginar a Diana Dalrymple mostrándose encantadora con trivialidades tales como pequeños ramilletes en los ojales y ventanales que dan al jardín. Durante sus breves visitas a la humilde pero distinguida casa materna,

siempre se había sentido más interesado por Cicely que por su hermana mayor. Hildegarde era una verdadera Framleigh. Cicely era un poco menos decidida y majestuosa, menos fría y más infantil, y de vez en cuando había pensado que se estaba volviendo algo tímida por el ambiente yermo que la rodeaba. Polly fue quien le hizo pensar en Cicely, y fue la visión de los sencillos mimos de Polly lo que le sugirió una nueva idea. Hacía mucho tiempo que conocía el deseo de Cicely de visitar Londres, y nunca se había parado a pensar, en aquellos días de prosperidad, que estaba en sus manos satisfacer su deseo. Pero ahora, ¿y si se decidiera a pedirle que le visitara al menos por unas semanas? Sus habitaciones estaban bien amuebladas y su casera era una persona tranquila y de confianza. Supondría muy poca diferencia en sus gastos, tan nimia que no valía la pena negarse a poner en práctica la idea; y, aunque no estaba seguro de su éxito, al menos podría probar el plan. Si Cicely no lo encontrara agradable podía enviarla de vuelta a Yorkshire cuando se hubiera aburrido de la experiencia, y la joven habría visitado Londres y disfrutado de una ausencia temporal de «Acres humildes», tal y como a las personas irónicas les gustaba llamar a la empobrecida finca de Yorkshire.

CAPÍTULO VI

CICELY

De modo que finalmente se decidió y escribió a Cicely y a su madre confiando en su petición, y al cabo de pocos días recibió una breve y dulce nota manuscrita por la propia Cicely.

«Querido Gaston, no imaginas lo sorprendida y agradecida que estoy», decía. «Deseaba tanto visitar Londres que estaré encantada de aceptar tu invitación. Muchas gracias. Mamá ha sido tan amable de permitirme viajar, de modo que, si es de tu agrado, llegaré el sábado». Y, seguidamente, tras algunas expresiones de gratitud más tímidas y un tanto contenidas, y un excelso mensaje de afecto fraternal de Hilda, ella se despidió como su «agradecida Cicely».

Después de leer la carta miró en torno a su salón, y luego llamó a su casera.

—Espero la visita de mi hermana —anunció, cuando apareció la buena mujer—, y me gustaría que hiciera los preparativos adecuados para que se sienta cómoda. Si falta alguna cosa que pudiera precisar una señorita, le agradecería que me lo hiciera saber.

No tenía más que vagas ideas sobre las necesidades femeninas y, aunque de los restos de su antigua grandeza había conservado suficientes reliquias como para dar a sus aposentos un cierto aire de elegancia, no estaba en absoluto seguro de que se adaptaran a un gusto femenino.

—Ciertamente, son más luminosos y cautivadores que los salones de «Acre humilde» —dijo con una sonrisa triste, mientras echaba un segundo vistazo de inspección—. Y Cicely conoce todo sobre mi cambiante fortuna.

Estaba casi ansioso por la llegada de la jovencita, pero era consciente de que, por ambos lados, se produciría un ligero embarazo en el momento del encuentro. Invitarla había sido un acto de lo más inusual en él y, al mismo

tiempo, lo sabía bien, totalmente inesperado por todas las partes. Por algún descuido, Cicely no le había dicho a qué hora llegaría y, como era natural, se equivocó al predecirla y no la encontró.

La joven llegó el sábado al anochecer, y Framleigh, tras haber acudido a la estación, regresó a casa y la encontró allí esperándole.

Estaba de pie frente al fuego cuando él entró en la habitación y, al oír que la puerta se abría, se volvió para hacerle frente con cierto toque de inquietud que fue patente al saludarle.

—Lo siento mucho, Gaston —dijo la joven, tendiéndole una tímida mano—. Has ido a buscarme a Easton Square, ¿no es cierto? Fui muy descuidada al olvidarme de decirte la hora a la que llegaría el tren.

Tomó su mano e, inclinándose, la besó en la mejilla; y, aunque tal vez había más cortesía que afecto real en la caricia, el gesto aún desprendía cierto toque de calidez que no era propenso a exhibir.



—No hablemos de ello —dijo—. Me alegro de verte, Cicely. Ha sido muy amable por tu parte venir a visitarme.

El joven acercó una silla para ella, pero él permaneció de pie, sintiéndose un poco perdido. No sabía exactamente qué decir en su nueva posición, y la propia Cicely se sentó a mirar el fuego, con un ligero rubor y un cierto aire de vergüenza.

—Ha sido muy amable por tu parte venir a visitarme —repitió—. No tengo mucho que ofrecerte y, para ser honesto, tal vez ha sido egoísta pedirte ahora, cuando dispongo de tan poco, pero... pero realmente sentí la necesidad de un poco de compañía, y recordé que habías dicho hace mucho tiempo que deseabas visitar Londres.

Cicely lo miró, con su carita de niña, entre conmovida y sorprendida. ¿Era posible que él, Gaston, a quien todos habían admirado tanto, se sintiera tan solo como para desear verla?

Hablaba de tener poco que ofrecer, pero la estancia en la que se hallaba acomodada y las que le había mostrado la señora Batty no aparentaban ser tan pobres. Tal vez fuese solo el contraste con la antigua y lujosa vida anhelada lo que le hacía afligirse tanto.

—Ah, Gaston —dijo ella, echando un vistazo en torno a la preciosa estancia—, nunca has vivido en la Granja, ya me entiendes. Si lo hubieras hecho, pensarías que una habitación tan bonita como esta es un pequeño paraíso. Solo recuerda aquel salón vacío, lúgubre e inmenso; la voz resuena verdaderamente hueca en él. Esto me gusta mucho más, y estoy segura de que disfrutaré muchísimo aquí contigo.

Parecía tan complacido que la joven se sintió muy tranquila. Había llegado sintiendo no poca admiración por él, y preguntándose cómo la recibiría, y cómo podría ella entretenerle. Temía aburrirlo con su insignificancia, pero en ese momento su ánimo comenzó a mejorar. Si se encontraba tan abatido y hastiado, quizás podría distraerle, después de todo, y él no la encontraría tan estúpida. Y, por su parte, él descubrió que la mera presencia de la joven le hacía sentir bien. Era una muchacha bonita, alta y de esbelta figura; y poseía todas las peculiaridades de los Framleigh, una delicada regularidad de rasgos, aire elegante y noble porte, este último suavizado en gran medida, no obstante, por su extrema inocencia infantil y cierto toque de timidez. El joven no pudo evitar percatarse del embarazo que sentía su hermana, y observar también que había aumentado, en lugar de disminuir, desde la última vez que la había visto. Se ponía de manifiesto incluso en sus movimientos, y se evidenciaba, no solo en una cierta vacilación a la hora de expresar sus opiniones, sino en la mirada misma de sus adúladores ojos.

«Sus ojos castaños son casi “como de cervatillo”», se dijo su hermano, aunque en modo alguno era el tipo de hombre que se daba el gusto de hacer comparaciones altisonantes. Resultó bastante sorprendente la calidez que sintió hacia la joven, y lo desinhibido que se mostró, a pesar de sí mismo. Poco a poco se descubrió haciéndole confidencias, hablando con ella sobre el estado de sus asuntos y el resultado de su cambio de fortuna. Hubiera querido ocultarle todo cuanto pudiera, pero el deleite inocente y el interés casi agradecido que ella mostraba por sus más sencillos discursos, lo llevaron a seguir adelante.

De igual modo, la hora del té, con Cicely a la cabeza de la mesa, fue una comida muy diferente a lo que estaba acostumbrado. Al verlo tan gentil, la muchacha se animó y encontró valor. Su cháchara ingenua y poco mundana le divertía, de un modo u otro, y cambió el curso de sus pensamientos generalmente apáticos. Era una salsa sencilla y sin pretensiones, pero su sabor tenía su particular frescura picante. Y luego, cuando terminó el té, se animó a explorar un poco, a moverse aquí y allá por la estancia, admirando sus posesiones, observando sus cuadros y volteando sus libros, tan evidentemente exultante por su libertad, y tan sencillamente complacida, que verdaderamente suponía una nueva sensación.

Cuando se acercó a él para darle las buenas noches, antes de ir a su habitación, la tomó de la mano suavemente por un instante.

—¿Y crees que puedes distraerte aquí unas semanas, Cicely? —inquirió, sintiéndose casi ansioso por escuchar su respuesta.

—Creo que lo lamentaré mucho cuando llegue el momento de regresar —dijo ella—. ¡Oh, no sabes cuán deprimente es todo allí, Gaston! —añadió con gran desesperación—. Si te agradara mi presencia aquí, y mamá no se opusiera, estoy segura de que me gustaría quedarme... para siempre.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Es eso cierto, Cicely?

—De verdad —contestó ella.

—Gracias —dijo—. Es muy amable de tu parte.

Y le soltó la mano con una definitiva sensación de alivio. Le habría dolido, incluso más de lo que él imaginaba, si ella hubiera mostrado una intención menos afectuosa o con un matiz menos sincero de lo que claramente había expresado.

De modo que allí estaba ella domiciliada con él, y se acomodó al lugar tan fácilmente y parecía disfrutarlo tanto, que no pasó mucho tiempo antes de que el joven comenzara a preguntarse cómo había podido existir sin su amorosa compañía. La mayoría de las mujeres debían ser muy parecidas en sus casas,

pensaba, pues Cicely gozaba del mismo encanto que había observado en la propia Polly. Ella retocó su habitación, y le dio cierto porte; como es obvio, saludaba sus llegadas con deleite y lamentaba sus ausencias. Y Framleigh encontraba botones en sus guantes, obras de arte femeninas en la mesa de la *toilette* y novedades elegantes y económicas en su salón. En conjunto, era un hombre más feliz de lo que había sido durante meses.

Así pues, juzguen la sorpresa de Teddy Popham una noche cuando, al no haber tenido oportunidad de ver a su amigo durante una semana y, en consecuencia, no conocer su cambio de situación, hizo una entrada poco ceremoniosa en su salón de soltero y se encontró cara a cara con una criatura joven, alta y hermosa, que se levantó y se situó frente a él, sonrojándose, pero conservando todavía ese aire Framleigh de estado de gracia y ceremonia.

—Yo... eh, ¡le ruego que me disculpe! —tartamudeó el joven, ruborizándose muy esplendorosamente—. A decir verdad no estaba al tanto de que Framleigh... —y su pausa expresó plenamente la magnitud y profundidad de su honesta confusión.

—Soy la hermana del capitán Framleigh —dijo Cicely, con mucho tacto—. Usted debe ser su amigo, el señor Popham. He oído a Gaston hablar de usted a menudo, señor Popham. Siéntese, por favor. Me alegro de conocerle.

Teddy se sintió bastante abrumado por la belleza y dignidad de la joven. Como admirador del porte de los Framleigh en su amigo, lo encontró indescriptiblemente encantador en esta bella criatura, que parecía tan inconsciente de poseerlo.

—Estoy esperando a Gaston —dijo—. Tomamos el té a esta hora cuando no cenamos tarde. Se alegrará mucho de encontrarle aquí, estoy segura.

Teddy le dio las gracias casi encarecidamente y, con tan evidente aprecio hacia sus esfuerzos por acomodarle que, en muy pocos minutos, Cicely comenzó a interpretar su papel de anfitriona con una habilidad extraordinaria. La joven percibió la gran amistad que le unía a Gaston y el enorme afecto que Teddy le profesaba, de modo que, como es natural, lo más correcto era intentar entretenerle. Y Teddy estaba dispuesto a entretenerse. Para el joven habría sido casi suficiente entretenimiento el poder mirarla y admirarla, mientras ella se acomodaba frente a él con sus hermosas manos ociosas ligeramente dobladas sobre sus rodillas, su esbelto cuerpo inclinado levemente hacia delante, y su rostro vuelto hacia él. Cuando Framleigh apareció, ambos se estaban divirtiendo mucho. La risa contenida y dulce de Cicely le saludó desde lo alto de la escalera y, cuando entró en el salón, ella estaba aún más hermosa que de costumbre.

—Me alegra que por fin hayas llegado, Gaston —dijo ella—. El señor Popham estará ya muy aburrido de mí; ¡lleva aquí media hora!

Y entonces Teddy se vio engatusado para quedarse a tomar el té con ellos. Animado por la presencia de Cicely a la cabecera de la mesa, se divirtió tanto que se volvió incluso bastante ingenioso. Fue casi como pasar una velada en la sala cuadrada de enfrente, a pesar de la gran diferencia existente entre los dos tipos de jovencitas. Y, pensando en ello, no pudo evitar preguntarse qué pensarían la una de la otra: cuánto le gustaría a Polly aquella encantadora, sencilla y majestuosa criatura, y cómo se comportaría Cicely si tuviera la oportunidad de conocer a Polly.

—¡Es la más hermosa de las niñas! —le dijo a Polly al día siguiente, al describir su experiencia—. La más hermosa de las niñas. ¡Espera! Quizá deba corregirme y no decir tal cosa, pues es de todo menos pequeña. Lo cierto es que me parece casi tan alta como tú, Polly, pero es el tipo de joven por la que uno se siente inclinado a aplicar diminutivos a pesar del aire majestuoso que tiene, muy similar al de Framleigh. Deberías ver cómo sostiene su cabecita, ¡por Júpiter! Se posa sobre su encantador cuello como un lirio sobre su tallo. E incluso cuando te mira con sus ojos inocentes, de esa manera tan dulce e infantil, se siente uno un poco sobrecogido por la regia y espontánea curvatura de su esbelto cuello. Deberías verla, Polly.

—Sin duda valdrá la pena observarla —respondió Polly—. Aunque creo que me agradaría en mayor medida si se pareciera menos a Framleigh.

—Bueno, ya sabes —respondió Teddy—, a mí me gusta Framleigh y a ti no.

Resultó bastante extraño que aquella misma tarde, después de esta conversación, Framleigh entrara en su salón y encontrara a Cicely, de pie tras las cortinas, mirando atentamente la ventana de la casa de enfrente.

—¡Oh, Gaston! —exclamó nada más verle—. Ven y mira a esa hermosa joven. La he estado observando toda la tarde. Tienen un fuego tan luminoso en la sala que puedo verla claramente. Nunca vi una criatura tan hermosa en toda en mi vida. ¿No parece un cuadro?

Framleigh se acercó a la ventana y miró hacia el otro lado. Ciertamente, era como un cuadro. La luz de la chimenea llenaba de calidez y resplandor la pequeña estancia; bailaba sobre los numerosos adornos que eran creaciones de la propia Polly; sobre los rústicos soportes de flores y los estantes, sobre la resplandeciente chimenea y la gruesa alfombra carmesí de lana, y sobre la propia Polly, que se hallaba de pie sobre la alfombra, poniéndose un brillante

ramillete de verbenas escarlatas en el pelo, y mirándose en el espejo situado sobre la repisa de la chimenea.

—¡Solo mira lo hermosa que es! —exclamó Cicely—. Había una anciana en la habitación con ella hace unos minutos, y la joven la hacía reír. Me pregunto quién será. ¿Lo sabes, Gaston? Me pareció ver al señor Popham haciéndole una visita esta mañana.

—Quizás fuera él —respondió Framleigh, más bien fracasando en su esfuerzo por hablar con indiferencia—. Él la conoce muy bien. Es... es actriz, y se apellida Pemberton.

El semblante de Cicely se demudó.

—¿Una actriz? —gritó—. ¡Oh, querido, qué terrible! Parece una dama... y yo la admiraba tanto —añadió en tono muy decepcionado.

—Puedes continuar admirándola con total tranquilidad —indicó Framleigh con cierta aspereza—. Es una dama.

Cicely alzó la mirada hacia él tras advertir una leve emoción. Su expresión era de irritación. ¿Era posible que conociera a la joven, e incluso que la admirara? ¿Qué pensarían de ello mamá y Hildegarde? ¿Qué dirían? ¿Era posible que una actriz pudiera ser una dama? Cicely conocía las opiniones de su madre y hermana al respecto; pero desde que vivía con Gaston le era permitida una gama más amplia de pensamiento y, en una o dos ocasiones, incluso se había atrevido a revolotear hacia un nuevo universo de opiniones; si bien es cierto que no había osado aletear demasiado lejos.

—¿La... la conoces? —se aventuró.

—Sí —respondió él—. La conozco.

—¡Oh! —tímidamente—. ¿Es agradable, Gaston?

—¿Agradable? —repitió—. Apenas sé lo que significa tal cosa. No es una palabra de hombres. Pero creo que puede ser lo que las mujeres llaman «agradable».

—¿E inteligente?

—La gente opina que sí.

—¿Y tú lo crees?

—Sí. También puedo confesar que sí.

—Gaston —vacilante, tras un momento de pausa—, ¿la conoces bien? Ya no vas a visitarla.

—Lo hacía... hasta que tuvo la amabilidad de decirme que me quedara en casa —confesó con no poca amargura.

—¿Te dijo que te quedaras en casa? —repitió Cicely, horrorizada—. ¡Te dijo que te quedaras en casa! ¿Cómo se atreve? ¡Oh, no puede ser una dama!

—Es cuestión de opiniones. Fui yo quien me volví un torpe idiota, mi querida Cicely, y me sirvió de lección —dijo en un exabrupto.



Allí estaba su confesión. Hizo una revelación que nunca antes se había hecho ni a sí mismo. Y había llegado a ella gradualmente. La había alcanzado tras meses de rebelión secreta, y tras múltiples batallas para mantener la arrogancia y frialdad que le caracterizaban. Se había mantenido tan distante como había podido de cualquier tipo de negociación con su conciencia, pero finalmente se había producido y, poco a poco, se había reconvertido a pesar del resentimiento y el orgullo. ¡Bah! Déjenle rendirse y vencerse a sí mismo, por muy difícil que fuese. Era del todo inútil preguntarse entonces si su corazón se había conmovido o no. Por supuesto que se había conmovido, y él sabía que así era. Él también había sido derrotado. Él también había caído en la insensible red de aquella joven sirena indiferente. Se había enamorado de la preciosa Polly P., del mismo modo en que Teddy Popham lo había hecho hacía mucho tiempo... ¡también él!

CAPÍTULO VII

AL OTRO LADO DE LA CALLE

No era probable que el primer vistazo de Cicely al otro lado de la calle fuera el último y, de igual manera, resultaba poco probable esperar que Polly, teniendo noticias de la recién llegada, no se mostrara algo curiosa. Cuando regaba las macetas de su ventana miraba hacia la casa alta, que en ese momento proyectaba su sombra sobre la pequeña casita, y sus ojos siempre se posaban, por unos instantes, en la ventana del bonito salón, viéndose recompensada casi a diario por la visión de la joven princesa, inconscientemente majestuosa, por la que había empezado a sentir un interés muy especial. Y, por su parte, Cicely miraba hacia el saloncito de Polly incluso más a menudo que la propia Polly hacia su ventana. Sin duda merecía la pena observar a aquella joven, a la que incluso Gaston había encontrado bonita e inteligente y, cuanto más la observaba, más intensa y gratamente le atraía la novedad. ¡Aquel pequeño saloncito era tan bonito y original! Aquella anciana rara y bonachona, que no era exactamente una dama, y aquel anciano tan curiosamente vestido, que claramente no era lo que se dice un caballero, ¡cuán extraños eran y, sin embargo, cuánto parecían gustarle a aquella adorable criatura y cuánto se esforzaba por divertirles! Ciertamente, no había un solo punto de semejanza entre la señorita Pemberton de Gaston —ella se refería a Polly como «la señorita Pemberton de Gaston»— y las espantosas, pintarrajeadas y disolutas jóvenes que siempre había escuchado tildar de actrices. A Polly le hubiera sido del todo imposible parecer promiscua, o mostrarse «escandalosamente» vestida. Era propensa a los tejidos y colores suaves y encantadores, y su única debilidad estridente era un cierto toque de coquetería, o un lazo de color geranio, que incluso los más exigentes no hubieran podido dejar de admirar. Quizás se había cansado de colores chillones en el escenario, y le agradaba un cambio en su vida privada.

Cierto es que, tras unos días de observación desde cada ventana, las dos comenzaron a conocerse bastante bien. Cicely había descubierto que Polly era aún más bonita de lo que le había parecido en un principio, y Polly pudo denotar que el aire regio de Cicely era del todo inocente y embrujador, y que el rostro al otro lado de la calle resultaba poco mundano e ingenuo como corresponde a una jovencita.



«Si hubiera alguna manera», se atrevía a decirse Cicely, «no estaría mal conocerla; realmente creo que me gustaría hacerlo».

«Es imposible pensar siquiera en hacer amistad con ella», suspiraba Polly, inclinada sobre sus clavellinas y sus geranios. «Si no fuera así, la saludaría desde aquí y le enviaría unas flores por mediación de Teddy».

Teddy era, en cierto modo, una especie de intermediario, y escuchaba los comentarios de cada una sobre la otra; pues, de entre las cosas más improbables, quedaba descartada la idea de no visitar a su amigo más fielmente que nunca y, si por regla general se mostraba complaciente, con Cicely lo hacía por partida doble.

—Qué hermosa es su señorita Pemberton —le dijo Cicely, en uno de sus momentos de carácter confidencial—. Incluso Gaston la admira y piensa que es inteligente; y usted sabe que Gaston no es fácil de complacer.

—No, no es el caso de Gaston —admitió Teddy; y luego preguntó, con gran habilidad, si la señorita Framleigh creía que su hermano admiraba a Polly con mucha intensidad.

Pero Cicely dudó en responder a la pregunta que Teddy había formulado tan diplomáticamente.

—Él piensa que es muy bonita... más que bonita —contestó—. ¿Conoce a la señorita Dalrymple, señor Popham?

Teddy tenía ese honor.

—Gaston cree que la señorita Pemberton es más hermosa que ella, y la señorita Dalrymple es una gran belleza, señor Popham. Le pregunté qué estilo admiraba más y me dijo que el de la señorita Pemberton; y estuve de acuerdo con él.

Cicely no era en absoluto admiradora de la bella Dalrymple. Diana la había visitado, en pleno apogeo, pocos días después de su llegada, y el resultado había sido el ligero estruendo de algún fino y sutil acorde en una naturaleza más sensible y refinada; pues aunque Cicely la había recibido con toda la bonita y elegante ceremonia de una joven princesa haciendo los honores de la casa paterna, la atmósfera ciertamente indescriptible que rodeaba a su visita la había mantenido un tanto distante.

—No me gusta —le había dicho Cicely a Gaston después—. Estoy segura de que nunca podrá gustarme.

Y, aunque resultaba evidente que se había dejado llevar al hacer un comentario tan sincero, no se retractó de su opinión, incluso cuando fue consciente de lo extremadamente franca que había sido. Aquella joven no le gustaba.

Apenas transcurría una visita de Teddy a la casa más pequeña sin que hablara de Cicely con Polly. De hecho, podría decirse que no terminaba

ninguna visita sin que Cicely hubiera sido objeto de, al menos, alguna conversación. Y, aparte de su propio interés en el asunto, Polly era propensa a alentar la admiración de Teddy por más de una razón. Si él transfiriera su afecto por ella hacia aquella linda y refinada muchacha, ¡cuánto más placentero sería para todas las partes interesadas!

Era un joven entusiasta tan generoso y afectuoso cuando su corazón se conmovía, que Polly se lamentaba a menudo por él. Le parecía una verdadera lástima que toda su fe y su ternura se desperdiciaran en una joven de corazón duro como ella.

«Pero ya sabe, Teddy», solía decirle hacía mucho tiempo antes de que él resolviera que sus punzadas no servían de nada, «ya sabe que no funcionaría, realmente no funcionaría. Nunca tendré esa clase de sentimientos hacia usted, y sabe que tengo un temperamento horrible, Teddy; terminaría por incomodarle abiertamente. Siempre incomodo a la gente cuando son mejores que yo y hacen que lo perciba», había añadido con desaprobación. «Ese es uno de mis peores defectos».



Pero ahora Polly pensaba que, si el joven tan solo hiciera la cosa más natural del mundo, y se enamorara de esta exquisita Cicely... bueno,

imaginen lo feliz que podría ser. Se adaptaban mucho mejor el uno al otro, y Polly —en lo referente a sentimientos— no creía en el efecto devastador de un primer amor fracasado, siempre y cuando el fracaso fuera inevitable, y no demasiado cruel. Nunca había sido cruel con Teddy, lo sabía. Por tanto, ella lo animó a hablar de la joven, y trató de sacar el tema y ampliar con entusiasmo los encantos de los que había hecho recuento desde la ventana de su salón.

—Es una lástima pensar que no puedo tratar de entablar una amistad con ella —dijo—. Me gustaría oírla hablar.

—¿Por qué no puedes hacer amistad con ella? —preguntó Teddy, con expresión dudosa.

—¡Oh! —respondió Polly, con premura—. No puedo. Ya lo sabes.

Y la joven se ruborizó, inquieta.

—No veo por qué —insistió Teddy, obtusamente—. Yo creo que sí, Polly.

—¡Bah! —exclamó Polly—. Cuando echas a un hombre de tu casa...

—¿Echaste a Framleigh de tu casa? —interrumpió Teddy.

—Le dije que se quedara en la suya —indicó de forma bastante áspera—. Y él estaba muy dispuesto a admitir que le había hecho un buen favor.

Y entonces se detuvo y se mordió el labio, sintiéndose bastante furiosa por haber hablado tanto.

—De todos modos —concluyó—, ¿acaso no sabes, no te ha enseñado la experiencia, que las mujeres recelan de mí y que cometería una estupidez si fuese la primera en dirigirme a Cicely Framleigh? Pensaba que eras más inteligente, Teddy.

Sin embargo, no necesitó dar un paso hacia Cicely Framleigh. A la menor oportunidad se resolvió el asunto para ambas con la ayuda de Teddy Popham.

Quizás el aire londinense no le sentaba bien a Cicely, o quizás el invierno inusualmente frío fue demasiado para ella; en cualquier caso, a mediados de enero cayó víctima de un severo resfriado. Polly comenzó a verla aparecer en la ventana, primero con un pequeño pañuelo azul atado alrededor de su garganta, y después con un gran chal azul enrollado a su alrededor; y Teddy Popham, haciendo frecuentes visitas de inspección, se mostraba muy afligido por el aspecto de su adorada. Era solo un pequeño episodio febril, poco romántico pero muy molesto, y en ocasiones la princesa lucía pálida y otras sonrojada; y Teddy se sentía profundamente preocupado, a pesar de que la joven soportaba sus dolencias con la paciencia más dulce posible, incluso cuando la prosaica gripe reinaba suprema, y su pequeña y encantadora nariz adoptaba un tono rosado muy intenso.

—Se asusta usted tan fácilmente como Gaston, señor Popham —decía ella envuelta entre sus mantones, sentada en su sillón favorito y sonriéndole dulcemente—. No vale la pena hablar de ello, se lo aseguro.

Y, ciertamente, a pesar de que en un principio no había indicios para alarmarse, Teddy creyó que tenía serios motivos para hacerlo durante una de sus visitas.

Había llegado antes que Gaston, y había encontrado a Cicely aún más pálida de lo normal. El resfriado estaba en su punto álgido, y la joven sufría de debilidad y dolor de cabeza.

—Resulta muy extraño —dijo, durante la conversación—... resulta muy extraño que una nimiedad como un resfriado me haga sentir tan mareada. Me siento como si me fuera imposible mantenerme en pie. Me pregunto si podría hacerlo.

—No creo que sea prudente intentarlo —dijo Teddy, observando con inquietud su pálido y hermoso rostro y sus ojos cansados.

Pero ella se había puesto en pie con una pequeña carcajada, e intentaba mantener el equilibrio. Pronto fue evidente para su inquieto visitante que le resultaba difícil hacerlo, pues de repente se tomó más pálida y, casi antes de que la sonrisa muriera en sus labios, vio cómo se cerraban sus ojos, y si él no se hubiera adelantado hacia ella, habría caído sobre la chimenea. No obstante, la joven cayó en sus brazos, con la cabeza sobre su hombro, y sus ligeras y pálidas manos colgando sueltas y sin fuerza.

Nunca se había sentido tan alarmado en su vida como en aquel momento, ante la visión del pálido y dulce rostro de la jovencita y su indefensa figura. Jamás había visto a nadie desmayarse con anterioridad, y resultó bastante duro para él que aquella fuera su primera experiencia. Si se tratara de un hombre, lo habría soportado mejor; pero aquello era demasiado para que él preservara la calma. Ideas descabelladas sobre agua de colonia, plumas quemadas y frascos de sales^[16] discurrían raudos por su agitada mente.

—¿Qué se supone que debe hacer un hombre? —gimió—. Está tan blanca como... como un lirio, ¡por Júpiter!



Tocó la campana con furia con la mano desocupada incluso antes de intentar recostarla; y, al minuto siguiente, aparecieron la señora Batty y su

séquito en un estado mental muy caótico. Pero, desafortunadamente, sus ideas sobre el tema de los desvanecimientos eran erráticas, y en su mayoría tendieron al muy exaltado repiqueteo de vasos de agua helada, hasta que el tierno corazón de Teddy se estremeció en su interior e intervino.

—¡Por el amor de Dios, no la ahoguen! —gritó, frenéticamente—. No es lo suficientemente fuerte como para soportarlo. Esperen un minuto —acudió a su mente un pensamiento brillante—. Conozco a alguien que sabrá qué hacer.

Y, apoderándose de su sombrero, se arrojó escaleras abajo hacia el otro lado de la calle en busca de Polly.

Regresó con la joven en menos de dos minutos y, acostumbrada como estaba a casos semejantes, Polly se sintió bastante preparada para el combate.

CAPÍTULO VIII

POLLY Y CICELY



Oh! —dijo Polly cuando llegó junto al sillón—. No tienes por qué asustarte, Teddy; pronto se recuperará.

Teddy estaba en lo cierto al suponer que Polly se haría cargo de la situación. Angélique, del Prince, sufría ataques de desmayo y aturdimiento, y nadie la atendía tan bien como su compañera favorita. El tratamiento de Polly conllevaba menos agua fría y un talante más tranquilo que el de la señora Batty, observó Teddy con admiración y, en muy poco tiempo, la dueña de la casa y sus excitadas doncellas fueron despedidas con muestras de agradecimiento.

—Un poco de vino caliente con especias le vendrá bien para el resfriado, señora Batty —dijo Polly—. Y creo que no necesitaremos más ayuda, gracias. Se está recuperando muy bien, y pienso que podría preocuparle mucho ver aquí a tanta gente. Podría hacerle pensar que nos hemos alarmado por ella más de lo que lo hemos hecho.

De modo que, cuando Cicely abrió los ojos, el primer elemento sobre el que descansaron fue la preciosa Polly P., de pie junto al sofá en el que la habían acostado, con una vinagreta^[17] en la mano.

—¡Oh, querida! —dijo ella, débilmente—. Espero no haber sido un gran problema. Me pregunto qué me ha podido suceder.

Y, seguidamente, mientras miraba aún a Polly, un ligero rubor encendió sus mejillas.

—Fue muy amable al venir —añadió la joven, y sonrió de un modo tan dulce y agradecido que Teddy se sintió absolutamente embelesado.

—Me alegra mucho haber venido —respondió Polly—. El señor Popham vio que los demás estaban demasiado excitados para atenderla de un modo sensato y corrió a buscarme. Estoy acostumbrada a ver a la gente desmayarse.

Estaba realmente contenta de haber podido ser útil; pero, ahora que todo había terminado, sintió que su ardor se enfriaba un poco, y no se habría lamentado de encontrar una excusa para escabullirse. No deseaba quedarse para encontrarse con su enemigo. Sabía que él podría llegar en cualquier momento, y el pensamiento la inquietaba y perturbaba. Y, además, recordó lo que le había dicho a Teddy sobre las mujeres como Cicely Framleigh, en referencia a lo propensas que eran a mirarla con frialdad, y se sintió también coartada por aquel pensamiento; de modo que, aunque su actitud no era fría ni descortés, en modo alguno resultaba efusiva.

Cicely, sin embargo, era demasiado amable para permitirse cualquier reserva. Y, ¿acaso no era aquella la «señorita Pemberton de Gaston»? Volvió el rostro hacia Teddy, de una manera un tanto tímida, y también le dedicó una sonrisa.

—Estoy en deuda con usted, señor Popham —dijo—. Y casi me alegro de haberme desmayado. La he observado tantas veces a través de mi ventana, señorita Pemberton —ahora miraba a Polly—, y deseaba tanto conocerla...

Como es natural, no resultaba sencillo escapar tras un discurso como ese, y más especialmente cuando la joven extendió una mano amable y agradecida que resultaba bastante tentadora.

—Gaston también se lo agradecerá —dijo la impresionable y joven princesa—. Fue Gaston quien me dijo su nombre por primera vez.

En ese mismo instante, el rubor de Polly comenzó a agolparse en sus mejillas, y se enderezó un poco, permaneciendo más erguida. Escuchó a Framleigh en las escaleras y, antes de que Cicely tuviera tiempo de decir algo más aparte de «ya viene», el caballero ya estaba en la estancia mirando al pequeño grupo: Cicely en su sofá, Polly con su vinagreta, y Teddy cerca, de pie, con una mezcla de ansiedad y sorpresa.

—No te alarmes —dijo Cicely—. Señorita Pemberton, dígame que no pasa nada. Solo me desmayé, Gaston, y la señorita Pemberton tuvo la amabilidad de venir al rescate.

Él se adelantó, inclinándose ante Polly, quien le habló con su aire más tranquilo.

—Ya está mejor —dijo—, de modo que, por supuesto, no hay motivo para alarmarse. El desmayo fue solo consecuencia de una pequeña debilidad. Ha descuidado su resfriado.

Fue una gran sorpresa para Polly encontrarle tan preocupado. Era casi afectuoso en sus modales, mientras se inclinaba sobre la enferma. Tomó la ligera y febril mano de su hermana, y la sostuvo mientras hacía sus propias

indagaciones; y, en una ocasión, acarició su brillante cabello con bastante ternura.

El respeto que sentía por Cicely indujo a Polly a recibir el agradecimiento de su hermano tan amablemente como pudo forzarse a recibirlo. No obstante, se marchó en cuanto le fue posible tras su llegada. Les informó de que el tío Jack estaría esperando su té, y no lo disfrutaría si ella no estaba allí para servirlo; y, además, ya casi era la hora de que saliera hacia el teatro.

—Cuando su resfriado mejore —dirigiéndose a Cicely—, pídale al capitán Framleigh que la lleve al Prince para verme actuar.

Miró a Framleigh mientras hablaba, sin una pizca de reto desafiante en los ojos. Seguidamente regresó a casa con Teddy.

—Y bien... —dijo el joven triunfante, cuando llegaron al salón de Polly—. ¿Ves como es una criatura encantadora y llena de gracia?

—Sí —respondió Polly.

—Y estoy seguro de que al menos no puedes reprocharle a Framleigh que tenga una actitud fría hacia su hermana —añadió Teddy.

Polly arqueó sus labios obstinadamente, mientras miraba hacia el fuego.

—Teddy —respondió ella—, Framleigh es el tipo de hombre que sería amable con cualquier mujer que se rindiera a sus pies y le adorara, tal y como hace esa linda hermanita de su alcurnia; pero no todas las mujeres podrían hacer tal cosa, ya lo sabes. Yo no podría, por ejemplo, si estuviera en su lugar. Tal vez no forma parte de mi naturaleza —dijo, curvando su cuello majestuosamente— porque no nací siendo una dama.

A la mañana siguiente envió a Montmorenci a hacer averiguaciones sobre la salud de Cicely, pero pasaron dos o tres días antes de que ella misma acudiera a la casa, y su visita resultó de lo más breve.

—¿Alguna vez has pensado que tu señorita Pemberton fuera una jovencita orgullosa? —preguntó Cicely a su hermano aquella noche.

—En un principio no pensé que pudiera serlo —respondió él con sequedad y también con bastante amargura—, pero últimamente lo he pensado.

—Creo —replicó Cicely, reflexivamente— que es muy orgullosa y... bueno, un poco inaccesible.

Recordando sus primeras impresiones de Polly, la gran desaprobación que sintió hacia su indiferencia, su buen humor y sus ocasionales pinceladas de jerga teatral, Framleigh sonrió con una sonrisa que resultaba abiertamente feroz. Feroz en su desprecio por sí mismo. Le resultaba muy doloroso sentirse

tan extremadamente torpe. ¡Qué idiota tan consecuente debía pensar Polly que era!

—Parece que no consigo ganarme su confianza en absoluto —continuó Cicely, moviendo la cabeza y hablando en una especie de soliloquio.

—Eso es porque yo no le agrado —dijo él presuroso.

—¿No le agradas? —dijo Cicely—. ¿Cómo puede ella...? ¿Cómo puedes no gustarle a alguien? —añadió con tierno entusiasmo.

Framleigh tomó la gentil mano que la joven había colocado sobre su hombro y la acarició.

—No todos me ven a través de tus ojos, Cicely —respondió—. Eres una criaturita amable y cariñosa, querida.

Su relación con la muchacha había sido provechosa y positiva para ambos. Él había ganado calidez en sus modales y sentimientos. Ella había ganado coraje. El joven descubrió que hablarle con ternura y acariciarla le resultaba más fácil de lo que nunca hubiera imaginado. La soledad autoimpuesta durante toda su vida anterior había sido su perdición. Se había vuelto frío y egoísta, y aquel cambio era exactamente el que su naturaleza había requerido. En el pasado, cuando veía a Cicely en su propia casa durante sus breves visitas, jamás pensó que le tomaría tanto cariño.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE SE LLEGA A UN MOMENTO CUMBRE



pesar de ser consciente de que su relación con Polly no progresaba con celeridad, Cicely no se dejaba llevar por un sentimiento de frialdad.

«Me esforzaré más aún por hacerme su amiga», se decía. «Si Gaston la ha molestado, esa es la razón más importante de todas para intentar complacerla; debo hacerlo por el bien de mi hermano».

Tan pronto como se recuperó, se vistió con suma modestia e hizo una visita a la joven dueña de la casa de enfrente; pasó media hora en su pequeño salón, donde se ganó el corazón de Montmorenci por su gracia y sencilla elegancia, y la inocente y respetuosa amabilidad de sus maneras. También se ganó a Polly pues, a decir verdad, se habría ganado igualmente a cualquier otra persona. Al no poseer un corazón de piedra, a Polly le resultó difícil resistirse a ella, incluso cuando la jovencita se aventuró a esperar que se vieran a menudo y se convirtieran en amigas en lugar de meras conocidas.

—Cuando llegué aquí —dijo Cicely—, en un principio pensé que solo debía quedarme una semana más o menos; pero Gaston parece necesitarme más que nunca, y me hace tan feliz, y es tan amable, que me da pena dejarle, incluso para volver a casa.

Aquella última parte la añadió por una cuestión de deber hacia su madre y Hilda.

—¿No tiene hermanos, señorita Pemberton? —añadió.

—No —respondió Polly—. No tengo a nadie más que a Teddy Popham. Teddy me adoptó, ya me entiende. Es un buen sustituto.

—Yo diría que sí —dijo Cicely—. Parece muy amable con todos, y Gaston le tiene mucho cariño.

Cicely siempre tenía en la mente la opinión de su «Gaston». La joven habría dudado incluso del mismísimo arcángel Gabriel si Gaston no lo hubiera aprobado. Pero, a pesar de esta adorable debilidad, Polly no pudo evitar que le agradara y cedió en contra de sus propios prejuicios personales.

Después de aquella visita, parecía tan natural que las dos jóvenes se hicieran verdaderas amigas, que resultó incluso del todo inevitable. No obstante, Polly organizaba sus visitas de manera diplomática. Nunca se olvidaba de la hora a la que Framleigh regresaba y, si se tropezaba con él, era siempre cuando ya se marchaba a casa; aquello ocurría en escasas ocasiones, cuando el joven llegaba un poco más temprano de lo habitual. Resultaba inútil que Cicely suplicara. El té del tío Jack y el teatro siempre estaban prontos a servir de excusa.

—¿Crees que correría el riesgo de verme obligada a quedarme o huir? —le dijo a Teddy—. No, te lo aseguro, preferiría tener la certeza de que seguimos igual que antes. No debemos ser amigos ni enemigos.

Pero las cosas iban a discurrir por otros derroteros.

A pesar de lo distante que le juzgaban sus amistades, y lo impasible que parecía, el carácter de Framleigh apenas podía considerarse frío. Sufría por sus fuegos interiores, y Polly tenía el poder de avivarlos. Resultaba asombroso cuánto le molestaba su obstinada indiferencia. Se sentía verdaderamente furioso en ocasiones, cuando se paraba a pensar en la astucia que demostraba la joven para evitar su presencia.

—¿Cree que intentaría entrometerme? —le dijo a Cicely—. No tiene por qué temer nada.

Y deseaba demostrarle que podía mantenerse tan alejado como ella quisiera.

Pero Polly le daba tan pocas oportunidades que casi llegó a desesperarse. En secreto, se sintió arrastrado hacia la locura y, cuando por fin la fortuna le dio la oportunidad que ella le negaba, no pudo controlarse, como era su intención.

Cicely había dispuesto unas jardineras para las ventanas siguiendo el modelo de Polly y, durante el arreglo de las mismas, las jovencitas se habían intercambiado numerosas visitas poco ceremoniosas. Cicely había corrido a ver a Polly para recibir instrucciones, y Polly, a su vez, había cruzado la calle con semillas, esquejes y bulbos. De modo que, una tarde, al llegar inesperadamente, Framleigh entró en la estancia y se encontró a Polly de pie junto a las jardineras con una pequeña paleta en la mano.

—Me alegra mucho... —comenzó ella volviéndose pero, al ver quién era, se detuvo y se paralizó de inmediato—. ¡Oh, es usted! —añadió, dejando caer a un lado la mano que sostenía la paleta—. Discúlpeme. Pensé que era la señorita Framleigh. Estaba fuera cuando llegué, y como le he traído unos esquejes bastante delicados, me tomé la libertad de quedarme para colocarlos en las jardineras. Necesitaban atención de inmediato.

Él se acercó.

—Es usted muy amable... —comenzó él.

—En absoluto —interrumpió Polly, fríamente—. Me gustan mucho las plantas, ya lo sabe. Afortunadamente, ya he terminado —dijo, sin tener en cuenta cómo sonaría la expresión—. Así que me marchó. Imagino que le dirá a su hermana...

Un arrogante rubor destelló en el rostro del joven. No pudo evitar interrumpirla.

—Lamento haberme vuelto tan odioso como para que usted considere afortunado...

—Le pido perdón —le detuvo sin parecer perturbada en lo más mínimo—. Usar la palabra «afortunadamente» fue una estupidez —añadió la joven.

—Soy yo el que debería pedir perdón por inmiscuirme en sus asuntos —replicó él, con agitada furia.

—«Inmiscuirme» es una palabra tan absurda como «afortunadamente» —dijo Polly—. ¿Le dirá a la señorita Framleigh que...?

—Le diré lo desafortunado que he sido —replicó él, sin la menor pizca de amargura—. Cicely respetará mucho al hermano que la priva de sus amistades.

Polly se encogió de hombros y se volvió para retocar una planta, pero no hizo comentario alguno; y su indiferencia provocó aún más a Framleigh. Nunca en su vida le habían tratado con tanta arrogancia. Parecía que aquella joven tenía la habilidad de apuñalarle en la parte más débil de su singular armadura y volverla inútil.

—Me obliga a defenderme —estalló.

—¿De qué? —preguntó Polly, concisamente.

—De mi propia humillación —respondió—. Porque hasta Cicely se da cuenta de cómo me evita. ¿Me tiene miedo, señorita Pemberton? —añadió con salvaje ironía.

—En absoluto —respondió Polly.

—Entonces, ¿por qué ejerce tanta diplomacia para apartarse de mi camino? Le ruego que me dé la oportunidad de demostrarle que no hay

peligro alguno en encontrarse conmigo de vez en cuando.

En ese punto su voz y sus modales cambiaron repentinamente, ambos a un tiempo. Una sombra cayó sobre su rostro, y mostró a Polly cuán preocupado estaba.

—Le tengo mucho cariño a Cicely —dijo—. Y Cicely me quiere mucho. De hecho, creo que puedo decir que Cicely es la única criatura en el mundo que me quiere honestamente, y es a la vez afectuosa e ignorante, como usted sabe. Creo que incluso me respeta, señorita Pemberton —añadió, con otro toque de sarcasmo—, y no puedo permitirme perder su respeto. No me agrada en absoluto la idea de parecer despreciable a sus ojos, que es lo que debo parecer bajo las circunstancias actuales.

—¿Quiere decir —demandó Polly, bruscamente— que yo le hago parecer despreciable a los ojos de Cicely?

—¿Cómo podría ser de otra manera? —preguntó Gaston.

Ella vaciló un instante, y luego superó sus dudas.

—Nada podría hacerle parecer despreciable a los ojos de Cicely —dijo.

—Gracias —indicó él, con más ironía que antes—. Es usted muy amable.

Polly miró por la ventana hacia la calle.

—Aquí está la señorita Framleigh —dijo.

En dos minutos llegó Cicely, brillante y resplandeciente, de su paseo, y se regocijó mucho al ver a Polly en conversación con Gaston. Y debía tratarse de una conversación amistosa, según pensó la joven.

—Qué amable de tu parte venir —dijo—. Y qué bien que te quedaras. Y consentirás quedarte conmigo el resto de la tarde, ¿verdad? Montmorenci puede ocuparse del señor Pemberton por una vez.

Resultaría difícil explicar qué motivo impulsó a Polly a consentir. Quizás fue un toque de obstinación, o de desafío. Tal vez sintió el deseo de demostrar su fortaleza e indiferencia. Si realmente creía que le tenía miedo, era preferible que él comprendiera que no era cierto. ¡Miedo! Se repitió la palabra a sí misma con gran desprecio. ¿De qué debía tener miedo? La joven se quedó, no obstante, y se mostró muy divertida. Teddy Popham, que llegó al anochecer, pensó que nunca la había visto entretenerse tanto. Y, sin embargo, constató que la joven había cambiado en los últimos tiempos. Ya no se mostraba tan sencilla y animada; hacía comentarios más perspicaces, de carácter agudo y más bien satírico, y era menos franca.

—Te estás equivocando, Polly —le dijo él, con ingenua confianza, más tarde—. Cada día que pasa estás más cambiada.

—La gente generalmente cambia a medida que se hace mayor —fue la respuesta insatisfactoria de Polly.

—¿Mayor? —respondió Teddy, y luego de pronto se detuvo y le miró a la cara—. Bueno, imagino que te has hecho mayor, pero no de la forma a la que te refieres, Polly.

—¿No es así? —replicó Polly—. Encantada de saberlo, te lo aseguro.

Y su aire y su tono resultaron tan apáticos y fríos, que el tema decayó por sí solo.

Sin embargo, cambió su táctica con respecto a Framleigh por razones que ella conocía mejor que nadie. Ya no le evitaba, y ya no rechazaba las invitaciones de Cicely. A menudo pasaba las tardes en su salón, y la admiración de Cicely por ella se hacía cada día más fuerte. El mismo Framleigh solo podía ser espectador, mostrándose tan distante como siempre. El joven también descubrió que ella había cambiado. Se estaba volviendo aún más hermosa, y su belleza se estaba tornando más acentuada. Su poderío latente estaba comenzando a desarrollarse y a afirmarse. Su figura delgada y esbelta era en realidad más imponente que las curvas más generosas de Dalrymple. Polly erguía su cabeza y brillaba como nunca lo había hecho Diana. Había menos sosiego en Polly, y más fervor orgulloso.

—Querida —le dijo Diana a Cicely, durante una de sus numerosas visitas amistosas—, ¿es posible que sepas a lo que se dedica esa joven?

—Lo sé —respondió la princesita con un bello toque de dignidad—. Es mi amiga y le tengo mucho aprecio.



Hay que confesar que Diana se hallaba en una situación difícil. No podía descuidar a Cicely, claro está —aunque, a decir verdad, vaya antojo tan

notable aquel de Cicely de visitar a su hermano—... no podía descuidar a Cicely, nadie lo entendería y, sin embargo, al hacer sus amables visitas a la casa, constantemente se encontraba con que debía enfrentarse a aquella joven actriz a la que no aprobaba. Y también debía ser cortés con ella, que era sin duda lo peor de todo. Si hubiera podido ignorarla, se habría sentido más cómoda; pero Polly, con sus ojos altos, firmes, hermosos y brillantes, y sus labios rojos y despectivos, no resultaba tan fácil de ignorar. Polly no podía moverse, ni mirarla, ni hablar, sin desafiarla de una manera sutil, sugiriéndole que conocía sus puntos débiles y podía pronunciarse sobre ellos si lo hubiera decidido de ese modo. Y, por otro lado, ¿no estaba también Gaston, que trataba a esa joven con el más alto respeto, a pesar de que ella le había menospreciado y se comportaba en ocasiones con él de un modo casi grosero? Las cosas habían llegado a un extraño punto.

Pero, si bien no podía desairar abiertamente a su enemiga, no por ello se quedaba sin recursos. La trataba con una delicada condescendencia y, ocasionalmente, se sentía movida a incitarla; y, aunque pocas veces se atrevió a hacerlo, y en ninguna de esas ocasiones la señorita Polly se acobardó ante ella, la estrategia no estuvo exenta de resultados: logró herir a su víctima y conseguir que su temperamento fuera cualquier cosa menos amable; y, cuando no era amable, por extraño que parezca, siempre pagaba las consecuencias la misma persona, y esa no era otra que el propio Gaston.

En aquellos tiempos, el Prince se veía honrado a menudo con la presencia del capitán Gaston Framleigh. Era el único lujo que el joven se permitía, y ni siquiera Cicely sabía con qué frecuencia lo hacía, cosa que Polly sí conocía. Tras las primeras dos o tres veces en que advirtió aquel rostro tan conocido en cierta fila, siempre fue consciente de su presencia. Por muy enojada que se sintiera por su propia impotencia, no podía evitar saber que se encontraba allí, con aspecto hostigado, molesto y desanimado, y siempre siguiéndola con sus orgullosos ojos y su mirada de reproche. Porque llegó un momento en que sus ojos le recriminaban, aunque Polly afirmaba desconocer qué derecho tenían a reprocharle nada. Era absurdo, se decía a sí misma, ¡un completo absurdo! No obstante, aquella situación la hacía sentir muy incómoda y, en una o dos ocasiones, se había librado por muy poco de perder la serenidad por su causa. Su actitud hacia Framleigh, en privado, era reservada, arrogante y severa. De vez en cuando, la amable y dulce princesita se mostraba conmovida y herida, y escuchaba, con verdadero dolor, sus comentarios fríos o satíricos. Cuando las hermosas y negras cejas se arrugaban en ese ligero pero siniestro ceño fruncido, Cicely se encogía, muy a su pesar.

—A veces me asustas —decía ella—. Eres tan brusca, y dices cosas tan hirientes... Y, de algún modo, siempre parece ser Gaston el motivo de tu enojo. Y, aun así, estoy segura de que no pretendes ser cruel con él.

—Pues quizá sí —contestó Polly de pronto, en una ocasión—. Al menos no estoy segura de no pretenderlo. Me complace responder incisivamente a las personas que no me agradan. Y aprovecho para confesar que no me agrada tu hermano... No me agrada. No me resulta fácil perdonar.

Las negras cejas de Polly se fruncieron entonces fervientemente.

—El capitán Framleigh me hizo enojar en una ocasión y no le he perdonado —añadió.

—¡Oh, Polly! —exclamó la bella Cicely, apenada—. ¿Y nunca le perdonarás?

—No lo sé —respondió Polly—. Lo cierto es que nunca pienso en ello pero, en todo caso, aún no le he perdonado.

Es probable que Polly se mostrara más dura con el joven porque, de vez en cuando, se descubría compadeciéndose de él en secreto, aunque a regañadientes. Como es natural, su situación era difícil, pues todas sus brillantes perspectivas se estaban desvaneciendo; en conjunto, resultaba una situación muy complicada y, teniendo en cuenta todos sus asuntos —las deudas, entre ellos, por ejemplo—, no era de extrañar que se mostrara pálido y hastiado; la joven había descubierto, por mediación de Cicely, que aquellas deudas habían comenzado a apremiarle aún más pesada y dolorosamente que antes. Le había dicho a Cicely que incluso había considerado la idea de vender su cargo y tratar de entrar en el mundo de los negocios, «aunque odiaba tanto los negocios», había añadido Cicely con lágrimas en los ojos.

—Es terrible —había dicho—. Y hay días en que ni come ni duerme; y una vez, cuando uno de estos hombres horribles vino y le habló tan bruscamente, me dijo que debía enviarme a casa, pues yo no debía presenciar tales cosas, y no soportaba preocuparme; pero le dije que yo no soportaría dejarle solo y, de hecho, tampoco creo que deba hacerlo. ¿Lo harías tú, querida?

—No —respondió Polly, decididamente—. Yo no lo haría —y entonces se ruborizó violentamente, como si hubiera cometido un desliz y se sintiera molesta por haberlo hecho—; si yo fuera su hermana —añadió, confusamente.

—Si... —titubeó Cicely tras una pausa—... si se casara con Diana Dalrymple, el tío Gaston haría las paces con él y las cosas volverían a ser como antes. Al menos ha dicho algo parecido.

—Entonces debería casarse con ella, por supuesto —dijo Polly, con un aire tan satírico que Cicely la miró, con gentil asombro—. Parece que sería algo bueno para ambos. ¿Por qué no lo hace? Solo tiene que pedirselo, ciertamente; o, quizás, podría prescindir incluso de tanta ceremonia.

—Estás burlándote de Gaston otra vez, Polly —dijo Cicely, casi inspirada a alzarse en armas—. Y eres injusta, como siempre. Esa no es su manera de ser. Gaston es un caballero.

—Y la señorita Dalrymple es una dama —repuso Polly— y, por ese motivo, debe esperar consideración.

Framleigh había pensado seriamente en enviar a Cicely de vuelta a Yorkshire. En lugar de mejorar, las cosas empeoraban día a día. Cada vez tenía menos esperanzas, y sus acreedores se mostraban más impacientes. Comenzó a ser consciente de lo desesperado de su posición, y concluyó que debía actuar decididamente. ¿Y qué debía hacer? Solo podía deshacerse de su cargo y del pequeño remanente de sus bienes mundanos, y descender algunos niveles en la escala social. De ese modo podría pagar sus deudas más importantes, regresar a «Acres humildes» por un tiempo, y luego lanzarse al mundo de nuevo. Sus ideas sobre el futuro que le esperaba resultaban tan irreales e indefinidas, que él mismo se mofaba de ellas. Como caballero ocioso, no había aprendido su lección de vida en una escuela práctica. Pero hablar con Cicely no sirvió de mucho. La jovencita quería quedarse y ayudarle a pelear sus batallas. Quería permanecer a su lado hasta que todo terminara y ya no necesitara su presencia, y entonces regresaría a Yorkshire y a «Acres humildes» sin una palabra de protesta. Así se daría también cuenta de que podía ser práctica y resultar de utilidad. Había cientos de cosas que podía hacer, le aseguraba la joven; y entonces ella tomaba su mano y, mientras le imploraba, la sostenía cariñosamente, a veces besándola con dulzura y apoyando su mejilla contra ella, con los ojos llenos de lágrimas de compasión por él.

—Incluso Polly piensa que no debería dejarte —dijo, por fin, un día.

—¿Incluso Polly? ¿Condescendió Polly a pensar en el asunto? —Framleigh se sonrojó y, sin embargo, sintió una especie de placer inquietante ante la idea—. ¿Has estado hablando con ella sobre eso? —preguntó.

—La quiero mucho y es muy inteligente —respondió Cicely, disculpándose a medias—. Hablamos de todo entre nosotras. No te molesta, ¿verdad, querido?

El joven respondió que no, que no le molestaba; y, reconociendo la influencia que la señorita Pemberton ejercía sobre la naturaleza afectuosa y

fácilmente influenciable de su hermana, se le ocurrió un plan. En verdad creía que lo mejor para ella sería volver a Yorkshire antes de la desagradable liquidación de sus asuntos —que ya veía cernirse sobre él—, a pesar de lo mucho que le disgustaba la perspectiva. Era muy exigente con Cicely, y no le gustaba la idea de permitir que la joven entrara en contacto con el lado más rudo de la vida. Pero no sería fácil convencerla, lo sabía. De modo que pensó en la señorita Pemberton, quien había sido lo suficientemente buena como para insinuar que era su deber quedarse.

«Si ella le dice que su deber es irse, Cicely la creerá, a pesar de sus deseos», se dijo.

En consecuencia, la noche siguiente se presentó en el pequeño salón, ante el gran asombro de Polly, justo cuando la joven esperaba al tío Jack. Montmorenci había salido a comprar pastelitos para el té, y la señorita Polly, encontrándose sola, se levantó para saludar a su inesperada visita con un aire de gran agitación y gravedad. A la joven le habría gustado saber cuál era el motivo que le había llevado allí, pero, como es natural, no podía hacer la pregunta directamente, y se vio obligada a esperar a que el joven se explicara, cosa que hizo casi de inmediato. Fue muy breve y nada efusivo al respecto, y no utilizó más palabras que las absolutamente necesarias para su argumentación; y, sin embargo, pese a todo, no se mostró tan contenido como se habría mostrado en circunstancias diferentes.

Afirmó que no intentaría disfrazar —porque de hecho sería absurdo hacerlo— lo que la señorita Pemberton ya sabía. Se había visto envuelto en serias dificultades, y había descubierto que debía modificar su modo de vida. Y, entre las muchas cosas a las que debía renunciar, debía renunciar incluso a Cicely. Él mismo se marcharía a Yorkshire cuando todo hubiera terminado, pero deseaba que Cicely se fuera primero; de hecho, lo más pronto posible. Deseaba evitarle la molestia de tener que enfrentarse a la ruina total de aquellos restos de su perdida fortuna. Y por esa razón visitaba a la señorita Pemberton. No había podido persuadir a Cicely de que lo mejor para ella era dejarle solo y, por algunos comentarios que la joven había dejado caer, descubrió que ella pensaba que su amiga estaba de acuerdo con su opinión.

—Estuve de acuerdo con ella —interrumpió Polly, de pronto—. Me alegré de que fuera lo suficientemente fuerte como para no encogerse ante nimiedades. Pensé que tenía razón en quedarse, y se lo hice saber.

Irguió su delgada figura y se mostró decidida, pero mantuvo sus ojos tan alejados de Framleigh como pudo. Le pareció más agradable mirar el fuego.

No obstante, Framleigh también parecía resuelto.

—Fue muy generoso por su parte mostrar tanto arrojo —dijo—. Pero no deseo que ella haga el sacrificio, y...

—Si usted no lo desea —interrumpió Polly, de nuevo—, creo que sería preferible que ella se fuera.

—Creo —dijo Framleigh— que me está malinterpretando. No obstante, si tiene la amabilidad de decirle que siente que es mejor que se vaya, me sentiré muy agradecido. Vine a pedirle que lo hiciera.

Muy a su pesar y a regañadientes, Polly se obligó a levantar los ojos del fuego, y le dedicó una rápida mirada inquisitiva. Si hubiera podido mantener su severa frialdad, lo habría hecho, pero, tan pronto lo miró, se dio cuenta de que su estado de ánimo había cambiado. Estaba más pálido y cansado de lo que nunca le había visto, e incluso más delgado. Fue consciente de inmediato de que debía haber sufrido más de lo que cualquiera hubiera imaginado. Algo en aquella petición hizo que ella también se conmoviera. ¿Adónde se habían ido su frialdad y altanería? ¿Cómo era posible que se hubiera dignado a visitarla, después de que ella le hubiera tratado con un desprecio tan hiriente? Ciertamente, no había venido para salvarse a sí mismo de ningún problema o sufrimiento, lo sabía bien. ¿Y no debía haber algún punto de redención en la naturaleza de una persona que, siendo tan orgullosa, era capaz de sacrificar su orgullo por el bien de otra? En ese momento, y después de todas sus burlas hacia él, la joven se sintió inclinada a creer que se preocupaba real y desinteresadamente por Cicely. Ansiaba proteger a su hermana, o no habría hecho aquello. Y, sin embargo, incluso mientras lo pensaba, renunció a regañadientes a la tensión en su tono cuando se dirigió a él. No le resultaba fácil, como ya he dicho antes... no le resultaba fácil perdonar.

—Lo siento —dijo—. Lamento mucho que no haya otra alternativa.

Y luego, recordando lo que Cicely había dicho sobre la opción de casarse con Diana Dalrymple, la sangre caliente se le subió a las mejillas.

Él también recordó aquella alternativa, y se estremeció al hacerlo. Se preguntó si ella estaría al corriente. Parecía muy probable, considerando el comentario de Cicely respecto a que hablaban de «todo».

—No hay alternativa que yo elija aceptar... —dijo.

—Creo —comentó Polly secamente— que yo aceptaría cualquiera.

Entonces supo que ella estaba al tanto y, al minuto siguiente, Polly se dio cuenta de que se había comprometido a sí misma en su ansiedad por simular que ignoraba el asunto y hacer un discurso ligeramente incisivo.



No obstante, Framleigh mantuvo la compostura, a pesar de saber que ella conocía su situación tan bien como él mismo. Volvió al tema tan

recatadamente como pudo. ¿Le hablaría a Cicely? ¿Podía confiar en que lo haría?

—Si tanto lo desea —respondió ella—, imagino que debo hacerlo, pero no estoy segura de que sirva para algo.

Le dio las gracias sintiéndose dolido, a pesar de su alivio, por la convicción interior de que ella le consideraba poco considerado. No pretendía ser descortés, y ya era bastante duro enfrentarse a la perspectiva de soportar solo toda su ruín humillación; pero el orgullo, así como el afecto, impedían que permitiese a Cicely que la compartiera con él. No resultó fácil darle las buenas noches y marcharse sin tratar de explicarse y mostrarle lo que realmente quería decir; pero la experiencia le había enseñado que cualquier esfuerzo por hacerlo solo le colocaría en una posición aún más equivocada. Y se fue en silencio.

Es posible, no obstante, que la señorita Polly también hubiera sentido su aguijonazo; aunque, incluso yo, su cronista, no pueda explicar en qué momento lo recibió, ni de qué manera. Pero, si ella no hubiera recibido algún rasguño de uno u otro tipo, ¿por qué habría fruncido sus negrísimas cejas mostrando semejante descontento y disgusto cuando su visitante se hubo marchado, dejándola a solas con sus pensamientos? La joven removi6 las brasas frunciendo el ceño, y se acomodó en una silla aún con el ceño fruncido; y, mientras permaneció sentada observando el lecho de carbón, aún perduró su gesto, haciéndola lucir muy severa y hermosa.

—Se lo tiene bien merecido —dijo con gravedad—; pero... pero la situación es muy desfavorable, por supuesto; y muy dura para Cicely.

Y, al minuto siguiente, por extraño que parezca, algo voluminoso y brillante se deslizó por su mejilla y cayó sobre su mano; una brillante gota que no era menos significativa que una gran y hermosa lágrima. Soy de la opinión, además, de que a esta lágrima le habrían seguido otras si se le hubiera permitido el esparcimiento; pero no se le permitió. En el mismo momento en que cayó aquella primera gota brillante, se escuchó el sonido de la llave del tío Jack en la cerradura; y, cuando se abrió la puerta principal, resultó evidente que el tío Jack se hallaba en un estado extraordinario de prisa y excitación, pues ni siquiera se tomó tiempo para deshacerse de su sombrero, sino que entró en la habitación, sin aliento, e incluso más bullicioso y descarado de lo habitual; y, sin dejar tiempo a la joven para pronunciar una palabra, la estrechó entre sus robustos brazos, abrazándola con fervor.

—¡Ve y dile al viejo Buxton que se vaya al diablo, Polly, mi niña! —rugió alegremente y con el ánimo de lo más exaltado—. Dile que se vaya al

diablo, y que se quede allí. ¡Hemos terminado con él, te lo digo yo! Ya se acabó lo de bailar, tocar el violín y brincar, querida, porque tu fortuna está asegurada, y la preciosa Polly P. es una eminencia tan importante como cualquiera de ellos.

CAPÍTULO X

EN EL QUE NOS SORPRENDEMOS

Hubo cierto toque singular en la forma de proceder de Polly durante las dos semanas siguientes. Cicely pensó que le ocurría algo, pero su actitud no resultaba fácil de comprender. En ocasiones se quedaba en silencio y abstraída y, seguidamente, parecía casi influenciada por alguna emoción fuerte, aunque secreta y contenida. No era ella misma, eso estaba claro, y se mostraba muy nerviosa. Y, sin embargo, no podía tratarse de nada desagradable que la perturbara; Cicely estaba segura de que no podía tratarse de eso, pues nunca había encontrado a su amiga tan amable, y ciertamente jamás se había mostrado tan afectuosa como en aquellos momentos.

—A veces, al mirarte, Polly —le dijo—, cuando te quedas callada un momento, parece que te olvidas de ti misma, y sonríes como si pensaras en algo que te hace feliz. ¿Qué te ocurre?

—¿Sí? —repuso Polly—. No sabría decirte, créeme. Es muy probable que se trate tan solo de mi estado de ánimo. Es mi temperamento cambiante, ya lo sabes. Demos gracias porque no resulte desagradable.

—Es cualquier cosa menos desagradable —replicó Cicely, admirándola—. Resulta muy agradable. Me hace sentir como si te hubiera ocurrido algo delicioso.

—Quizá vaya a ocurrirme algo delicioso —dijo Polly—. Esperemos que así sea. Creo que podría soportarlo.

De una manera u otra, siempre parecían alejarse del tema antes de que las conjeturas de Cicely fueran más allá de una sospecha de la más imprecisa definición; pero no fue sino hasta mucho después que la joven comenzó a sospechar que algo más que la casualidad alteraba siempre su tema de conversación. No obstante, en esos días Cicely tenía sus propios problemas en

los que pensar y, lo que es más importante aún, los problemas de Gaston. Sentía una gran desesperación por su hermano, una desesperación tan inmensa, que incluso comenzó a revolotear por su mente el atrevido plan de apelar en secreto a su obstinado pariente.

—Si sus deudas fueran sencillamente saldadas, ya me entiendes —le dijo a Polly—, no habría necesidad de que vendiera su cargo, y podría vivir de su paga, pobre hombre, hasta que algo ocurriera.



Cicely tenía la inocente creencia de que algo iba a «ocurrir», en última instancia, que elevaría a su ídolo a su antiguo pedestal dorado. La fortuna no

podía ser tan cruel como para ignorar sus, a todas luces, justas pretensiones. Podría pasar de largo en lo referido a otros hombres, pero en cuanto a Gaston... Gaston era muy diferente.

—Y así yo podría quedarme con él —continuó—. Tendré algo de dinero, aunque muy poco, cuando sea mayor de edad, y podría vender las joyas de la abuela, si él me lo permitiera. La abuela me dejó sus joyas y, aunque los ajustes son pintorescos y anticuados, las piedras son muy buenas. Tan solo con que se pudieran pagar las deudas, estoy segura de que podríamos ser felices aunque no fuéramos ricos. ¿No crees, Polly?

Polly le respondió que así lo creía, y luego de pronto se sumió en uno de aquellos misteriosos arrebatos de olvido, en los que sus grandes y oscuros ojos mostraban un aspecto más solemne y preocupado.

De modo que Cicely continuó pensando en su impracticable pero entusiasta plan, y se preguntaba qué diría el tío Gaston si por fin se atreviera a dirigirse a él, y qué diría su hermano si su apelación tuviera éxito, y se preguntaba si estaría muy disgustado por el sacrificio de su orgullo; y luego se sentía segura de que lo haría, y, de este modo, vaciló, anheló y meditó hasta que sintió como si ya no fuera capaz de abandonar el asunto, más impotente que nunca para enfrentarse a los sacrificios de la persona amada.

Y, después de todo esto, juzguen su sorpresa, juzguen su inenarrable agradecimiento por el repentino giro de la rueda de la fortuna que finalmente aconteció, justo antes de que fuera demasiado tarde, en el último momento, por así decirlo.

Una lúgubre tarde, en la que se sentía excepcionalmente desanimada y decidida a rendirse y regresar a Yorkshire obediente y sin demora, se sorprendió al escuchar a Gaston subir apresuradamente la escalera, pues no tenía la costumbre de llegar hasta una hora más tarde.

—Vaya, Gaston —exclamó, cuando él hizo su entrada—. ¡Son apenas las cinco!

El joven se acercó al fuego con aspecto excitado e incluso pálido, la expresión de su rostro perturbada y, sin embargo, por extraño que parezca, casi aliviada.

—Apenas sé cómo decírtelo —dijo—. Es tan extraño.

—¿Qué es extraño? —interrumpió ella, sin poder evitarlo—. ¿Ha ocurrido algo?

—¡Sí! —respondió su hermano—. Ha sucedido algo. Es como el momento culminante en una obra de teatro, o el punto álgido en una novela.

El señor Gaston ha pagado mis deudas... ¡las ha pagado hasta el último penique!

Se sintió tan aliviada y, al mismo tiempo, resultó tan sorprendente, que apenas podía asimilarlo en su conjunto. Voló hacia él y lo agarró del brazo, asombrada y en salvaje deleite, con lágrimas de alegría brotando de sus ojos.

—¡Oh, Gaston! —exclamó—. ¡Qué dichosa... qué dichosa soy! ¡Apenas puedo creerlo! ¿Cómo sucedió? ¿Cuándo lo has sabido? ¿Te va a perdonar? ¿Puedo quedarme contigo ahora? ¡Parece un sueño!

—Para mí es un sueño —dijo Framleigh—. Lo he sabido hace solo una hora, y no puedo comprender todavía su significado. Ni siquiera ha permitido que se mencione su nombre, y no me ha escrito ni una palabra dándome una explicación al respecto; pero las cuentas están pagadas, y, claro está, ha sido él quien las ha saldado. No obstante, no creo que sea una señal de que he recuperado su favor. Creo que es un capricho suyo, e imagino que desea que el asunto termine aquí; por lo que, pese a sentirme aliviado, me encuentro en una posición bastante incómoda. Sería como si él ignorase cualquier agradecimiento que pudiera ofrecerle.

Y su rostro se demudó y se ensombreció mientras hablaba.

—Le estoy muy agradecido —añadió finalmente en tono alterado—, pero todo esto oculta una trampa, Cicely; hay una trampa.

—Pero —dijo Cicely—, imagino que querrá restablecer las relaciones contigo de nuevo.

—Estoy seguro de que no es el caso —respondió Framleigh—. Y, si lo hiciera... En fin, eso también supondría una trampa —añadió con voz cansada.

—¡Una trampa! —se hizo eco la joven.

—¡Sí! —respondió—, pero no tendría como base la amistad, sino la antigua y lujosa dependencia. Eso sería más difícil de afrontar ahora.

No obstante, al ver su mirada tierna y desconcertada, se interrumpió repentinamente, aliviándola con una sonrisa.

—Pero ya no habrá necesidad de que nos separemos —añadió— si no estás cansada de tu vida tranquila. Doy gracias a la fortuna por eso. Habría sido muy duro separarme de ti, Cicely.

—¿De verdad lo habría sido? —dijo ella con tímido deleite—. Estoy tan contenta, Gaston.

Y la joven se aferró a la mano que sostenía entre las suyas, con un profundo fervor que le conmovió.

Esa misma noche, Framleigh escribió una carta de agradecimiento a su tío, y aquella fue una tarea delicada. Resulta sencillo de entender que el joven se hallaba en una posición incómoda, como deudor de un bienhechor que no se había dignado a escribirle una palabra, y que, diez a uno, no tenía ningún otro motivo para su generosidad que una especie de orgullo descortés. El anciano Gaston no era un individuo amable, como ya se ha insinuado, y era costumbre suya otorgar favores de una manera que los hacía difíciles de tolerar.


Y, una vez escrita y enviada la carta, el resultado fue exactamente el que Framleigh había anticipado. En pocos días fue devuelta, sin abrir, desde Gaston Court, y sin una palabra explicativa al respecto. Framleigh recogió el sobre cerrado con la misiva, y se lo mostró a Cicely con una expresión más bien pétrea en su rostro.

—Sabía que sería así —dijo—, pero haberlo previsto no lo hace más agradable. Esto significa que no me aceptará, y que simplemente me ha aliviado de mis dificultades para salvar el orgullo de la familia. Es justo lo que esperaba.

Arrojó la carta y el sobre al fuego, y los vio arder y extinguirse, pensando que aquellas rizadas y ennegrecidas cenizas no eran muy diferentes de las que una vez fueron sus deslumbrantes expectativas.

CAPÍTULO XI

UNA SORPRESA PARA CICELY

laro está, Polly se enteró de todo y, naturalmente, Polly se compadeció de su amiga y se alegró por ella a partes iguales; y Cicely se regocijó al observar que parecía tan aliviada como ella misma.

—Es un consuelo escuchar la noticia de que no te marchas —fue su comentario—. Te hubiese echado de menos cada hora del día. ¿Crees que existe el peligro de que tu madre te pida que regreses, Cicely?

—Oh, no —repuso Cicely con premura—. No existe peligro de tal cosa, estoy segura. Verás, tanto mamá como Hilda son... son diferentes. No podrían vivir en Londres del modo sencillo en que yo lo hago y, en consecuencia, por supuesto, no experimentan el más mínimo interés por venir; y mientras yo esté a salvo con Gaston, no me quejo. Yo... bueno, casi creo que se sienten aliviadas.

—¡Oh! —exclamó Polly, y entonces comenzó a preguntarse, con cierta perspicacia, si este augusto par se sentiría tan tranquilo si supiera que esta joven rubia, descendiente de su linaje, se estaba relacionando con compañías tan peligrosas como jovencitas actrices de teatro y sus amistosas ayas. Parecía que los prodigios no iban a cesar jamás.

La primera sorpresa no se había extinguido aún en la mente de Cicely cuando se presentó otra; y una sorpresa, además, de una naturaleza tan fascinante que resultó una completa y desconcertante conmoción.

Justo seis semanas después de la fecha en que los problemas de Framleigh se habían solucionado, Polly se adentró en la estancia en que se hallaba Cicely con una noticia maravillosa que contar. Entró cuando el ocaso estaba dando paso a la caída de la noche y, tan pronto terminó de ofrecer los saludos

de rigor, comunicó su anuncio tan repentinamente como si lo hubiese disparado con un cañón.

—Cicely —dijo—, me ha ocurrido algo delicioso.

Cicely observó sorprendida su radiante aspecto.

—Debe ser algo muy bueno, no cabe duda —repuso—. Tus mejillas lucen tan sonrojadas como claveles. ¿Qué es?

—Es algo muy bueno, sin duda —afirmó Polly—. Me han legado cinco mil libras al año.

Cicely saltó de su asiento con una exclamación.

—Cinco mil libras...

—Al año —dijo Polly, asintiendo con su hermosa cabeza—. Anual, ya sabes. Así que creo que presentaré mi renuncia al viejo Buxton. ¿No harías tú lo mismo?

—Oh, Polly —se lamentó Cicely, bastante asombrada y, a la par, enormemente perpleja ante el frío proceder de su amiga—. ¡Esto parece un capítulo sacado de una novela! ¿Estás segura de que es cierto? ¿Cómo te has enterado? ¡Oh, qué feliz debes sentirte!

—La noticia llegó de Escocia, de Ayrshire, donde mi tía abuela, la señora Alison Rossitur, vivía y murió. Mi madre también era una Alison Rossitur pero, después de fugarse con mi padre, sus amistades no quisieron volver a verla, y se hallaba bastante distanciada de ellas. En lo que concierne a este dinero... el hecho es que la señora Alison Rossitur era una anciana extravagante y bastante pendenciera, e imagino que me legó su dinero porque tenía disputas con todos los demás.

Pronunció estas palabras con total tranquilidad, casi de un modo indiferente, pensó Cicely. Bien parecía que hallarse en posesión de una considerable fortuna no era más que otra de sus experiencias habituales. Se sintió bastante desconcertada cuando la vio tomar asiento, tal y como hizo después, y comenzar a estudiar perspectivas y hacer planes con todo el aplomo despreocupado del mundo. Claro está, tendrían que producirse algunos cambios en su modo de vida, y era un tema que había que tratar. ¿Dónde se ubicaría la nueva casa, y cómo iba a amueblarse? Estas eran las cuestiones que debían decidirse por el momento, y quería que Cicely la ayudase a hacerlo.

—Hablaba sobre este asunto como si hubiese estado esperando algo así durante años, y hubiese reflexionado sobre ello lo bastante a menudo como para no otorgarle demasiada importancia —le dijo Cicely a Gaston en una

conversación posterior sobre este tema—. Estoy segura de que yo me habría sentido bastante alterada.

Resultó algo incomprensible, pensó ella, que la noticia pareciese alterar tanto a Gaston; pues estaba bastante segura de que le alteró. Cuando, en un primer momento, le desveló la buena fortuna de Polly, empalideció sobremanera, y todo su entusiasmo no despertó en él nada que se asemejase a la dicha. No podía ser que no se alegrase; claro que se alegraba; y, aun así, pareció como si una sombra cayese sobre él de repente.

—Ya no volverá a actuar —dijo Cicely—. Y no puedo evitar sentir algo de lástima por sus amigos en el Prince. La echarán mucho de menos.

—Y nosotros también la echaremos de menos —añadió Framleigh, casi de manera involuntaria.

—¿Nosotros? —inquirió Cicely—. No se va a alejar de nosotros por completo, Gaston.

—Creo que, a la larga, descubriremos que sí lo hará —respondió—. Otras personas ocuparán su tiempo, y tendrá muchas responsabilidades nuevas.

Esta observación hizo que, en la siguiente ocasión en que Cicely vio a Polly, estallara en un lamento patético.

—Gaston cree que te perderemos, ahora que eres rica —dijo—. Oh, Polly, por favor, no permitas que, a la larga, se haga realidad. Él dijo «a la larga».

—La opinión que el capitán Framleigh tiene sobre mí es más elevada que nunca, según veo —observó Polly con sarcasmo—. Le estoy muy agradecida. Sabes que eso no ocurrirá, Cicely. Siento más afecto por ti que por cualquier otra persona en el mundo... incluso más que por el tío Jack, y eso es decir mucho.

Y, cuando se encontró con Framleigh, puso fin a este asunto de un modo bastante injusto.

—Le doy las gracias por intentar persuadir a Cicely de que una insignificante fortuna mermaría mi cariño hacia ella —dijo—. Fue usted muy amable al pretender que desconfiase de mí. Si bien jamás hemos sido amigos, capitán Framleigh, creía que no éramos enemigos incondicionales. Si usted mismo desconfía de mí...

—¡Que no confío en usted! —intervino él, luciendo tan pálido que Polly se sintió incómoda y algo irritada ante su propia injusticia—. ¡Yo, su enemigo! No, usted sabe, tan bien como yo, que eso no es cierto.

—Se lo agradezco una vez más —dijo Polly, con arrogante malicia.

Su problema con este hombre era que advertía su orgullosa humildad. Podía irritarle, o herirle, y él jamás la contradecía. Soportaba su carga en

silencio, y con una paciencia que la había perturbado en más de una ocasión. Había cambiado de un modo extraño desde aquella ocasión en que había despertado su orgullo y resentimiento. La mala fortuna y la humillación le habían transformado. La influencia de Cicely le había sometido, por así decirlo, y algo todavía más sutilmente poderoso había hecho el resto. Se mostraba más arrogante que nunca, pero su arrogancia era de un orden distinto.

—Supongo que me lo merezco —le dijo Gaston a su hostigadora, con cierta dignidad—. Pero no es fácil de soportar.

Y, advirtiendo el dolor en su rostro, Polly fue culpable de ablandarse, a regañadientes, una vez más.

A decir verdad, esta joven dama tuvo que sentir una asombrosa extrañeza ante su nueva situación. Hubo de percibir una especie de irrealidad en su inesperado cambio de fortuna, en verse convertida de pronto en una persona de importancia. A pesar de su apariencia sosegada, debió sentir una leve agitación durante las posteriores semanas de preparativos, y debió resultarle un tanto sorprendente hallarse, sencilla como era, la preciosa Polly P., del Prince, gestionando asuntos con abogados, recibiendo visitas de arrendatarios y tapiceros, dando órdenes, concertando acuerdos, supervisando disposiciones y pagando facturas por el mobiliario y acondicionamiento de la nueva casa en Blank Square, que requerían el abono de unos importes cuya suma total, unos pocos meses antes, habría representado una pequeña fortuna a sus ojos inexpertos.

—Quiero que todo sea hermoso —le dijo a Cicely con un contradictorio suspiro—. El dinero me proporcionará cosas bonitas, ya que no puede proporcionarme ninguna otra cosa que desee.

—¿Ninguna otra cosa que desees? —repitió Cicely—. Creía que el dinero lo compraba todo.

—No puede comprar la felicidad —murmuró Polly, como si no fuese plenamente consciente de que estaba hablando en voz alta.

—Creía —dijo Cicely— que tú no sentías la necesidad de comprar la felicidad.

—¡La felicidad! —exclamó la señorita Polly, despertando repentinamente de su ensoñación—. ¿Acaso existe algo así en el mundo?



Pero su nuevo hogar era muy bonito. Todo lo que contenía era hermoso y de buen gusto, pensó Cicely; y, en cuanto a Teddy Popham... cuando Teddy

realizó su primera visita a Blank Square, y halló a Polly en su propio salón, artístico y de apariencia lujosa, en compañía de Montmorenci, luciendo un vestido nuevo de la seda negra más delicada y tupida, y un púdico tocado de encaje, se sintió tan hechizado que apenas podía contener sus emociones y, en consecuencia, sabiéndose una persona privilegiada, les dio rienda suelta.

—Es precisamente el estilo que más te favorece, Polly —afirmó de manera entusiasta—. ¿No te he dicho siempre que la alta sociedad era tu hábitat natural? Te sienta bien, ya sabes. Siempre pareces demasiado espigada en las habitaciones pequeñas, y también... también... bueno, imponente, y toda esa clase de cosas, en los entornos ordinarios.

La joven dama no había disfrutado de su nueva situación y boato por muchos días cuando ya estaba de vuelta en el salón de Cicely y, tras disfrutar de una tarde con su amiga, finalizó su visita con una nueva provocación dirigida al capitán Gaston.

—Espero que, cuando quiera que Cicely acuda a visitarme, y sucederá a menudo, usted le acompañe —dijo justo antes de marcharse—. Siempre estaré encantada de verle.

Y entonces, sonrojándose calurosamente, y luciendo un tanto incómoda mientras sus miradas se cruzaban, le ofreció su mano, por primera vez, desde la noche en la que ella le había dicho, de la manera más arrogante, que mejor habría hecho quedándose en casa.

CAPÍTULO XII

OBLIGADO A CONFESAR

Resultaba verdaderamente sorprendente observar cómo se adaptaba Polly a las circunstancias, y cuán imposible resultaba alterar su severa compostura. Tal y como Teddy había apostillado de manera admirable, la «alta sociedad» parecía su hábitat natural, y le sentaba bien. ¡Y menudo éxito tuvo en Blank Square, sin lugar a dudas! ¡Qué señora más admirable era para la espléndida casa, y qué talento manifestaba para dictaminar que todo estuviese bien dispuesto! Podía incluso hacerse cargo del tío Jack, quien, en su euforia, se mostraba decidido a ser un mediocre más insolente y relevante de lo usual, y de Montmorenci, quien era propensa a sentirse abrumada. ¡Y cómo la echaron de menos en el Prince! Algunos incluso derramaron lágrimas sobre ella cuando se despedía. Se dice que el viejo Buxton en persona había llorado, pero cuánto de verdad hay en esta leyenda, sería difícil de imaginar. Su primera fiesta en Blank Square se la ofreció a sus antiguas amistades y compañeros actores, y ni uno solo de ellos fue excluido: desde el viejo Buxton hasta el botones, que la adoraba, y resopló de manera ostensible cuando Blathers —ese célebre autor de tragedias— ofreció un discurso durante la cena, e hizo un brindis a nombre de la «Preciosa Polly P.».

—A mi modo de ver —dijo Blathers con sentimiento—, aunque los anchos océanos se meciesen entre nosotros, aun cuando ella se convirtiese en la orgullosa esposa de un coronel ducal, y una tiara descansase sobre su frente, la preciosa Polly P. sería la preciosa Polly P. en nuestros fieles corazones hasta el final.

Y, tras este conmovedor sentimentalismo, tomó asiento triunfante y se secó los ojos con un pañuelo blanco de un tamaño desconcertante, negándose a esconder su emoción.

Cicely estuvo presente en esta fiesta y, por consiguiente, como es natural, también lo estuvo Teddy Popham, quien, haré notar, se hizo inmensamente popular, tal y como siempre hacía; Framleigh también asistió. Polly, como anfitriona, resultaba bastante encantadora. Jamás en su vida había lucido más espléndida o más imponente que aquella noche, vestida con aquella sencilla muselina blanca, y su elegante —aunque modesto en adornos— encaje de suave redecilla. Rivalizaba con sus propios claveles —los claveles que lucía en su pelo y en su cinturilla— en color, su mirada resplandecía, y todo vestigio de ese aire severo se desvaneció. Bailó con sus admiradores, uno tras otro; halló pareja para todas las jóvenes damas y mesas de *whist*^[18] para todas las ancianas; y se mostró, a pesar de todo, tan prudente y cautivadora en su papel de anfitriona, que resultaba fácil comprender por qué siempre había sido considerada una favorita. Y, entre otros, bailó con Framleigh. Durante uno de los valsos, él la vio en pie, un poco apartada del resto, retorciendo un clavel rojo entre sus dedos, con el aspecto de alguien que se ha olvidado de ella misma y de sus invitados durante un instante; así pues, sucumbió a un impulso repentino, se acercó a ella y la despertó de su ensoñación abordándola con las mismas palabras que había usado durante aquella *memorable* velada en casa de la señora Pomphrey.

—¿Quiere bailar este vals conmigo? —dijo.

Ella se sobresaltó un poco al tiempo que alzaba su mirada.

—¿Un vals? —inquirió un tanto distraída—. ¡Oh, le ruego que me disculpe! Lo olvidé. ¡Sí, bailaré este vals!



Él la guio entre los bailarines, y dispuso su brazo en torno a su cintura.

—Ha pasado mucho tiempo desde nuestro primer vals —dijo, mientras se movían en círculos.

—No tanto, en realidad —repuso ella—. Pero parece como si hubiesen ocurrido muchas cosas desde entonces. Fue en casa de la señora Pomphrey, donde acudí a actuar. Aquella también fue la primera vez en que tuve el placer de coincidir con la señorita Dalrymple. Por cierto, la señorita Dalrymple me ha hecho una visita esta mañana.

Ponía mucho empeño en intentar convencerse de que él iba a casarse con la señorita Dalrymple. «Se asegurará de que, con el tiempo, así sea», insistía siempre ella mentalmente. No era la clase de hombre que renuncia a una fortuna o una posición por escrúpulos. Y, aun así, a pesar de su interna determinación, él todavía no había realizado el más mínimo gesto con vistas a casarse con la señorita Dalrymple; a decir verdad, se mostraba incluso tan indiscreto como para evitarla un poco, y recibir así el menor número posible de tazas de té de sus pálidas manos. Por tanto, en esta ocasión, él no solo no prosiguió con el tema de la señorita Dalrymple, sino que comenzó otro nuevo.

—Hasta ahora no se me había presentado la oportunidad de darle la enhorabuena —dijo—. Debe permitirme hacerlo ahora.

—Espere hasta que haya probado a ser rica durante un año, y felicítame entonces si no me siento hastiada de ello —repuso ella—. Quizás sea como el sombrerero sobre el que leí una vez, que hizo una fortuna y entonces enfermó, tal era su anhelo por trabajar de nuevo; finalmente se vio obligado a confeccionar sombreros para salvar la vida. Quizás descubra que no puedo vivir sin el Prince y las candilejas; pero —y se encogió de hombros ligeramente—, conmigo será diferente. Seguiré actuando, pero sobre un nuevo escenario. Interpretando el papel de una dama que da sus primeros pasos... un papel para el que no nací. Me pregunto si no me encontraré a menudo con que ni siquiera conozco mis líneas.

Entonces miró hacia el otro lado de la sala y, con un gesto de la cabeza, señaló a Cicely; la joven conversaba y escuchaba amablemente al trágico Blathers, quien llevaba impresa la más vivida admiración y reverencia sobre cada uno de los rasgos distintivos de su expresivo semblante.

—Mire a Cicely —dijo—. Ha nacido para representar ese papel... ella jamás olvidaría sus líneas. Cinco mil al año es lo que se podría esperar que la Fortuna le concediese a Cicely. ¿Por qué me los ha otorgado a mí? ¿Por qué...? —y entonces se detuvo de manera abrupta, y un aire de gravedad severo y delicado cayó sobre ella, de repente, como una máscara—. Le ruego

que me disculpe —dijo—. ¡Qué tonterías estoy diciendo! ¿No es el ritmo de ese vals un poco lento?

A decir verdad, Framleigh tenía la sensación de que jamás se veía en tan franca desventaja como cuando se hallaba ante la presencia de esta joven dama. Disfrutaba pronunciando complicados discursos ante él —si es que se dignaba a dirigirse a él en absoluto—, y realizando sarcásticas afirmaciones sobre ella misma que la usual cortesía le obligaba a contradecir sin ofrecerle la más remota posibilidad de hacerlo, pues le daba la impresión de que a ella le resultaba por completo indiferente y esas galantes afirmaciones resultarían tanto absurdas como entrometidas. Era de lamentar que la gentileza de una joven criatura tan encantadora no estuviese más exenta de reproches.

Pero, tal y como he dicho antes, lo soportaba pacientemente, aun cuando se sentía en desventaja. Quizás fue Cicely quien le condujo tan a menudo a la residencia de Blank Square aquel invierno, o, quizás, le costaba resistirse a la tentación. No obstante, siempre acompañaba a Cicely en sus visitas y, en consecuencia, se colocó en una situación un tanto comprometida. ¿No es acaso una situación comprometida para un hombre que ama a una deliciosa y joven criatura, hallarse a menudo en presencia de dicha deliciosa y joven criatura? ¿Observarla en su propio hogar, contemplar sus encantos, estremecerse ante el sonido de su voz, anhelar una caricia en su mano y elogiar su belleza fresca y dulce, sin que le estuviese permitido hacer ninguna de estas cosas? En esta situación se halló Framleigh durante esos meses. Su amargo destino era el de resistir y observar, mientras que la señorita Polly representaba su nuevo papel de un modo fascinante y apropiado. Naturalmente, se hizo popular. Naturalmente, la sociedad reconoció su poder de inmediato. La heredera de cinco mil libras al año no podía ser ignorada. Además de todo esto, ¿no descubrió la señora Grundy rápidamente que esta atractiva joven era en realidad miembro de una excelsa familia, una Rossitur escocesa, de los Rossitur de Ayrshire? Sin lugar a dudas, la historia de su vida hizo que fuera todavía más interesante. Su madre, la señorita Alison Rossitur, había sido desheredada como consecuencia de su triste e inconveniente casamiento; su hija, en realidad, la había mantenido —como también a ese hospitalario y encantador anciano, su tío— gracias a sus esfuerzos sobre el escenario, que habían sido, ciertamente, de lo más encomiables. Era toda una hermosa historia de amor. ¡Y todos debíamos conocerla!

—¡Charles, tienes que bailar con la señorita Pemberton, querido!

—Edgar, ¿de veras es posible que todavía no hayáis sido presentados?

—*Mi querida señora de Browne, debe presentarme a la heroína de esta conmovedora historia.*

Esto era lo que se hablaba en sociedad. Y, en consecuencia, Polly estaba muy solicitada. Recibía visitas; recibía invitaciones; su carné de baile, cuando asistía a veladas nocturnas, estaba completo y apretado, y desbordado.

La más joven e impresionante de las señoritas Fitz Robynsonne, la rubia Beatrix, que se hallaba simplemente «fuera» y había creado una expectación nada desdeñable antes de su regreso, se hundió de inmediato al hacerlo por lo insignificante que resultaba en comparación. Las jóvenes damas, que poseían la fama de ser ingeniosas, vieron palidecer sus estrellas ante su inteligencia superior. Decía cosas más ocurrentes que cualquiera de ellas y, con todo, podía resultar más severa. Su gusto resultaba impecable y, ¡ay!, para ellas, inimitable. Algunas habían albergado en secreto la esperanza de que fuese un poco «escandalosa» y melodramática, pero no lo era. Su vestimenta era en sí misma pura elegancia, al igual que las personas que la rodeaban, aunque había sido lo suficientemente audaz como para refrenar con más firmeza que nunca a Montmorenci y al tío Jack. Y, en cuanto a aquellos que intentaban satirizar las peculiaridades de tan sobresaliente pareja, ¡el infortunio caía sobre ellos! Los bellos ojos de la señorita Polly relampagueaban en su dirección; su elegante aura les intimidaba; su ingenio agudo y mordaz les hacía retroceder hacia la indiferencia y les amedrentaba para que guardasen un silencio ignominioso. Ella misma no temía a nada y, ante cualquier dificultad, se comportaba a la altura de las circunstancias.

—Un hombre no puede evitar admirarla —afirmaba Teddy Popham con entusiasmo—. Nos cautiva. Hay algo en ella que debe ser admirado. Miren como mantiene a esos jóvenes patanes a un brazo de distancia, y les obliga a respetarla. Hacía exactamente lo mismo cuando solo era la preciosa Polly P., en el Prince. No se atrevían a avanzar más de lo que lo hacen ahora. No existen muchas mujeres que puedan controlarlos de esa manera.

¡Cómo podía esperarse que Framleigh no hiciera otra cosa que admirarla junto a los demás, viendo fortalecerse su disimulada pasión día tras día, dejándole en ocasiones sin esperanza, desesperado y ciertamente insatisfecho! Aun cuando ella le hubiese considerado de manera favorable —y él estaba seguro de que no era el caso—, su propio orgullo le hubiese prohibido realizar avance alguno hacia ella. En aquellos días las tomas habían cambiado, y era la preciosa Polly P, a la que había subestimado en una ocasión con glacial desdén, quien sostenía las riendas del poder en sus propias manos. ¿Cómo podía atreverse a pedir el favor de esta criatura magnífica y llena de vida, a la

que una vez había mirado por encima del hombro? ¡Un capitán de la Guardia sin un penique, que apenas subsistía con su paga, sería un gran partido para ella, vaya que sí! También resultaba bastante mortificante ser testigo de cómo esos jóvenes mocosos estaban pendientes de ella, completando su carné de baile, portando su ramillete, recogiendo su abanico, mientras él se sentía obligado a permanecer distante.

—Buenas noches, capitán Framleigh —decía ella, cuando él se acercaba a pedirle un baile pues, hasta cierto punto, se vio obligado a alternar nuevamente en sociedad después de que sus amistades conociesen a Cicely.

—Buenas noches.

Y ella extendía su hermosa mano con el aire más elegante imaginable.

—Según veo, Cicely se ha dejado arrastrar, como siempre, antes de haber tenido la oportunidad de hablar con cualquiera de nosotros. ¿Un baile? Por supuesto, si me queda alguno libre. ¿El tercer vals? Déjeme ver... ese pertenece al señor Trelawney. Y el cuarto a sir John, según pone aquí. Y el quinto. Ah, lo lamento mucho, pero no me queda ningún vals. Pero aquí veo una cuadrilla, hacia el final; si ambos seguimos aquí para entonces. Puedo concederle ese.

Y él, de buen grado, se contentaba, y parecía agradecido. Pero, en realidad, desde su cambio de fortuna, Polly le trataba mejor de lo que era costumbre en ella. Siempre le recibía con amabilidad en Blank Square y, de vez en cuando, incluso condescendía en controlarse cuando se hallaba a punto de pronunciar uno de sus discursos más severos. No obstante, la desilusión y el constante desprecio hacia sí mismo le cambiaron de tal modo que, a pesar de la mejora en las circunstancias, finalmente, hasta Teddy Popham le descubrió.

—No eres feliz, viejo amigo —le dijo a Gaston cierto día—. No pareces el mismo. Estás envejeciendo antes de tiempo y perdiendo tu atractivo. Deberías casarte y sentar la cabeza.

—¿Con quién debería casarme? —exigió el capitán con frialdad.

—Vaya —respondió Teddy jovialmente, y con amistosa discreción—, hay montones de muchachas bonitas, ya lo sabes. Está la señorita Dalrymple, por ejemplo. ¿Por qué no la escoges a ella? El viejo recapacitaría entonces...



—Popham —intervino su amigo—, ¿crees que la señorita Dalrymple me aceptaría, si me ofreciese?

Teddy le miró fijamente. Había algo en su tono que no acertaba a comprender.

—Bueno, parece que le interesas —respondió—. Y no hay nada como intentarlo, ya sabes. Y ciertamente sería buena cosa que pudieses retomar tus antiguas expectativas.

—¿Aun cuando no me importase lo más mínimo la señorita Dalrymple? —observó Framleigh—. Pues ese es el caso.

—Bueno... no —dudó Teddy—. No me refería a eso, por supuesto. Daba por hecho que aprenderías a sentir afecto por ella. Es... es condenadamente hermosa, ¿entiendes? —profirió avergonzado.

—No sentiría absolutamente nada por ella ni aunque fuese diez veces más hermosa —dijo Framleigh; y, entonces, de repente, espetó la verdad muy a su pesar—. Para mí, solo existe una mujer en la tierra —afirmó con amargura.

Teddy apenas podía creer lo que oía. ¿Qué? ¿Había llegado hasta ese extremo?

—¡Una sola mujer en la tierra! —exclamó—. No lo entiendo. No había pensado en eso.

Y entonces le asaltó un súbito pensamiento, comenzó a titubear y se quedó mirando a su amigo, más extrañado que nunca.

—Solo... solo *podría* ser una mujer, si no es Diana Dalrymple —dijo—. Y, aun así, soy incapaz de creer...


—Puedes continuar —repuso Framleigh, dejando escapar sus palabras bastante irritado—. Tu suposición será correcta, pero creía que ya te habías dado cuenta. Pensaba que había sido lo bastante idiota como para traicionarme hace tiempo.

—No es... no, no puede ser —dijo Teddy—. Mira, Framleigh, no puede ser Polly P.

—No es, y no puede ser —repitió Framleigh—. Pero es ella, te lo confieso, y ninguna otra; y, por todos mis desvelos, puedes llamarme tonto.

CAPÍTULO XIII

UN CONSEJO

 uando Teddy escuchó estas palabras, negó incrédulo con la cabeza. —Bueno —dijo—, debo confesar que no pinta demasiado bien. De un modo u otro, ella siempre ha demostrado su desagrado hacia ti, ya lo sabes.

—¡Desagrado hacia mí! —exclamó su amigo, riendo abiertamente—. ¿Desagrado hacia mí? Eso me parecía. Y «desagrado hacia mí» es la única expresión afortunada que parece verbalizar la idea. Gracias, amigo mío —y estiró su mostacho con un aire de lo más fiero.

Parecía tan intensamente desgraciado por todo el asunto, que Teddy se sintió impelido a ofrecerle un intento de consuelo.

—Aun así, ya sabes —sugirió de manera muy poco convincente—, en algunas mujeres no es tan mala señal. He escuchado cómo algunos tipos decían que no era una mala señal en absoluto; y quizás no lo es; pero... pero... —con renuencia—, resulta bastante extraño que... bueno, que no parecía que te gustase tanto... al principio...

—Bastante —repuso Framleigh lacónicamente, y entonces su aire salvaje regresó a él y se volvió hacia su amigo con brusquedad—. No creerás que soy tan idiota como para pensar siquiera en pedirle que se case conmigo ahora, ¿verdad? —exigió.

—¡Será muy penoso para ti si no lo haces! —dijo Teddy.

Framleigh le fulminó con la mirada. ¡Penoso para él! Solo pensar en ello casi le volvía loco; mostrarse distante, siendo testigo de cómo algún canalla se la arrebataba. Dado su actual estado de ánimo, cualquier hombre que tuviese la oportunidad de rivalizar con él era un «canalla».

—Y —añadió Teddy—, dejando a un lado lo que pienses ahora en cuanto a no pedirle que se case contigo, me temo que te resultará más difícil de

afrontar de lo que imaginas. Si luchas contra ello, con el tiempo acabará contigo; lo hará, te lo aseguro. Verás, yo mismo he pasado por todo eso; así que sé de lo que hablo. La cuestión es que solo una cosa puede salvarte.

—¿Y es? —dijo Framleigh.

—Oh, algo impensable. Marcharte a alguna parte... cualquier lugar lo bastante lejano como para que el pensamiento repentino de regresar resulte imposible... pedir tu traslado a India, o algo por el estilo.

—¿Y por qué algo así resulta impensable? —inquirió—. Es lo mejor, después de todo, y, para ser sincero, he pensado a menudo en ello con anterioridad. No soporto esta situación. Y lo que dices es cierto. Si intento soportarlo, me pondré en ridículo antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. ¿Por qué resulta impensable? Es factible. Será...

—Será muy doloroso para Cicely —interrumpió Teddy con gravedad.

Framleigh guardó silencio. Doce meses atrás, habría descuidado a Cicely sin pensarlo, pero ahora no le resultaba tan sencillo. A buen seguro, le resultaría muy duro regresar a la aridez de «Acre humilde» sin justificación alguna. Así pues, pensando en Cicely, se volvió hacia Teddy; su vehemencia se había visto reducida a una demacrada fatiga.

—No —dijo—. Sería inapropiado, ahora me doy cuenta. Me olvidé de Cicely.

Y en ese punto, por el momento, el asunto llegó a su fin.

De entre todas aquellas personas de lo más excelentes y perceptivas que habían comenzado a mostrar un educado interés por Polly, Diana Dalrymple ocupaba la primera posición. Al parecer, la breve historia romántica había conmovido su corazón. Se la narraba a sus amistades, y se la relataba a sus admiradores masculinos, con verdadera elegancia, cuando tomaba asiento ante la mesa con superficie de mármol, repartiendo néctar. La señorita Dalrymple jamás podría mostrarse efusiva, tal y como hacen los simples mortales, pero, sin lugar a dudas, y con un estilo ceremonioso, era muy educada con Polly. La había visitado una mañana a una hora temprana, acompañada de su madre, mencionando de pasada y con gentileza su antigua amistad, y, tras aquella primera visita, había gestionado el resto con su habitual y admirable discreción. A decir verdad, su delicadeza serenamente satisfecha había motivado que Framleigh se entregase al sarcasmo en más de una ocasión.

—¿Has descubierto en la señorita Pemberton a una amiga de lo más encantadora? —le preguntó una tarde.

Ella prosiguió plácidamente con su labor de encaje, mientras le respondía con el talante de la más majestuosa de las deidades que cree haber sido malinterpretada.

—Si pretendes mostrarte sarcástico, Gaston —dijo—, debo rendirme, por supuesto. Discúlpame por decir que encuentro a la señorita Pemberton más agradable de lo que esperaba.

—Resulta sorprendente cuánta gente ha realizado el mismo descubrimiento en los últimos tiempos —afirmó Framleigh.

—Cualquiera puede equivocarse —respondió la señorita Dalrymple con delicado orgullo—. Si se ha cometido un error, lo justo es reconocerlo.

Y continuó con su labor tranquilamente.

—Mi querida Diana —dijo Framleigh—. Tú jamás cometerías una equivocación.

Transcurrido un tiempo, sin embargo, comenzó a observar que Polly incentivaba en buena medida la intimidad entre ambos, y él distaba de sentirse cómodo. Jamás aceptaba invitarle a Blank Square sin asegurarse de que allí se encontraría con Diana, y jamás se encontró con ella sin sentirse desconcertado ante la actitud de Polly.

Polly se las ingeniaba, en su papel de anfitriona, para reunirlos, y los dejaba solos. Se las arreglaba para situar a Framleigh junto a su prima siempre que se presentaba la oportunidad y, en ocasiones, ella misma creaba las oportunidades. Al principio, era incapaz de entenderlo; pero, cuando comenzó a percatarse de la verdad, se sintió profundamente herido. Estaba interpretando el rol de una amiga cortésmente indiferente con él. Tan solo se tomaba el mínimo interés displicente en sus circunstancias para llevar a cabo un extraño plan que las subsanase. Sabía que, si se casaba con Diana, las fastuosidades y los lujos de Gaston Court serían suyos de nuevo; así pues, pensaba que haría bien casándose con Diana y, por tanto, la apostaba en su camino. Qué encantador era todo esto, de veras... ¡de lo más encantador! A punto estuvo de quedarse en casa; pero, tras enfurecerse para sus adentros durante una semana o más en soledad, descubrió que no podía, y cedió.

Y, cuando realizó su siguiente visita, se alcanzó el clímax. Diana no solo no estaba allí, sino que Polly se hallaba sola y de un extraño humor. Durante una hora, se mostró fría y acogedora a partes iguales, dijo muchas bobadas febriles y, en honor a la verdad, se mostró tan evidentemente insegura de sí misma, que él tuvo la sensación de que algo iba a ocurrir. Y algo ocurrió. Ella le condujo hacia una ingeniosa conversación, le habló sobre Cicely, sobre «Acres humildes» y, al fin, le guio hacia Gaston Court y, habiéndole

traicionado para que hiciese alarde de cierta calidez al describir sus venerables bellezas, se abatió sobre él de repente.

—Es una verdadera lástima que tenga que perderla —dijo.

Se hallaba sentada sobre una otomana^[19], sujetando un bonito abanico de plumas de flamenco entre ella y el fuego de la chimenea; y, cuando él se giró para comprobar qué sugería ese inesperado timbre de sugestión en su voz, advirtió que su sonrojo era más vivido de lo que las llamas debían haber provocado.

—Usted dijo en una ocasión —le respondió— que, en mi situación, aceptaría casi cualquier alternativa...

—Dije «cualquiera», no «casi cualquiera» —observó Polly con frialdad.

—Y usted sabe —insistió él— qué única alternativa me está permitido aceptar. Sí, sé que lo sabe.

—Supongo que bien puedo admitir que lo sé —repuso Polly.

—Gracias —dijo él, sintiendo cómo le hervía la sangre.

Polly comenzó a ondear sus plumas de flamenco, con una expresión de lo más ilegible en sus ojos. Incluso frunció un poco el ceño, ofreciendo un aspecto ligeramente severo.

—¿Por qué resultaría tan penoso? —preguntó—. ¿Por qué casarse con una mujer hermosa, a quien todo el mundo admira, se le antoja una alternativa tan terrible? Yo no veo razón para ello, debo confesarlo.

Él se sentía tan acalorado e inseguro, y padecía un estado de ánimo tan desesperado, que fue tan imprudente como para alzarse de su asiento y acercarse a ella.

—¿Debo decirle por qué? —exigió—. ¿Debo decirle por qué?

Ella se vio en la obligación de dejar caer su abanico, lo recogió y, entonces, le observó con un rostro tan frío y cortésmente interesado como fue capaz de evocar. Intentar evitar su mirada hubiera sido una estupidez.

—Sí —dijo—. N... no. Sí... no.

Y entonces, de repente, ante el sonido de la manilla de la puerta girándose, se puso en pie.

—Buenas noches, señor Trelawney —dijo con extrema elegancia.

Y, por añadidura a lo agradable de su situación, Framleigh se halló fulminando con la mirada a ese joven magnífico e inocente, con quien se encontraba casi frente a frente.

Por extraño que resultara en aquel momento, más tarde no lamentó que el destino hubiese intervenido... que hubiese intervenido para salvarle de traicionarse a sí mismo, tal y como estaba, sin lugar a dudas, a punto de hacer.

El incidente había demostrado que Teddy se hallaba en lo cierto. En la siguiente ocasión le resultaría imposible comedirse. ¿Y acaso no era fundamental que supiera controlarse? ¿Cómo podía sentir ella tamaña indiferencia, hasta el punto de darle un consejo como el que le había dado? Desde su desencuentro, jamás se había mostrado amable con él; a menudo se había mostrado arrogante y severa; pero aquello era cruel. Sí, la crueldad propiamente dicha, pues no podía estar tan ciega como para no advertir la verdad. El hecho era que el capitán Gaston sabía menos sobre la señorita Polly de lo que cualquier conocido lejano sabía, o, cuando menos, sabía exactamente lo mismo. Lo único que sabía era que había aprendido a amarla, y que estaba seguro de que ella le juzgaba con menosprecio, y tanto su amor como su orgullo sufrían tan intensamente a causa de esta certeza que incluso su peor enemigo se hubiese apiadado de él. Qué hastiado estaba de aquellas visitas informales en las tardes invernales, antes de que llegase la primavera; y, aun así, era incapaz de renunciar a ellas por completo. Cuando el invierno llegó a su fin, estaba más pálido y extenuado que el petimetre más disoluto de la temporada. Cicely comenzó a preocuparse vivamente por él, y Teddy Popham, cuando se le hablaba sobre el particular, negaba seria y misteriosamente con la cabeza; incluso Polly, al fin, condescendió en hacerle notar a su amiga que el capitán Framleigh parecía enfermo, y que, a buen seguro, necesitaba un cambio de aires.

Finalmente, y solo merced a una jugarreta del destino, logró cambiar de aires. Una mañana, durante el desayuno, recibió una carta de Gaston Court que contenía noticias inesperadas e interesantes. El señor Gaston se hallaba enfermo —un ataque de apoplejía— y quería verle de inmediato. Su abogado redactó la misiva, y daba a entender que existía la posibilidad de un término fatal para la enfermedad. No cabe duda de que el corazón de Framleigh latió de un modo bastante espasmódico mientras leía esta epístola. Podía significar muchísimo, debía significar algo, aunque en modo alguno se mostró tan optimista como Cicely, quien creía que no podía significar más que su héroe iba a recuperar de nuevo su favor por completo.

—Debes acudir de inmediato —exclamó esta joven y mercenaria criatura—. Me apresuraré y prepararé tu maleta mientras terminas tu desayuno. Puedo alojarme en Blank Square mientras estás fuera. Polly me lo ha pedido a menudo, y siempre rehúso porque no podría soportar dejarte solo.

Y ciertamente se alejó presurosa tras servirle una segunda taza de café —dejando la suya intacta—, pues no podían permitirse ni un solo momento de

retraso innecesario. Pero, cuando salió del dormitorio, parecía más serena y, sin lugar a dudas, arrepentida.

—Me temo que... que soy bastante malvada y egoísta —dijo ingenuamente—. Lamento no haber sentido ninguna pena por el señor Gaston. No pude evitar sentirme dichosa porque iba a hacerte justicia. Debe sentirse muy desvalido, pobre anciano, muriéndose en completa soledad. Qué cruel fui al mostrarme tan mercenaria y pensar solo en el dinero —y pareció a punto de prorrumpir en lágrimas a causa de su propia e inocente inmoralidad.

Uno puede imaginarse fácilmente el modo en que se confió a su amiga una vez llegó a Blank Square, y cómo ambas tomaron asiento juntas ante el fuego del salón, con su labor de hilo de lana, y discutieron el asunto, aunque, tomando todo en consideración, la señorita Polly decía más bien poco, y no obstante escuchaba muy bien.

—Cuando pagó las deudas, creí que se apaciguaría un poco —dijo Cicely—, pues, naturalmente, fue él quien las pagó, aunque después actuó de un modo de lo más extraño y se negó a reconocer que lo había hecho, aun cuando Gaston le escribió para darle las gracias. Sabes que nadie más podría haberlas pagado, Polly. No *había* nadie más, a decir verdad.

—Por supuesto, no había nadie más —observó la señorita Polly—. Nadie más podría haber mostrado el interés suficiente por él.


—Nadie en el mundo —concordó Cicely, extendiendo su labor sobre su rodilla y observándola con ojo crítico.

Y entonces prosiguió ahondando en detalles sobre los diversos incidentes que demostraban que la persona que había pagado las deudas era el señor Gaston y nadie más, y también disertando sobre las numerosas perfecciones de su ser querido, y sus muchas generosidades hacia ella, que no las merecía; y se mostraba tan encantadoramente agradecida, e inocentemente sincera, que Polly la observaba con desconfianza, desde debajo de sus largas y negras pestañas, y se preguntaba, con dureza, por qué ella no era tan dulce y cariñosa.



CAPÍTULO XIV

ES UN CABALLERO

 icely pasó toda aquella semana, y parte de la siguiente, en Blank Square, recibiendo mientras tanto una única nota breve y apresurada de su hermano. El señor Gaston se hallaba en serio peligro, y el final podía llegar en cualquier momento. Se mostraba muy irritable, escribió Framleigh, muy exigente, pero no demasiado alterado. Había descubierto algo de lo más singular, que contaría a Cicely a su regreso; y, por lo demás, no parecía en absoluto optimista como resultado de su visita. Pero su nota era muy afectuosa, y de lo más satisfactoria para su destinataria, quien, naturalmente, se la mostró a Polly.

El jueves siguiente, sin embargo, regresó el ausente y, al acudir a Blank Square, fue recibido con entusiasmo por Cicely, que se hallaba sentada a solas en el salón, esperando a Polly y a Montmorenci, que habían salido.

—¡Al fin! —exclamó cuando él entró—. Qué feliz soy, querido. Pero luces más pálido que nunca, Gaston, y pareces bastante agotado. Toma asiento y descansa, y cuéntamelo cuando te sientas menos cansado. ¡Ah! Gaston... —titubeando de repente al reparar en su mirada ojerosa—. Traes malas noticias.

Él realizó un pobre intento por sonreír.

—No son buenas noticias —dijo—. Sabes que no me mostraba demasiado optimista al respecto. En lo que concierne a mis esperanzas, Cicely, todo ha terminado. No debemos aferrarnos a lo imposible por más tiempo.

Las lágrimas anegaron los ojos de Cicely, a pesar de sus esfuerzos.

—¿Ha... ha muerto? —aventuró.

—No —fue la respuesta—. Todavía no. Eso es lo peor. Hemos discutido de nuevo, Cicely; o, más bien, creo que debería decir que he vuelto a

disgustar al señor Gaston una vez más, pues era él quien mostraba enfado, no yo.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó ella con voz apagada y las lágrimas cayendo por sus mejillas, mientras miraba el fuego y pensaba cuán gris parecía el futuro, y cuán difícil le resultaría a su héroe soportarlo. ¡Ah, qué cruel había sido el destino con él!

Él dudó por un instante antes de responderle. Era, por encima de todo, una pregunta bastante delicada y difícil de responder.

—Fue a causa de aquel viejo asunto por el que nos peleamos —dijo, un poco incómodo—. No podía aceptar la alternativa que me ofrecía.

—¿La alternativa? —inquirió Cicely—. ¡Gaston!

—La alternativa era Diana Dalrymple —respondió él, bastante ruborizado.

—¿Quería que te casaras con ella?

Gaston asintió con la cabeza.



Ella extendió su amorosa mano, y aferró la suya presionándola con ternura.

—Y tú pensaste que no podrías sentir hacia ella el cariño suficiente —afirmó—. Y fuiste demasiado generoso como para no pedirle que fuera tu esposa a menos que así fuese... ni siquiera en aras de obtener Gaston Court y todo ese dinero. ¡Oh, Gaston, qué orgullosa estoy de ti! ¿Qué otro hombre hubiera sido tan honesto y desinteresado?

Hablaba con un arrobamiento inocente y lleno de admiración. Y, ciertamente, creía de un modo sincero que ningún otro hombre lo hubiese sido; y que su imperfecto hermano no tenía igual sobre la tierra.

Quizás fue esta ingenuidad la que arrebató a Framleigh la confesión que, tan inesperadamente, había realizado a Teddy Popham. Ella le adoraba y siempre se mostraba muy agradecida por sus confidencias, y él, una vez más, se sentía agotado bajo el peso de su dilema. ¿Por qué no debería contarle su secreto?, se decía a sí mismo. Así pues, transcurrido un instante, este fue revelado.

—Si me hubiese casado con Diana Dalrymple —dijo, preguntándose si ella le entendería—... si me hubiese casado con Diana Dalrymple, hubiese perdido algo más valioso que Gaston Court... habría perdido el derecho a amar a la mujer que significa más para mí de lo que podrían hacerlo montones de fortunas.

La joven le comprendió al instante aunque, desde aquella noche en que él había mencionado a Polly por primera vez, se había sentido a menudo desconcertada y perpleja.

—¡Y esa mujer es Polly! —exclamó con tono melodramático, pues presentía que era un caso perdido—. Es por Polly por quien has sacrificado todas tus esperanzas; ¡y Polly es la única persona que se muestra severa e injusta contigo!

—Lo que da buena muestra de su indiferencia —respondió él, con un intento de sonrisa aún más débil—. Sí, Cicely, es Polly, y he renunciado a mi fortuna en aras de ese imposible.

Después se hizo el silencio, durante el cual Cicely lloró calladamente por él, aferrando su mano, admirándole y preguntándose en secreto cómo era posible que Polly se mostrase tan ciega y dura de corazón; tan ciega como para no ver; tan dura de corazón como para ser capaz de resistirse a tantas perfecciones y gloriosos atributos. Framleigh puso fin a este paréntesis.

—Pero aún falta la parte más extraña de esta historia —dijo—. Casi había olvidado contártela. El señor Gaston negó todo conocimiento de que las deudas hubiesen sido saldadas. Manifestó, casi indignado, que él no tenía

nada que ver con ese asunto, y que había devuelto mi carta sin abrir, pues había decidido no comprometerse a mantener correspondencia.

Cicely le observó completamente atónita.

—Pero, si no fue él, ¿quién podría haberlo hecho? —inquirió—. No hay nadie más. Polly y yo conversamos precisamente sobre esto el otro día. ¿Estás seguro de que hablaba en serio?

—Bastante seguro —fue la respuesta—. Se mostró lo suficientemente sincero como para irritarse sobremanera ante la idea de que sospechase que él era culpable de semejante debilidad, pues, según parece, así la consideraba. Quienquiera que haya sido, no fue el señor Gaston.

Los hermosos castillos en el aire que Cicely estaba construyendo llegaron a su fin en ese momento. Se desplomaron sobre el suelo ante la sencilla verdad; y enterraron todas sus elevadas esperanzas con ellos.

Cuando su hermano se marchó —antes de que Polly regresara—, ella volvió a su asiento junto al fuego, y lloró lastimosamente por el desvanecimiento de sus sueños. ¡Oh, cuán terrible era todo! Y «¡pobre Gaston... pobre muchacho!». Las lágrimas anegaban sus hermosas mejillas en tal cantidad que su bonito y pequeño pañuelo estaba totalmente empapado.



Todo el mundo se mostraba cruel e injusto con él; incluso Polly, que era tan amable con otras personas, y por quien él había sacrificado todo con tanta

nobleza. En cierto modo sentía que ella misma no tenía derecho alguno a estimar tanto a Polly, aunque no sabía cómo podría evitarlo. ¿Acaso era posible que Polly permitiese que las cosas sucedieran de este modo y que, al final, se mostrase tan despiadada como para casarse con otro? ¡Oh, no debía ocurrir así! ¡No podía ocurrir así! ¿Podría decirle algo a Polly que, sin traicionar realmente a Gaston, hiciese ver a su amiga la verdad... adivinarla? ¡Pobre Gaston! Ah, sabía muy bien lo que ocurría. Si Polly hubiese sido pobre, habría sido diferente; pero, ahora que este horrible dinero se interponía entre ellos, se mostraba demasiado orgulloso para hablar.

Y lloró de nuevo, e incluso se acomodó en un leve e inconsistente frenesí de ira un tanto mortificada en contra de Polly; y cuando esta joven dama regresó de su *tour* de compras, se sintió bastante sorprendida ante la apariencia alicaída de Cicely, y el rubor provocado por las lágrimas en sus suaves mejillas.

—Todo ha llegado a su fin —dijo en el mismo instante en que Polly tomó asiento—. Él ha vuelto.

Polly se sobresaltó, pero se las arregló para recobrar la compostura.

—¿Él? —inquirió—. Oh, te refieres a tu hermano. ¿De veras? ¿Y el señor Gaston? Ha muerto, supongo.

Cicely negó con la cabeza.

—No —respondió—. No había fallecido cuando Gaston se marchó de allí, aunque los doctores dijeron que no podría recuperarse. Discutió nuevamente con Gaston, y estaba tan enfadado que ni siquiera le permitió quedarse.

—Debe tratarse de un anciano encantador —comentó Polly con insolencia—. ¿Por qué se pelearon, Cicely?

La mirada de Cicely se posó sobre el fuego, y comenzó a jugar nerviosamente con su pañuelo. No miró a Polly.

—Quería que él se... se casase... con Diana Dalrymple —respondió, con un estremecimiento en su voz grave.

Polly se sobresaltó al instante y fue incapaz de reponerse, aunque realizó un esfuerzo encomiable tan pronto se desvaneció ese estremecimiento traicionero.

—Bueno —dijo—, era algo bastante sencillo, ¿no es cierto? ¿Por qué no se comprometió a hacerlo?

Las lágrimas se hallaban tan cerca de la superficie que los ojos de Cicely comenzaron a anegarse, y sus labios empezaron a temblar.

—Porque es... es demasiado... demasiado honorable —titubeó.

Polly la observó con inquietud.

—¿Por qué debería serlo? —inquirió—. Diana lo aceptaría al instante. E, independientemente de lo que yo haya comentado sobre el asunto, claro está, sé que lo haría —con sutil desdén.

Quizás fue este sutil desdén el que provocó que la emotividad de Cicely sacara lo mejor de ella. Alzó su cabeza y miró a su amiga a los ojos, curvando su esbelto cuello de una manera encantadora.

—Es un caballero —dijo—. Y... —su momentáneo coraje le falló en este instante—. Y ama a otra persona —añadió tras sobrevenirle un patético sollozo que alteró su tono por completo.

La tez de Polly se tomó totalmente blanquecina. Se hallaba en un estado de ánimo tan excitable como el de Cicely, con sus sobresaltos, sonrojos y palidez.

—Entonces —exigió con altanería—, ¿por qué no se casa con esa otra persona?

Sería difícil explicar la causa por la cual se mostró tan altiva, a menos que fuese por la estúpida razón de que siempre se mostraba altiva cuando hablaba sobre el capitán Framleigh.

—No puede hacerlo porque es un caballero —profirió Cicely con un ligero exabrupto en el que se confundían el afecto y la ira, y que contrastaba con la frialdad de Polly—. No puede porque es pobre, y porque es honesto. Ni siquiera se lo ha pedido, y jamás lo hará, pues ella es más afortunada que él. Y... y existen circunstancias bajo las cuales un caballero no puede hablar con honor, y por ello debe sufrir en silencio, tal y como mi pobre bienamado hará —bajó su dulce rostro, y sollozó en alto.

Mas, por extraño que parezca, Polly no se conmovió en apariencia ante estas palabras, que la habrían afectado inefablemente bajo determinadas circunstancias. Parecía distante y tranquila, y sus enormes ojos gris oscuro estaban iluminados por un extraño y persistente fuego.

—Ah —dijo—, ahora lo entiendo. Es demasiado orgulloso para hablar. Se muestra más orgulloso que enamorado. Debe salvaguardar su orgullo aunque pierda a su amor. Y esta mujer a la que pretende amar... vaya, no guarda consideración alguna hacia ella. No siente por ella el suficiente cariño como para advertir que quizás ella también sufre. A decir verdad, todo el dolor debe recaer sobre él; todo el sacrificio... todo. No se da cuenta de que quizás ella también sobrelleva la parte que le corresponde, y si lo hace... ¿qué más da? El orgullo de Framleigh se halla a salvo, ¿y qué importan los demás? «¡Un caballero!», «¡demasiado honesto!», «¡demasiado pobre!». Es demasiado orgulloso, hazme caso; demasiado egoísta y demasiado impasible.

Y antes de que su desconcertada amiga tuviese tiempo de responderle con una palabra de defensa —ciertamente apenas pudo hacer más que respirar con dificultad y clavar sus ojos sobre aquel hermoso rostro arrogante y acalorado —, esta extraordinaria y desdeñosa joven se dio la vuelta y abandonó la estancia majestuosamente con el donaire y la apariencia de una reina del drama en una obra de teatro.

CAPÍTULO XV

FUE LA PRECIOSA POLLY

Mientras todo esto sucedía, el sujeto de debate se hallaba visitando a Teddy Popham.

Teddy dio la bienvenida a su amigo con efusión. Dar la bienvenida a sus amigos con efusión formaba parte de sus buenos hábitos; mas, siendo Framleigh su Damón^[20], recibió un saludo más acogedor que el resto. Se presentó ante este caballero con los brazos abiertos, por así decirlo; saltó de su butaca cuando su nombre fue anunciado; abandonó su libro en cualquier parte de la estancia y avanzó para recibirle, entre una nube de humo de cigarrillo.

—Me alegro mucho de verte, viejo amigo —dijo, estrechando vigorosamente su mano—. Me alegro de veras. Entra, toma asiento y un cigarrillo. Son de primera clase. Ahora cuéntame qué noticias tienes. Ya sabes, si todo ha salido bien o no, y si el viejo ha hecho lo correcto. Pero claro que lo ha hecho... por supuesto; no podía hacer otra cosa.

Framleigh se dejó caer sobre una silla, y cogió un cigarro.

—Gracias —terció—. Te estoy muy agradecido. Pero no me des todavía la enhorabuena, muchacho. Controla tu euforia. Estas son las noticias. Puedo dártelas en tres palabras: soy un indigente.

Y entonces, tan pronto se hubo aplacado el entusiasmo de Teddy, le narró su historia, tal y como se la había contado a Cicely.

Era innegable que, mientras Teddy escuchaba, parecía incómodo. Se revolvía inquieto, resoplaba, y escuchaba, escuchaba, y se revolvía inquieto, y resoplaba, y, cuando todo terminó, estalló, luciendo extremadamente culpable.

—Bueno —dijo—, es un mal asunto, sin lugar a dudas. Pero... pero si pienso sobre esta cuestión fríamente, jamás creí que hubiera cambiado de

opinión tras pagar esas facturas de una manera tan extraña.

—Mi querido amigo —dijo Framleigh—, jamás las pagó.

Teddy casi saltó de su asiento, y entonces se sonrojó presa de los nervios.

—¿Jamás las pagó? —repitió—. ¿No lo hizo? ¿Jamás las pagó? Entonces... entonces, ¿quién lo hizo?

—Eso es lo que quiero saber —comentó Framleigh, observándole con curiosidad—. Eso es lo que he venido a preguntar.

Entonces advirtió que la idea que había tomado forma en su mente durante las últimas horas no carecía de fundamento; Teddy vacilaba de un modo tan evidente, que su supuesta ignorancia se revelaba como el artificio más mediocre del mundo.

—Pero, ¿por qué...? —comenzó.

—Porque —interrumpió Framleigh— tú puedes decírmelo. Lo sabes... mejor que nadie. Vamos, admítelo, mi generoso amigo —entonces se levantó y se acercó al sillón, con la mano extendida—. De nada sirve intentar ocultarlo. Lo hiciste tú.

Pero esto empeoró la situación. Teddy se puso en pie de un salto, agitado y mostrándose rotundamente disconforme.

—No, no —exclamó—. No fui yo, te doy mi palabra, Framleigh... no fui yo. Jamás has estado tan equivocado en tu vida; aunque estaba dispuesto a hacerlo, bien lo sabe Dios. Pero no tenía el dinero. Por nada del mundo me atribuiría semejante mérito.

Framleigh le observó sorprendido.

—¿Entonces quién lo hizo? —estalló un tanto irritado—. Por el amor de Dios, dímelo. Lo sabes, puedo verlo.

—No me atrevería a hacerlo —protestó Teddy—. Es un secreto; yo solo lo descubrí por un simple accidente y no debería decir ni una sola palabra al respecto. Si lo hiciera —añadió desesperado—, ella jamás me perdonaría. Sabes, por propia experiencia, que tiene un genio del demonio cuando está malhumorada.

—¿Ella? —inquirió Framleigh, tomándose pálido y retrocediendo con paso ligero—. ¡Ella! ¿Quién es *ella*?

—¿Ella? —balbuceó frenético el atormentado Teddy—. ¿Dije ella? ¡Oh, maldita sea! Entonces todo se ha descubierto. Pero es una lástima, Framleigh; ¡lo es, te lo aseguro!

Framleigh estaba tan pálido como sonrojado estaba su amigo.

—Popham —dijo—, tienes que decírmelo, insisto.

Y Teddy se rindió.

—Supongo que debo hacerlo —repuso, sintiéndose acorralado y desesperado—. Prácticamente ya te lo confesé cuando, como un idiota, dije «ella». Ya no podía retirarlo, como bien sabes. Fue la preciosa Polly P.

Estas palabras bastaron. Framleigh estaba estupefacto. Había imaginado que casi se había vuelto insensible a los golpes que la Fortuna había asestado últimamente a su orgullo con tanta persistencia. Pero este era un golpe que no había anticipado. Se hallaba tan enérgicamente perturbado que la compasión de Teddy comenzó a rozar la alarma.

—Siéntate, Framleigh —dijo—. Tienes un aspecto de lo más extraño, viejo amigo. No pensé que esto te afectaría tan gravemente.

Pero estaba más «gravemente afectado» de lo que Teddy creía. Cuando tomó asiento, emitió algo parecido a un quejido.

—¡Así que todo esto se lo debo a ella! —dijo—. Aunque soy incapaz de comprender el motivo; el impulso que le incitó a hacerlo. Pocas mujeres habrían sido tan generosas como para hacer algo así y con tanta delicadeza, bien lo sabe Dios; ¡pero es que existen pocas mujeres como ella! —y entonces profirió de un modo casi salvaje—. ¿Qué significado tiene? —exigió—. ¿Por qué lo hizo?

Teddy negó circunspecto con la cabeza.

—Las mujeres son difíciles de entender, y resulta más complicado estar a la altura de Polly que a la del resto —dijo.

—Solo existe una razón por la que podría haberlo hecho —afirmó Framleigh—. Por el bien de Cicely. Siente mucho aprecio por Cicely.

Pero Teddy no recibió este punto de vista sobre el caso tan efusivamente como habría cabido esperar de él. Sacudió la ceniza del final de su cigarro con aire reflexivo, y negó una vez más con la cabeza.

—Sí —admitió—. Es verdad que siente mucho aprecio por Cicely, pero... bueno, como he dicho antes, Polly no es fácil de comprender.

Se mostraba reticente a explicar cómo había obtenido esta información; pero Framleigh obtuvo parte de la verdad poco a poco.

—Verás —dijo Teddy—. Descubrí, por un casual, que ese dinero suyo llegó a sus manos varias semanas antes de que supiéramos nada al respecto, y no pude evitar preguntarme por qué lo había mantenido tan en secreto. Estaba seguro de que debía tener un motivo, y entonces muchas cosas de las que fui testigo en su momento acudieron a mi mente, y empecé a comparar fechas; y, más tarde, un día en que acudí a visitarla, la hallé junto a su abogado y, mientras me adentraba en la estancia, capté unas cuantas palabras apresuradas. Tu nombre, y después algo sobre Burroughs, y entonces Polly

diciendo en su estilo más autoritario: «Debe creer que fue el señor Gaston». Entonces supe que estaba en lo cierto y, como es natural, fui incapaz de mantener la compostura cuando dijiste que habías descubierto que él no tenía nada que ver con ese asunto.

Se instauró un silencio que duró varios minutos, durante el cual el rostro de Framleigh se adentró en nuevas fronteras de lividez; pero, finalmente, se alzó de su silla de un modo casi mecánico.

—Lo hizo por el bien de Cicely —dijo. Entonces se giró hacia Teddy con inquietud—. ¿Me permites que le dé las gracias? —añadió—. Puedo hacerlo sin traicionarte. Debes aceptar que hable con ella, Popham. Exigirme un silencio absoluto resultaría cruel —se sonrojó intensamente—. No podría soportarlo.

—Bueno —dijo Teddy, sintiéndose entre la espada y la pared, pero dispuesto a sacrificarse él mismo, con su habitual generosidad, en lugar de sacrificar a su amigo—, si no hay otra salida, supongo que debo rendirme; pero intenta encubrirme en la medida de lo posible.

—Jamás escucharé tu nombre en relación con este asunto —fue la respuesta—. ¡Gracias!

—¡Vaya! —exclamó Teddy—. ¿No irás a verla ahora mismo? Framleigh había cogido su sombrero.

—Sí, ahora. No estoy de humor para esperar.



De este modo se marchó y, aunque en su miserable agitación, apenas fue consciente de todo cuanto le rodeaba, halló su camino de regreso a Blank

Square, sobresaltando al lacayo con su rostro macilento; tras preguntar por la señorita Pemberton, le acompañó escaleras arriba hacia el salón, donde Polly estaba en pie junto a la repisa de la chimenea observando a Cicely, quien se hallaba sentada sobre su otomana, junto al hogar.

Ambas se giraron cuando su nombre fue anunciado, y Cicely se levantó, mirándolo inquisitivamente. En verdad había algo, tanto en su rostro como en su actitud, que invitaba a hacerse preguntas. Polly le ofreció un saludo más majestuoso, pero él no estaba para esas cosas. Pasó por alto la majestuosidad y expuso de inmediato el motivo que le había llevado hasta allí.

—He venido —dijo— a agradecerle su generosidad.

De nada servía adoptar un aire de orgullosa sorpresa. Polly comprendió que había sido traicionada; mas, aunque primero se sonrojó, y después palideció, al principio no reconoció que sabía a qué se refería.

—¿Mi generosidad? —inquirió—. No era consciente de que...

—¡Gaston! —profirió Cicely—. ¿Qué ha hecho?

—Me ha convertido en su deudor —respondió él—. Y, puesto que lo hizo por tu bien, Cicely, también tú debes darle las gracias. Fue ella quien pagó el dinero que creíamos que provenía del señor Gaston.

—¡Oh, Polly! —dijo Cicely—. ¡Oh, Polly, tesoro!

Salió volando hacia ella y se abrazó a su cuello, acariciándola con un brazo esbelto y llorando de éxtasis y gratitud.

Así pues, Polly se rindió de buen grado. Las lágrimas brotaron también de sus ojos, tal y como habrían brotado de los ojos de cualquier jovencita afectuosa por cuyo destino llorase dulcemente la amiga a la que amaba. Y, aun así, procuró mantener su personaje de mujer joven con el corazón insensible.

—No sé dónde puede haberse enterado —le dijo a Framleigh—. Espero que al menos me otorgue el reconocimiento —prosiguió con indulgencia— de haber deseado que permaneciese en secreto.

—Lo averigüé por casualidad —respondió él—. No ha sido traicionada por nadie en quien hubiese depositado su confianza. Hice el descubrimiento hace tan solo unos minutos.

—Y jamás pensamos en ti —dijo Cicely—. Siempre ha dado la sensación de que Gaston te desagradaba, ya lo sabes, cielo.

La mirada de Framleigh se cruzó con esos hermosos ojos gris oscuro, y Polly se sonrojó hasta las cejas. Entonces, abrumada por un generoso impulso, extendió su mano y permitió que él la tomase.

—Quizás no fui del todo justa —admitió, con la actitud de la más encantadora de las reinas, dignándose a llegar a un acuerdo—. Pensaba que tenía motivos para sentir aversión por él, y me cuesta perdonar; pero... pero creo que no me desagradaba tanto como daba a entender.

Cicely no pudo soportarlo por más tiempo. Alzó su rostro del hombro de su amiga, y miró a su hermano.

—Gaston —dijo, temblando de arriba abajo—, deberías contarle la verdad. Te escuchará, estoy segura. Oh, tiene que haber visto... debe saberlo. Yo lo sabría hace tiempo de haber estado en su lugar; y no soy ni de lejos tan inteligente como ella. Polly, le escucharás, ¿verdad? ¡Oh, Polly! —las palabras manaban de ella en un incontrolable arrebató de compasión y amor por los dos—. Por ti renunció a Gaston Court... ¡es a ti a quien ama!

Y, en el preciso instante en que las palabras brotaron de sus labios, abandonó apresuradamente la estancia como un cervatillo asustado.

Sin lugar a dudas, la situación resultaba embarazosa. Polly jamás se había enfrentado a ninguna tan delicada, ni siquiera sobre el escenario en sus antiguos días teatrales. Durante un silente instante ambos se contemplaron, y entonces Framleigh habló, con voz trémula, pero con orgullosa humildad.

—Debe perdonarla —dijo—. ¡Debe perdonarme a mí!

Pero se había alcanzado el clímax, e incluso la señorita Polly se sintió transportada por la excitación predominante. Su desdeñosa mirada olvidó mostrarse desdeñosa, su grácil figura olvidó su desdén, sus ojos centellearon con un extraño destello de emoción.

—¡Entonces es cierto! —exigió ella—. ¿Renunció a Gaston Court y a todas sus esperanzas por mí?

Él asintió con la cabeza, y, ¡oh, vaya! ¡De qué manera se sintió ella herida, de repente, por la grave y, con todo, inútil dignidad de su gesto! ¿Acaso era este el apacible, indolente y gélido arrogante, cuyo aire de gran señor tanto le había enfurecido tiempo atrás?

—Y, sin embargo —vaciló, intentando mantener la compostura y hacerle frente con valor, y aun así sintiendo que se estremecía de arriba abajo—... y, sin embargo, aunque fue capaz de renunciar a todo eso por mí, es demasiado... demasiado orgulloso. Sí, demasiado orgulloso para... ¡para ser honesto conmigo!

—¿Qué? —inquirió él—. No, sea justa conmigo. ¿Acaso tengo derecho a hablar? ¿Tengo...?

—Todavía no ha hablado —dijo Polly, perdiendo los nervios.

—Sabía que me había granjeado su desaprobación —repuso—. Pensaba que me había ganado su antipatía y su desconfianza. No tengo nada que ofrecerle a excepción de mi amor, ¡aunque bien sabe Dios que es lo bastante impetuoso como para haber estado a punto de volverme loco de desesperación! ¡No soy digno de usted...!

—Por mí ha renunciado a todo lo que el mundo le ofreció —le interrumpió ella—. Me he mostrado inflexible e injusta con usted; no quise reconocer que le había perdonado; pero yo... pero yo...

Y del mismo modo repentino en que había hecho todo lo demás, se dio la vuelta y, posando su rostro sobre la mano con la que se había aferrado a la repisa de la chimenea, acabó sumida en un mar de impetuosas lágrimas.

Tal y como reconoció más tarde, no había pagado el dinero por el bien de Cicely. Lo había hecho porque amaba a Gaston más de lo que se había atrevido a confesarse a sí misma y, en lo más profundo de su corazón, temía que se marchase y perderle para siempre. Le había amado incluso cuando se había mostrado de lo más severa y despectiva. Ella —aunque transcurrió mucho tiempo antes de que lo admitiese— ya le amaba un poco cuando prohibió sus visitas a la pequeña casa; y el motivo que la llevó a actuar de aquel modo fue que se descubrió comenzando a amarle. Todos sus discursos satíricos y sus agravios desdeñosos no habían sido más que el resultado de su enfado ante su propia debilidad. Y en verdad esto debía ser cierto pues, inmediatamente después de aquella conversación, en la cual se había traicionado a sí misma tan seriamente, Teddy Popham observó que se mostraba más afable y sosegada de lo que se había mostrado jamás, ni siquiera en los días de la preciosa Polly P. y el Prince.

Pero la parte más extraña del desenlace fue aquella relacionada con la propiedad de Gaston Court. Quizás el señor Gaston se ablandó, o quizás había sido poco cuidadoso y había desatendido la disposición de sus asuntos hasta que ya fue demasiado tarde; pero, fuese por la razón que fuese, por alguna argucia del destino, se demostró que el sacrificio de nuestro héroe había sido infructuoso pues, menos de una semana después de su compromiso, recibió una carta legal donde se anunciaba que, dado que el señor Gaston, de Gaston Court, había muerto sin hacer testamento, la propiedad, naturalmente, pasaría a manos del siguiente heredero varón, el propio Gaston Framleigh.

Inmediatamente después del matrimonio de su primo, fue anunciado el compromiso de Diana Dalrymple. Hizo una buena elección, y se ha convertido en la más hermosa de las matronas. Mas no sentía afecto alguno por sus primos los Framleigh, y se vio en la obligación de rechazar la

invitación a los esponsales de Cicely con el honorable Teddy, que tuvieron lugar meses después de los del capitán.

—Son parientes lejanos —tenía por costumbre decir de manera sosegada a sus amistades—, y no sabemos mucho los unos de los otros. Gaston era muy rebelde... se endeudó, ya saben, y toda esa clase de cosas; e incluso fue desheredado por el anciano señor Gaston, de Gaston Court, aunque se las ingenió para recuperar la propiedad más tarde, pues su tío murió sin hacer testamento. También conocía a mucha gente de mala reputación, e hizo un matrimonio sorprendentemente por debajo de sus posibilidades... con una joven retirada de los escenarios, ya saben, una bailarina o algo así. A decir verdad, los hombres solían llamarla «Preciosa Polly P.».







FRANCES HODGSON BURNETT (Mánchester, 1849 – Nueva York 1924) escritora estadounidense de origen británico.

La muerte de su padre precipitó a la familia a la ruina, que tuvo que emigrar a los Estados Unidos en 1865. Allí, Frances se fue ganando la vida escribiendo poemas y relatos cortos. A los veintitrés años contrajo matrimonio con el doctor P. Burnett, de quien tuvo dos hijos. En 1877 apareció su primera novela, *That lass o' Lowrie's*, pero el éxito no le llegó hasta la publicación de *El pequeño Lord* (1885), consolidándose posteriormente con *La princesita* (1905) y *El jardín secreto* (1910), que completan su trilogía para niños. En sus obras ha estado siempre presente el recuerdo de las diferentes clases sociales y de los reveses de la fortuna.

Tras casarse con el doctor Swann M. Burnett, se divorció y se casó nuevamente con el doctor Stephen Townsend, de quien también se divorció. Después de ambos divorcios y de la muerte de su primogénito se asentó en las Bermudas y Long Island, dedicada a la jardinería, la teosofía y el espiritismo, hasta su muerte en 1924.

Notas

[1] Abogada y traductora especializada en traducción jurídica y literaria. Su afición a la Historia la ha llevado a trabajar con distintos historiadores realizando labores de documentación y traducción. En el ámbito de la traducción literaria, sus colaboraciones más recientes incluyen *Los pájaros* (Gallo Nero, 2018) y *El Cid* (Cascaborra Ediciones, 2018). <<

[2] Retratista inglés cuyo verdadero nombre era Pieter van der Fae. Se formó artísticamente en los Países Bajos y en 1641 se estableció en Londres. Poco después recibió el encargo de retratar a los principales personajes de la corte inglesa. Carlos III de Inglaterra le nombró pintor de cámara en 1661 y le armó caballero en 1680. <<

[3] Término de origen francés de finales del siglo XVII, utilizado para referirse a una jovencita de clase obrera especialmente bonita y coqueta. <<

[4] Aunque la autora modifica levemente los nombres de los personajes, y más adelante se refiere a ella como *Desirèe*, podría afirmarse casi con seguridad que la obra de la que Polly habla es *L'amour en commandite*, vodevil de un solo acto que fue representado por primera vez en el Théâtre du Palais-Royal de París el 8 de noviembre de 1840. <<

[5] Término asociado al de arlequinada, pieza teatral de mimo con acompañamiento musical que durante la época victoriana se convirtió en epílogo habitual de la pantomima principal y que, una vez finalizada, daba paso a la *Fairy Cave*, un mundo de cuento de hadas en el que todos los personajes se reunían para conformar un grandioso cuadro final sobre el escenario. <<

[6] Referencia a Sarah Siddons, cuyo verdadero nombre era Sarah Kemble (1755-1831), actriz de teatro británica del siglo XVIII. Su importancia fue tal que en 1952 se fundó la Sarah Siddons Society, que a día de hoy sigue entregando anualmente un galardón a una prominente actriz. <<

[7] Esta longitud equivale a la nada desdeñable —sobre todo para la época— altura de 1,83 metros. <<

[8] Planta perenne de tonalidad rosada y floración tardía. <<

[9] Referencia a un personaje de *The Lady of Lyons; or, Love and Pride*, melodrama romántico de cinco actos escrito por Edward Bulwer-Lytton. Se estrenó en Londres, en el Covent Garden, el 15 de febrero de 1838. <<

[10] Nuevamente la autora renombra una obra real usando el nombre de uno de sus personajes. Así pues, presumiblemente en este caso, *Madelon* hace referencia a *The Surrender of Calais*, una obra en tres actos del compositor George Colman, *el joven*, que conjuga drama, tragedia, comedia y opereta, y que fue representada por primera vez en el Theatre Royal, Haymarket, el 30 de julio de 1791. <<

[11] Esta canción infantil, muy popular en Inglaterra durante la época victoriana, en realidad tienen su origen en *Compagnons de la Marjolaine*, una antigua canción francesa del siglo XVI de autoría anónima. <<

[12] En francés en el original. *Vivandière* es un término francés utilizado para designar a las mujeres unidas a los regimientos militares como cantineras. Su función histórica de vender vino a las tropas y trabajar en comedores llevó a la adopción del nombre *cantinière*, que vino a suplantar el *vivandière* original a partir de 1793. El uso de ambos términos fue común en Francia hasta mediados de siglo XIX, y *vivandière* siguió siendo el término de elección en países de habla no francófona como Estados Unidos, España, Italia y Gran Bretaña. <<

[13] En la mitología griega, Hebe era la diosa de la juventud, hija de Zeus y Hera. Según la *Ilíada*, Hebe era la ayudante de los dioses que llenaba sus copas con néctar. <<

[14] Referencia al espectáculo, normalmente de un solo acto y en clave humorística, que se ofrecía después de una obra de teatro durante los siglos XVIII y XIX, poniendo fin a la función del día. Su objetivo era el de aligerar las tragedias de cinco actos que se interpretaban en los teatros y, por tanto, solían ser pantomimas, farsas, comedias cortas, etc... <<

[15] Alusión a una antigua fábula griega asociada comúnmente al mito de Esopo, de la que existen numerosas versiones; en todas ellas se usa como referencia un ave distinta, aunque siempre de la familia de los córvidos. En la fábula, el córvido en cuestión se disfraza con las plumas de otras aves más hermosas y elegantes para competir con ellas, pero siempre acaba siendo descubierto y colocado nuevamente en el lugar que le corresponde; en ciertas versiones, se le arranca su propio plumaje a modo de castigo. La moraleja inherente a la historia es que si deseamos aparentar más de lo que realmente somos, tan solo sufriremos humillaciones. <<

[16] Todos ellos son remedios para despertar de la inconsciencia a una persona que se ha desvanecido. Quizás el que más extraño puede resultarnos es el método de las plumas quemadas, pero lo cierto es que el intenso olor resultante de quemar plumas de ave produce el mismo efecto que los frascos de sales o el agua de colonia. <<

[17] Recipiente pequeño y decorativo con la parte de arriba perforada, usado para contener preparaciones como sales aromáticas. <<

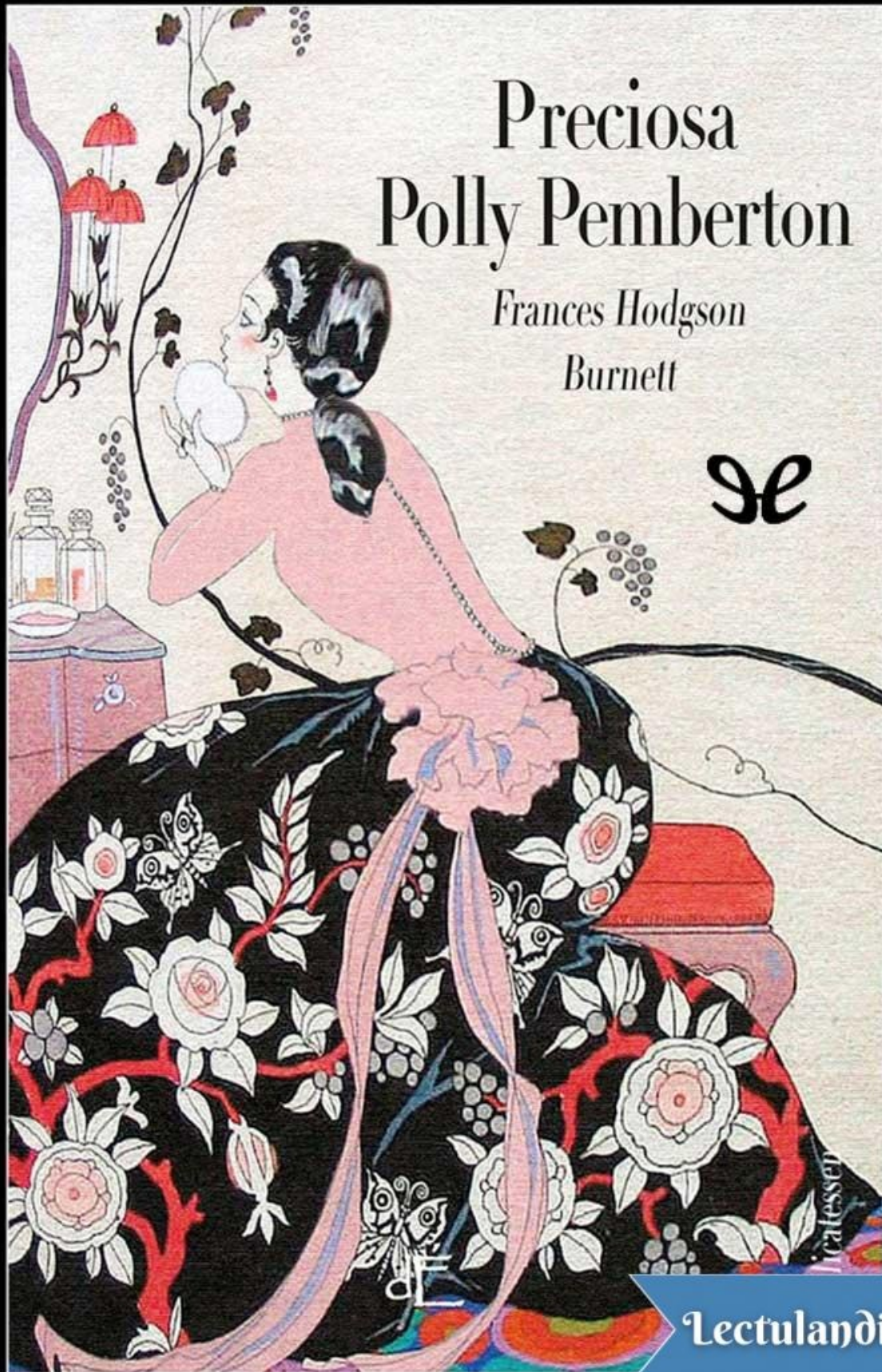
[18] Juego de naipes en el que, a pesar de su origen inglés, se usa la baraja francesa. Se usan 52 cartas y se establecen dos parejas adversarias. <<

[19] Referencia a un tipo de diván que, por lo general, dispone de cabeza, pero no de parte posterior; en ocasiones no dispone ni de lo uno ni de lo otro. Este tipo de mueble lujoso fue importado a Europa desde Oriente en el siglo XVIII.
<<

[20] Alusión a la amistad de extraordinaria nobleza existente entre Damón y Fintias, dos filósofos pitagóricos que vivieron en el siglo IV en Siracusa. El tirano Dionisio I condenó a Fintias a muerte por conspirar contra él, y este propuso que Damón ocupase su lugar mientras resolvía unos asuntos personales antes de la ejecución. Damón, ante la llamada de su amigo, no dudó en ofrecerse como garante, y Dionisio estableció un plazo dentro del cual, si Fintias no había vuelto, Damón sería ejecutado en su lugar. Nadie confiaba en que Fintias volviese dentro del plazo y creían que había engañado a Damón para que muriese por él, pero sí regresó, y Dionisio, en recompensa a una amistad tan fiel, perdonó la vida a ambos. <<

Preciosa Polly Pemberton

Frances Hodgson
Burnett



Lectulandia